

SAMANTA SCHWEBLIN

Kentukis



se

Casi siempre comienza en los hogares. Ya se registran miles de casos en Vancouver, Hong Kong, Tel Aviv, Barcelona, Oaxaca, y se está propagando rápidamente a todos los rincones del mundo. Los kentukis no son mascotas, ni fantasmas, ni robots. Son ciudadanos reales, y el problema —se dice en las noticias y se comparte en las redes— es que una persona que vive en Berlín no debería poder pasearse libremente por el living de otra que vive en Sídney; ni alguien que vive en Bangkok, desayunar junto a tus hijos en tu departamento de Buenos Aires. En especial, cuando esas personas que dejamos entrar a casa son completamente anónimas. Los personajes de esta novela encarnan el costado más real —y a la vez imprevisible— de la compleja relación que tenemos con la tecnología, renovando la noción del «voyeurismo» y exponiendo al lector a los límites del prejuicio, el cuidado de los otros, la intimidad, el deseo y las buenas intenciones. «Kentukis» es una obra deslumbrante, que potencia su sentido mucho más allá de la atracción que genera desde sus páginas. Una idea insólita y oscura, tan sensata en sus reflejos que, una vez que se entra en ella, ya no se puede salir.



Samanta Schweblin

Kentukis

ePub r1.2

Titivillus 24.07.2019

Samanta Schweblin, 2018

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Índice de contenido

Cubierta

Kentukis

Sobre la autora

Antes de encender el dispositivo,
verifique que todos los hombres
estén resguardados
de sus partes peligrosas.

Manual de seguridad
Retroexcavadora JCB, 2016

¿Nos contará usted de los otros mundos
allá entre las estrellas,
de los otros hombres,
de las otras vidas?

La mano izquierda de la oscuridad
URSULA K. LE GUIN

Lo primero que hicieron fue mostrar las tetas. Se sentaron las tres en el borde de la cama, frente a la cámara, se sacaron las remeras y, una a una, fueron quitándose los corpiños. Robin casi no tenía qué mostrar, pero lo hizo igual, más atenta a las miradas de Katia y de Amy que al propio juego. Si querés sobrevivir en South Bend, le habían dicho ellas una vez, mejor hacerse amiga de las fuertes.

La cámara estaba instalada en los ojos del peluche, y a veces el peluche giraba sobre las tres ruedas escondidas bajo su base, avanzaba o retrocedía. Alguien lo manejaba desde algún otro lugar, no sabían quién era. Se veía como un osito panda simple y tosco, aunque en realidad se pareciera más a una pelota de rugby con una de las puntas rebanadas, lo que le permitía mantenerse en pie. Quienquiera que fuera el que estaba del otro lado de la cámara intentaba seguirlas sin perderse nada, así que Amy lo levantó y lo puso sobre una banqueta, para que las tetas quedaran a su altura. El peluche era de Robin, pero todo lo que tenía Robin era también de Katia y de Amy: ese era el pacto de sangre que habían hecho el viernes y que las uniría para el resto de sus vidas. Y ahora cada una tenía que hacer su numerito, así que volvieron a vestirse.

Amy regresó el peluche al piso, tomó el balde que ella misma había traído de la cocina y se lo colocó encima, tapándolo completamente. El balde se movió, nervioso y a ciegas por el cuarto. Chocaba con cuadernos, zapatos y ropa tirada, lo que parecía desesperar aún más al peluche. Cuando Amy simuló que su respiración se agitaba y empezó a hacer gemidos de excitación, el balde se detuvo. Katia se unió al juego, y ensayaron juntas un largo y profundo orgasmo simultáneo.

—Eso no cuenta como tu número —le advirtió Amy a Katia, en cuanto lograron dejar de reír.

—Por supuesto que no —dijo Katia, y salió disparada del cuarto—. ¡Prepárense! —gritó, alejándose por el pasillo.

Robin no solía sentirse cómoda con esos juegos, aunque admiraba la soltura con la que Katia y Amy actuaban, la forma en la que hablaban con los chicos, cómo lograban que el pelo siempre les oliera bien y que las uñas se mantuvieran perfectamente pintadas todo el día. Cuando los juegos cruzaban ciertos límites, Robin se preguntaba si no estarían poniéndola a prueba. Había sido la última en entrar al «clan», como lo llamaban ellas, y hacía grandes esfuerzos para estar a la altura.

Katia regresó al cuarto con su mochila. Se sentó frente al balde y liberó al peluche.

—Prestá atención —le dijo, mirando a la cámara, y los ojos la siguieron.

Robin se preguntó si podría entenderlas. Parecía escucharlas perfectamente, y ellas hablaban inglés, que es lo que habla todo el mundo. Quizá hablar inglés era la única cosa buena que tenía haber nacido en una ciudad tan terriblemente aburrida como South Bend, y aun así, siempre cabía la posibilidad de toparse con un extranjero que no sabía ni preguntar la hora.

Katia abrió su mochila y sacó el álbum de fotos de su clase de gimnasia. Amy aplaudió y gritó:

—¿Trajiste a la putita? ¿Vas a mostrársela?

Katia asintió. Pasó las páginas buscando ansiosa, la punta de la lengua asomando entre los labios. Cuando la encontró, abrió el álbum de par en par y sostuvo el libro frente al peluche. Robin se asomó para ver. Era Susan, la chica rara del curso de biología que el clan acosaba por deporte.

—Le dicen «la culogota» —dijo Katia. Frunció los labios un par de veces, como cada vez que estaba a punto de hacer una maldad del más alto nivel, que era lo que el clan exigía—. Voy a mostrarte cómo hacer dinero gratis con ella —dijo Katia a la cámara—. Robin, amorcito, ¿sostenés el libro mientras le muestro al señor su tarea?

Robin se acercó y sostuvo el libro. Amy miraba curiosa, no conocía el guión de Katia, que revisó su teléfono hasta encontrar un video y colocó la pantalla delante del peluche. En el video, Susan se bajaba las medias y la bombacha. Parecía estar grabado desde el piso de los baños de la escuela,

detrás del inodoro; quizá habían colocado la cámara entre el tacho de basura y la pared. Se oyeron unos pedos y las tres rieron a carcajadas, y gritaron de placer cuando, antes de tirar la cadena, Susan se quedó mirando su propia mierda.

—Esta tipa está forrada en dinero, querido —dijo Katia—. La mitad para vos y la otra mitad para nosotras. Es que acá el clan no puede volver a extorsionarla, la Dirección ya nos tiene en la mira.

Robin no sabía de qué estaban hablando, y no era la primera vez que el clan no la incluía en sus actividades más ilegales. Pronto el número de Katia acabaría y a ella le tocaría hacer el suyo, y no había pensado en nada. Le sudaban las manos. Katia sacó su cuaderno, un lápiz, y anotó un par de datos.

—Ahí van nombre completo, teléfono, correo y dirección postal de la culogota —dijo, y colocó el papel junto a la foto.

—¿Y cómo va a darnos el dinero el señorito? —le preguntó Amy a Katia, guiñando el ojo a cámara para el supuesto señor. Katia dudó—. No sabemos quién mierda es —dijo Amy—, por eso le mostramos las tetas, ¿no?

Katia miró a Robin, como pidiendo ayuda. Era en esos breves momentos que contaban con ella, cuando Katia y Amy, en sus puntos máximos de lujuria, guerreaban entre sí.

—¿Cómo va a pasarnos el señor su correo, eh? —siguió burlándose Amy.

—Yo sé cómo —dijo Robin.

Las dos la miraron sorprendidas.

Ese sería su numerito, pensó, con eso saldría del paso. El osito panda también giró, querría seguir lo que estaba ocurriendo. Robin dejó el libro, fue hasta su armario y revisó los cajones. Regresó con un tablero de ouija y lo abrió sobre el piso.

—Subí —dijo.

Y el peluche subió. Las tres ruedas plásticas que tenía en la base mordieron sin problema el cartón, ya estaba arriba del tablero. Se movió a lo largo del abecedario, como investigándolo. Aunque su cuerpo ocupaba más de una letra a la vez, enseguida se entendía cuál era la señalada, oculta

entre sus ruedas. El peluche se acomodó bajo el arco del abecedario y ahí se quedó. Era evidente que tenía muy claro cómo se usaba una ouija. Robin se preguntó qué haría cuando las chicas se fueran y tuviera que volver a quedarse a solas con ese peluche, ahora que le había mostrado las tetas y que le había enseñado una forma de comunicarse con ella.

—Genial —dijo Amy.

Y a Robin se le escapó una sonrisa torcida.

—¿Cuál de las tres creés que tiene las mejores tetas? —preguntó Katia.

El peluche se movió rápido sobre las letras del tablero.

L A R U B I A

Katia sonrió orgullosa, quizá porque sabía que era verdad.

Cómo no se le había ocurrido antes el truco de la ouija, pensó Robin. Hacía más de una semana que tenía al peluche en su cuarto, de acá para allá. Habría podido conversar tranquila con él, quizá era alguien especial, un chico de quien hubiera podido enamorarse y estaba echándolo todo a perder.

—¿Aceptás el trato de la culogota? —preguntó Katia, mostrándole una vez más la foto de Susan.

El peluche se movió, volvió a escribir.

P U T A S

Robin frunció el ceño, se sintió herida, aunque insultarlas quizá hablaba bien de su peluche: ella sabía que lo que estaban haciendo no estaba bien. Katia y Amy se miraron y sonrieron orgullosas, le sacaron la lengua.

—Qué ordinario —dijo Amy—. A ver, ¿qué más va a decirnos el señor?

—¿Qué más somos, mi consoladorcito? —lo alentó Katia, tirándole sensuales besitos con la mano—. ¿Qué más te gustaría que fuéramos?

L A P L A T A

Seguirlo exigía concentración.

M E L A V A N A D A R U S T E D E S

Las tres cruzaron miradas.

T E T A S G R A B A D A S 4 0 0 X T E T A S O N 2 4 0 0 D O L A R

Amy y Katia se miraron unos segundos y se largaron a reír. Robin estaba agarrada a su remera, estrujaba la tela con fuerza, intentando una sonrisa.

—Y a quién vas a cobrarle, ¿eh? —preguntó Amy y amagó con volver a levantarse la remera.

SINOTETASXCORREOASUSAN

Por primera vez, Amy y Katia se pusieron serias. Robin no podía decidir su bando, quizá su peluche era un justiciero.

—Podés mostrar lo que quieras —dijo Amy—, tenemos las mejores tetas de la ciudad. Nada de que avergonzarse.

Robin sabía que eso no la incluía. Amy y Katia chocaron palmas. Entonces el peluche empezó a bailar por el tablero, escribía sin parar, deletreando palabras que Robin apenas llegaba a leer.

TENGOVIDEOSMADREDEROBINCAGANDOYHERMANADER
OBINMASTURBANDOSEX6

Había que seguirlo letra por letra, no podían dejar de mirarlo.

PADREDICIENDOCOSASACHICALIMPIEZA

Amy y Katia miraban fascinadas el baile sobre el tablero, pacientes en la espera de cada nueva humillación.

ROBINDESNUDAYROBINHABLANDOMALDEAMYPORTELEF
ONO

Amy y Katia se miraron. Después la miraron a ella, ya no sonreían.

ROBINJUGANDOASERAMYASERKATIAYABESARLAS

El peluche siguió escribiendo, pero Amy y Katia dejaron de leer. Se levantaron, juntaron sus cosas y se fueron dando un portazo.

Temblando, mientras el peluche seguía moviéndose sobre el teclado, Robin intentaba dilucidar cómo cuernos se apagaba ese aparato. No tenía interruptor, ya había reparado en eso antes, y en la desesperación no encontró otra alternativa. Lo agarró y, con la punta de una tijera, intentó abrir la base. El peluche movía las ruedas, trataba de zafarse, pero era inútil. Robin no encontró ninguna rendija para romper así que volvió a dejarlo en el piso y este volvió inmediatamente al tablero. Robin lo empujó fuera de una patada. El peluche chilló y ella gritó, porque no sabía que el aparato pudiera chillar. Levantó el tablero y lo arrojó al otro lado de la habitación. Trabó la puerta del cuarto con llave y regresó para perseguirlo con el balde como si quisiera atrapar un insecto descomunal. Logró ponerle el balde encima y se sentó sobre él, se quedó un momento así agarrada de los lados,

sosteniendo el aire cada vez que el peluche golpeaba el plástico, haciendo un esfuerzo por no llorar.

Cuando su madre la llamó a cenar ella gritó que no se sentía bien, y que se iría a la cama sin comer. Puso sobre el balde el gran cofre de madera donde guardaba sus apuntes y manuales de estudio, inmovilizándolo. Alguien le había dicho que, si no podías romperlo, la única manera de apagarlo era esperar a que se le acabara la batería. Así que se abrazó a su almohada y se sentó en la cama a esperar. Atrapado en su balde, el peluche siguió chillando durante horas, golpeándose como un moscardón gigante hasta que, ya cerca de la madrugada, el cuarto quedó en completo silencio.

En la pantalla apareció un recuadro. Reclamaba el número de serie y Emilia suspiró y se acomodó en su silla de mimbre. Requerimientos como ese era lo que más la desquiciaba. Al menos su hijo no estaba ahí, marcándole en silencio el paso del tiempo mientras ella buscaba sus anteojos para revisar otra vez las instrucciones. Sentada en el escritorio del pasillo, se enderezó en la silla para aliviar el dolor de espalda. Inspiró profundamente, exhaló y, verificando cada dígito, ingresó el código de la tarjeta. Sabía que su hijo no tenía tiempo para hacer tonterías, y aun así se lo imaginó espiándola desde alguna cámara oculta en el pasillo, padeciendo su ineficiencia desde esa oficina de Hong Kong, tal como lo hubiera hecho su marido si todavía estuviera vivo. Después de vender el último regalo que su hijo le había mandado, Emilia pagó las expensas atrasadas del departamento. No entendía mucho de relojes, ni de carteras de diseño, ni de zapatillas deportivas, pero había vivido lo suficiente para saber que cualquier cosa envuelta en más de dos texturas de celofán, entregada en cajas afelpadas, y contra firma y documento, valía lo suficiente para saldar sus deudas de jubilada y dejaba muy en claro lo poco que sabía un hijo sobre su madre. Le habían sacado al hijo pródigo en cuanto el chico cumplió los diecinueve años, seduciéndolo con sueldos obscenos y llevándolo de acá para allá. Ya nadie iba a devolvérselo, y Emilia todavía no había decidido a quién echarle la culpa.

La pantalla volvió a parpadear, «Número de serie aceptado». No tenía una computadora último modelo pero le alcanzaba para el uso que le daba. El segundo mensaje decía «conexión de kentuki establecida», y enseguida se abrió un programa nuevo. Emilia frunció el ceño ¿de qué servían esos mensajes si eran indescifrables? La enervaban, y casi siempre estaban relacionados con los dispositivos que le enviaba su hijo. Para qué perder tiempo tratando de entender aparatos que nunca volvería a usar, eso era lo

que se preguntaba cada vez. Miró la hora. Ya eran casi las seis. El chico llamaría para preguntar qué le había parecido el regalo así que hizo un último esfuerzo por concentrarse. En la pantalla el programa mostraba ahora un teclado de controles, como cuando jugaba a la batalla naval en el teléfono de su hijo, antes de que esa gente de Hong Kong se lo llevara. Por sobre los controles una alerta proponía la acción «despertar». La seleccionó. Un video ocupó gran parte de la pantalla y el teclado de controles quedó resumido a los lados, simplificado en pequeños iconos. En el video, Emilia vio la cocina de una casa. Se preguntó si podría tratarse del departamento de su hijo, aunque no era su estilo y el chico nunca tendría el lugar tan desordenado ni sobrecargado de cosas. Había revistas en la mesa debajo de algunas cervezas, tazas y platos sucios. Detrás, la cocina abierta a un living pequeño, en iguales condiciones.

Se oyó un murmullo suave, como un canto, y Emilia se acercó a la pantalla para intentar entender. Sus parlantes eran viejos y ruidosos. El sonido se repitió y descubrió que en realidad se trataba de una voz femenina: le estaban hablando en otro idioma y no comprendía ni una palabra. Emilia sabía inglés —si le hablaban despacio—, pero eso no sonaba a inglés para nada. Entonces apareció alguien en la pantalla, era una chica y llevaba el pelo claro y húmedo. La chica volvió a hablar y el programa preguntó con otro recuadro si debía habilitarse el traductor. Emilia aceptó el recuadro, seleccionó «Spanish» y, cuando la chica le habló, otra vez un subtítulo escribió sobre la imagen:

«¿Me escuchas? ¿Me ves?».

Emilia sonrió. En su pantalla la vio acercarse aún más. Tenía ojos celestes, un anillo en la nariz que no le quedaba nada bien, y un gesto concentrado, como si ella también tuviera dudas sobre lo que estaba pasando.

—Yes —dijo Emilia.

Fue todo lo que se animó a decir. Es como hablar por Skype, pensó. Se preguntó si su hijo la conocería y rezó para que no fuera su novia porque, en general, ella no se llevaba bien con las mujeres demasiado escotadas, y no era prejuicio, eran sesenta y cuatro años de experiencia.

—Hola —dijo, solo para comprobar que la chica no podía oírla.

La chica abrió un manual del tamaño de sus manos, lo acercó mucho a su cara y se quedó leyendo un momento. Quizá usara anteojos pero le diera vergüenza ponérselos frente a la cámara. Emilia todavía no entendía de qué se trataba eso, aunque tenía que aceptar que empezaba a sentir cierta curiosidad. La chica leía y asentía, espiándola cada tanto por sobre el manual. Al fin pareció haber tomado una decisión, bajó el manual y habló en su idioma inentendible. El traductor escribió sobre la pantalla:

«*Cierra los ojos*».

La orden la sorprendió, Emilia se enderezó en su asiento. Cerró los ojos un momento y contó hasta diez. Cuando los abrió la chica todavía la miraba, como esperando algún tipo de reacción. Entonces vio en la pantalla de su controlador una nueva ventana que, servicial, ofrecía la opción «dormir». ¿Tendría el programa un detector sonoro de instrucciones? Emilia seleccionó la opción y la pantalla quedó a oscuras. Oyó a la chica festejar y aplaudir, volver a hablarle. El traductor escribió:

«*¡Ábrelos! ¡Ábrelos!*».

El controlador le ofreció una nueva opción: «despertar». Cuando Emilia la seleccionó el video volvió a encenderse. La chica sonreía a cámara. Es una estupidez, pensó Emilia, aunque reconoció que tenía su gracia. Había algo emocionante y todavía no alcanzaba a entender exactamente qué. Seleccionó «avanzar» y la cámara se movió unos centímetros hacia la chica, que sonrió divertida. La vio acercar el dedo índice despacio, muy despacio hasta casi tocar la pantalla, y la volvió a oír hablar.

«*Estoy tocando tu nariz*».

Las letras del traductor eran grandes y amarillas, podía verlas con comodidad. Accionó «retroceder» y la chica repitió el gesto, notablemente intrigada. Era clarísimo que también era la primera vez para ella, y que de ninguna manera estaba juzgándola por su falta de conocimiento. Compartían la sorpresa de una experiencia nueva y eso le gustó. Volvió a retroceder, la cámara se alejó y la chica aplaudió.

«*Espera*».

Emilia esperó. La chica se alejó y ella aprovechó para accionar «izquierda». La cámara giró y así vio mejor lo pequeño que era el departamento: un sofá y una puerta al pasillo. La chica volvió a hablar, ya

no estaba en cuadro pero el traductor la transcribió de todas formas al español:

«Esta eres tú».

Emilia giró hasta su posición original y ahí estaba otra vez la chica. Sostenía una caja a la altura de la cámara, de unos cuarenta centímetros. La tapa estaba abierta y decía «kentuki». Emilia tardó en entender lo que veía. El frente de la caja era casi todo de celofán transparente, podía verse que estaba vacía, y en los lados había fotos de perfil, de frente y de espaldas de un peluche rosa y negro, un conejo rosa y negro que se parecía más a una sandía que a un conejo. Con sus ojos saltones y dos largas orejas adosadas en la parte superior. Una hebilla con forma de hueso las unía, manteniéndolas erguidas unos pocos centímetros, y luego caían lánguidas, a los lados.

«Eres una linda conejita —dijo la chica—. ¿Te gustan los conejitos?».

Había bosques y montes, que empezaban a unos metros de esa gran habitación donde los habían hospedado, y la luz fuerte y blanca no le recordaba en nada a los colores ocres de Mendoza. Eso estaba bien. Eso era lo que había querido desde hacía unos años, mudarse de sitio, o de cuerpo, o de mundo, lo que fuera que pudiera virarse. Alina miró el «kentuki» —así lo presentaban en la caja y así lo llamaban en el manual de usuario—. Estaba en el piso sobre el cargador, junto a la cama. La luz del display de la batería todavía estaba en rojo y las instrucciones decían que, la primera vez, debía cargarse al menos tres horas. Así que había que esperar. Tomó una mandarina del fuentón y se paseó por la sala pelándola, asomándose cada tanto por la ventanita de la cocina para ver si alguien entraba o salía de los talleres. El de Sven era el quinto, todavía no había bajado a conocerlo. Nunca antes lo había acompañado a una de sus residencias artísticas, así que medía sus movimientos cuidando de no molestarlo ni meterse en sus espacios. Se había propuesto hacer lo necesario para que él no se arrepintiera de su invitación.

Él era el que ganaba las becas, el que iba de acá para allá con sus grandes xilografías monocromáticas, «abriendo el arte al pueblo», «llevando tinta al alma», «un artista con raíces». Ella no tenía un plan, nada que la sostuviera ni la protegiera. No tenía la certeza de conocerse a sí misma ni tampoco sabía para qué estaba en este mundo. Ella era la mujer de él. La mujer del maestro, como la llamaban ahí en el pueblito de Vista Hermosa. Así que si algo verdaderamente nuevo pasaba en su vida, por más que sonara a una tontería como le sonaba este descubrimiento insólito de los kentukis, tenía que guardárselo para sí misma, al menos hasta entender realmente qué estaba haciendo. O hasta entender por qué, desde que había llegado a Vista Hermosa, no dejaba de mirarlo todo con tanta extrañeza, y

de preguntarse qué iba a hacer con su vida para que el fastidio y los celos no terminaran por desquiciarla.

Había comprado el kentuki en Oaxaca, a una hora del pueblo, después de deambular hasta el hartazgo entre puestos callejeros y casas de diseño llenas de cosas que no podía pagar. Sí podía —se corregía a sí misma cada vez que pensaba de esa manera—: el acuerdo era que ella lo acompañaría a las residencias y a cambio Sven pagaría los gastos, aunque apenas iban por la primera vuelta y ella ya lo había visto consultar la cuenta bancaria demasiadas veces, combinando silencios con algunos suspiros.

En el mercado, había caminado entre los puestos de frutas, especias y disfraces, evitando mirar cómo, colgados vivos de las patas, los gansos y las gallinas se sacudían en silencio, exhaustos en su propia agonía. Detrás había encontrado un local vidriado, extrañamente blanco y pulcro entre tantos puestos callejeros. Las puertas automáticas se abrieron, entró y, cuando se cerraron, el ruido quedó levemente amortiguado. Alina agradeció el suave ronroneo del aire acondicionado y que los empleados parecieran estar ocupados atendiendo a otros clientes o haciendo reposiciones: estaba a salvo. Se quitó el pañuelo, se acomodó el pelo y avanzó entre góndolas de electrodomésticos, aliviada de poder caminar entre tantas cosas que no necesitaba. Cruzó las cafeteras y la zona de afeitadoras y se detuvo unos metros más allá. Fue cuando los vio por primera vez. Habría unos quince, veinte de ellos, apilados en cajas. No eran solo muñecos, eso estaba claro. Para que la gente pudiera verlos, varios modelos estaban fuera de sus cajas, aunque lo suficientemente altos para que nadie pudiera alcanzarlos. Alina tomó una de las cajas. Eran blancas y de impecable diseño, como las del iPhone y el iPad de Sven, pero más grandes. Costaban 279 dólares, era bastante dinero. No eran lindos, y aun así había algo sofisticado que todavía no podía dilucidar. ¿Qué eran exactamente? Dejó el bolso en el suelo y se agachó para verlos bien. Las imágenes de las cajas mostraban distintos tipos de animales. Había topos, conejos, cuervos, pandas, dragones y lechuzas. Pero no había dos iguales, cambiaban los colores y las texturas, algunos estaban caracterizados. Revisó más cajas, con mucha atención, hasta apartar mentalmente cinco. Luego revisó esas cinco y tomó dos. Ahora tenía que decidir, y se preguntó qué tipo de decisión estaba tomando. Una caja decía

«crow/krähe/乌鸦 /cuervo», otra decía «dragon/drache/龙 /dragón». La cámara de video del cuervo podía ver en lugares oscuros, pero el cuervo no era impermeable. El dragón era impermeable y podía dar fuego, pero ella no fumaba, ni tampoco Sven. Le gustaba el dragón porque se veía menos rudimentario que el cuervo, pero creía que el cuervo tenía más que ver con ella. Y esta era la clase de asociaciones que no estaba segura de si debía hacer para esa compra. Se recordó a sí misma que costaban 279 dólares y dio algunos pasos hacia atrás. Sin embargo, pensó, todavía tenía la caja en las manos. Lo compraría de todas formas, porque sí y con la tarjeta de Sven, ya casi lo oía suspirar mientras revisaba la cuenta. Llevó el cuervo hasta los mostradores, atenta al impacto de esta decisión en su ánimo, y concluyó que esa compra podía cambiar algunas cosas. Aunque no sabía exactamente qué, ni si se estaba llevando el correcto. El empleado que la atendió, apenas un adolescente, la saludó entusiasmado cuando vio que se acercaba con un kentuki.

—Mi hermano tiene uno —dijo— y yo ahorro para el mío, son fantásticos.

Esa palabra usó, «fantásticos». Y por primera vez ella dudó, no de la compra, sino de haber elegido el cuervo, hasta que el chico, con una sonrisa, le quitó la caja de las manos y el código de barras sonó claro e irreversible. Le dieron un cupón para la siguiente compra y le desearon un muy buen día.

De regreso a Vista hermosa, apenas entró en la habitación, se quitó las sandalias y se tiró un rato en la cama, con los pies sobre la almohada de Sven. La caja del kentuki estaba cerca, todavía cerrada, y se preguntó si una vez abierta podría devolverla. Después de un rato, ya más compuesta, se sentó y la puso sobre sus piernas. Sacó las etiquetas de seguridad y abrió el paquete. Olía a tecnología, plástico y algodón. Y había algo emocionante en eso, la distracción milagrosa de desplegar cables nuevos y prolijamente plegados, de arrancarles los celofanes a dos tipos distintos de adaptadores, de acariciar el plástico sedoso del cargador.

Dejó todo a un lado y sacó al kentuki. Era un muñeco bastante feo, un gran huevo rígido de peluche gris y negro. Pegado al estómago, como una corbata con mucho relieve, un plástico amarillo hacía de pico del cuervo.

Pensó que los ojos eran negros, pero viéndolo más detenidamente entendió que estaban cerrados. Tenía tres ruedas de goma lisa —dos ocultas bajo las patas y una tercera casi en la cola—, y las alas, pequeñas y pegadas al cuerpo, parecían tener cierta independencia. Quizá se movían o se sacudían. Calzó el muñeco en el cargador y esperó a que la luz de contacto se iluminara. Titilaba cada tanto, como si buscara señal, después volvía a apagarse. Se preguntó si habría que conectarlo al wifi, pero revisó el manual y confirmó lo que ya creía haber leído en la caja, el 4G/LTE se activaba automáticamente, lo único que quedaba en manos del usuario era dejar al kentuki sobre su cargador. La compra incluía un año gratis de datos móviles y no era necesario instalar ni configurar nada. Sentada en la cama siguió un rato consultando el manual. Al fin encontró lo que buscaba: la primera vez que el «amo» de un kentuki ponía a cargar su dispositivo debía tener «paciencia de Amo»: había que esperar a que el kentuki se conectara a los servidores centrales y a que este se linkeara con otro usuario, alguien en alguna otra parte del mundo que deseara «ser» kentuki. Dependiendo de la velocidad de la conexión, se estimaba un tiempo de entre quince y treinta minutos de espera para que la instalación del software en ambos puertos se concretara. Se rogaba no desconectar el kentuki hasta entonces. Decepcionada, Alina volvió a revisar el contenido de la caja. Le extrañó que, más allá del cargador y el manual, no viniera ningún dispositivo para manejar el kentuki. Entendía que funcionaba de manera autónoma —comandado por ese otro usuario «ser»— pero ¿ni siquiera podría prenderlo o apagarlo? Ojeó el índice del manual. Se preguntó si no habría parámetros de selección de ese otro usuario que sería su kentuki, características que ella pudiera personalizar, y aunque buscó varias veces en el índice, y también pasando algunas páginas a ojo, no encontró ninguna pista. Lo cerró con inquietud y fue a servirse algo fresco.

Cuando la conexión del K0005973 finalmente se estableció, el kentuki se movió unos centímetros hacia la cama y Alina dio un salto y se puso de pie. Era un movimiento esperable y aun así la sorprendió. El kentuki bajó de la plataforma de su cargador, avanzó hasta el centro de la habitación y se detuvo. Ella se acercó manteniendo cierta distancia. Dio una vuelta a su alrededor pero el peluche no volvió a moverse. Entonces se dio cuenta de

que tenía los ojos abiertos. La cámara está encendida, pensó. Tocó el jean de sus pantalones, era un milagro que no estuviera en ropa interior dentro de la habitación. Pensó en apagarlo hasta decidir qué hacer, y se dio cuenta de que no sabía cómo. No se veía ningún interruptor en el kentuki ni en la base. Volvió a dejarlo en el piso y se quedó mirándolo un momento. El kentuki también la miraba. ¿De verdad iba a hablarle? ¿Así, sola en la habitación? Carraspeó. Se acercó aún más y se acucilló frente a él.

—Hola —dijo Alina.

Pasaron unos segundos, y entonces el kentuki avanzó hasta ella. Qué tontería, pensó, pero en el fondo le daba mucha curiosidad.

—¿Quién sos? —preguntó Alina.

Necesitaba saber qué tipo de usuario le había tocado. ¿Qué tipo de persona elegiría «ser» kentuki en lugar de «tener» un kentuki? Pensó en que también podía ser alguien que se sintiera solo, alguien como su madre, en la otra punta de Latinoamérica. O un misógino viejo y verde, o un depravado, o alguien que no hablaba español.

—¿Hola? —preguntó Alina.

El kentuki no parecía poder hablar. Ella se sentó otra vez frente a él y se estiró para recuperar el manual. En el apartado «primeros pasos» buscó una sugerencia para ese primer intercambio. Quizá se proponían preguntas que pudieran ser contestadas por sí o por no, o se sugerían consignas iniciales, como que el kentuki contestara «sí» girando hacia la izquierda y «no» girando hacia la derecha. ¿Tendría el usuario «ser» kentuki el mismo manual que ella? No encontró más que cuestiones técnicas, consejos sobre el cuidado y el mantenimiento del dispositivo.

—Da un paso al frente si me estás escuchando —dijo Alina.

El kentuki avanzó unos centímetros, y ella sonrió.

—Da un paso atrás cuando quieras decir «no».

El kentuki no se movió. Era divertido. De pronto vio con claridad lo que quería preguntar. Necesitaba saber si era hombre o mujer, qué edad tenía, dónde vivía, a qué se dedicaba, qué cosas le interesaban. Necesitaba juzgar y, con urgencia, decidir qué tipo de «ser» le había tocado. El kentuki estaba ahí, mirándola, quizá tan ansioso por responder como ella por preguntar. Entonces pensó en que su cuervo podría picotear en su intimidad

abiertamente, la vería de cuerpo entero, conocería el tono de su voz, su ropa, sus horarios, podría recorrer libremente la habitación y en la noche conocería también a Sven. A ella en cambio solo le tocaría preguntar. El kentuki podía no contestar, o podía mentirle. Decir que era una colegiala filipina y ser un petrolero iraní. Podía, en una casualidad insólita, ser alguien que ella conociera y no sincerarse nunca. En cambio ella debía mostrarle su vida entera y transparente, tan disponible como lo había estado para ese pobre canario de su adolescencia que se había muerto mirándola, colgando de su jaula en el centro de la habitación. El kentuki chilló y Alina lo miró con el ceño fruncido. Fue un chillido metálico, como el que haría un aguilucho dentro de una lata vacía.

—Un momento —dijo ella—. Necesito pensar.

Se levantó, fue hasta la ventana que daba a los talleres y se asomó para ver el techo del estudio de Sven. Quizá desesperado por la espera, el kentuki volvió a chillar. Alina lo oyó moverse, lo vio acercarse a ella sacudiéndose a veces por las imperfecciones de la madera del piso. Se detuvo cerca. Se quedaron así, mirándose. Hasta que un ruido en los talleres la distrajo y se volvió otra vez hacia la ventana. Afuera alcanzó a ver que la nueva asistente de Sven salía. La chica se reía, hacía gestos hacia el taller, quizá a alguien que le festejaba las bromas desde adentro, alguien que seguía saludándola mientras ella, alejándose, seguía dándose vuelta para verlo. Alina sintió unos golpecitos en los pies. El kentuki estaba pegado a ella, con la cabeza girada violentamente hacia arriba para poder mirarla. Se agachó y lo alzó. Era pesado, le pareció incluso más pesado que cuando lo había sacado de la caja. Se preguntó qué pasaría si lo soltaba. Si se perdería la conexión con ese usuario particular, si el muñeco se desconectaría definitivamente o estaría preparado para resistir ciertos accidentes. Los ojos parpadearon sin quitarle la vista de encima. Era tierno que no hablara. Una buena decisión de los fabricantes, pensó. Un «amo» no quiere saber lo que opinan sus mascotas. Lo comprendió enseguida, era una trampa. Conectar con ese otro usuario, averiguar quién era, era también decir mucho sobre uno. A la larga, el kentuki siempre terminaría sabiendo más de ella que ella de él, eso era verdad, pero ella era su *ama*, y no permitiría que el peluche fuera más que una mascota. Al fin y al cabo, una mascota era todo lo que

ella necesitaba. No le haría ninguna pregunta, y sin sus preguntas el kentuki dependería solo de sus movimientos, sería incapaz de comunicarse. Era una crueldad necesaria.

Dejó al cuervo en el piso, mirando otra vez hacia la habitación, y le dio un pequeño empujón hacia delante. El kentuki entendió: esquivó las patas de las sillas y la mesa, pasó debajo de la cómoda y se alejó despacio hacia su cargador.

Sentado en la silla del escritorio de su padre, Marvin hamacaba los pies, que no alcanzaban a tocar el piso. En la espera, dibujaba caracoles en los bordes de los apuntes del colegio y cada tanto controlaba el mensaje de su tablet que hacía más de diez minutos anunciaba «Estableciendo conexión». Debajo advertía «Este procedimiento podría demorar». Era información para los que nunca habían encendido un kentuki. Marvin, en cambio, ya había sido testigo de las emocionantes primeras conexiones de dos de sus amigos. Sabía bien qué pasos seguir.

Una semana atrás, cuando su padre descubrió sus verdaderas notas, le hizo prometer que permanecería en el estudio tres horas cada día, rodeado de libros, estudiando. Marvin había dicho «juro ante Dios permanecer tres horas al día frente al escritorio rodeado de libros», pero no había dicho nada de estudiar, así que no estaba faltando a ningún juramento, y su padre tardaría meses en descubrir que había instalado un kentuki en la tablet, si es que su padre volvía a tener tiempo para descubrir algo nuevo sobre su hijo. Marvin había pagado la aplicación desde la caja de ahorro de su madre. Era dinero digital, el dinero que más les dura a los muertos. Marvin ya había utilizado esa cuenta otras veces y empezaba a sospechar que ni siquiera su padre sabía de su existencia.

Al fin el número de serie fue aceptado. Marvin dio un salto en la silla y se inclinó sobre la pantalla. No sabía cómo funcionaría un kentuki desde su tablet. Sus amigos que ya eran kentukis —uno en Trinidad y el otro en Dubai— los piloteaban con visores, así había aprendido él a usarlos, y temía que en su vieja tablet la experiencia no fuera igual. En la pantalla, la cámara se encendió y quedó en blanco. «Dragón, dragón, dragón», murmuró Marvin con los dedos cruzados. Quería ser dragón, aunque sabía que debía estar abierto a lo que le tocara. Sus amigos también habían querido ser dragones y Dios había sabido mejor que ellos qué era lo que

cada uno realmente necesitaba: el que era conejo se paseaba el día entero por la habitación de una mujer que, a la noche, lo dejaba mirar mientras se duchaba. El que era topo vivía doce horas a la semana en un departamento desde el que podía verse la costa turquesa del Golfo Pérsico.

En su tablet, la pantalla seguía en blanco y Marvin tardó en entender que el problema era que la cámara del kentuki estaba frente a una pared: no podía ver nada porque estaba demasiado cerca para hacer foco. Se movió hacia atrás. La aplicación en la tablet era casi tan buena como en los visores, y aun así le costaba deducir dónde estaba. Giró y al fin vio algo: cuatro aspiradoras compactas alineadas una detrás de la otra, casi todas tan altas como su kentuki. Eran brillantes y modernas, a su madre le habrían encantado. Cuando se movió hacia el otro lado terminó de entender: la cuarta pared era de vidrio y daba a la calle, estaba en una vidriera. Era de noche y afuera alguien pasó encapuchado, tan abrigado que Marvin ni siquiera pudo adivinar su edad, o si se trataba de un hombre o una mujer. Y entonces la vio, la nieve. ¡Nevaba! Marvin sacudió sus pies bajo el escritorio. Sus amigos tendrían lo que tendrían, pero ninguno tenía nieve. Ninguno había tocado la nieve en su vida, y él podía verla ahora con toda claridad. «Algún día voy a llevarte a que veas la nieve —solía prometerle su madre, incluso antes de que Marvin supiera qué era la nieve—. Cuando la toques, van a dolerte las puntas de los dedos», y lo amenazaba con hacerle cosquillas.

Buscó cómo salir de la vidriera. Giró alrededor de las aspiradoras y revisó las cuatro esquinas que lo rodeaban. En la calle, una señora se detuvo un momento a mirarlo. Marvin intentó gruñir y logró un ruido suave y triste, tan pesado que se parecía más a un transformador quemado que al grito de un dragón. ¿Qué animal le habría tocado? La señora siguió su camino. Marvin intentó empujar alguna de las aspiradoras. Eran demasiado pesadas y apenas logró torcerlas un poco. Fue hasta el vidrio, donde había estado un rato buscando su reflejo sin lograr nunca que la luz estuviera a su favor, y se quedó mirando cómo los copos caían para volverse agua apenas tocaban el piso. ¿Cuánto más tendría que nevar para que la nieve se acumulara y todo quedara completamente blanco?

En su tablet, Marvin practicó un par de veces los atajos para cambiar rápidamente del controlador del kentuki a Wikipedia, en caso de que su padre entrara en la habitación. Después se quedó mirando la foto de su madre, que colgaba entre el viejo crucifijo de madera de su padre y una estampita de la Virgen de la Merced. Quizá Dios estaba esperando el momento adecuado para revelar qué tipo de animal le había tocado ser. Volvió a inclinarse sobre la pantalla. En la vidriera, golpeó la frente del kentuki contra el vidrio y se quedó mirando la calle vacía. Descubriría cómo salir de ahí, pensó. No aceptaría, al menos no en esa otra vida, volver a quedarse encerrado.

—Deje de mirarme así —dijo Enzo—, deje de perseguirme por toda la casa como un perro.

Le habían explicado que el kentuki era «alguien», así que siempre lo trataba de usted. Si el kentuki caminaba entre sus piernas, Enzo protestaba, pero era solo un juego, empezaban a llevarse bien. Aunque no siempre había sido así, al principio les había costado acostumbrarse y a Enzo su sola presencia bastaba para incomodarlo. Era un invento cruel, el chico nunca se ocupaba y había que andar el día entero esquivando un peluche por toda la casa. Su exmujer y la psicóloga del chico se lo habían explicado juntas, en una «instancia de mediación, —enumerando en detalle por qué tener uno de esos aparatos sería bueno para su hijo—. Es un paso más para la integración de Luca», había dicho su exmujer. Su sugerencia de adoptar un perro las dejó atónitas: Luca ya tenía un gato en casa de su madre, lo que necesitaba entonces era un kentuki en la casa del padre. «¿Tenemos que explicarle todo de nuevo?», le había preguntado la psicóloga.

En la cocina, Enzo juntó sus herramientas para el vivero y salió al jardín de atrás. Eran las cuatro de la tarde y el cielo de Umberto estaba gris y oscuro, no faltaba mucho para que se largara a llover. Oyó que, adentro, el topo daba golpes contra la puerta. No tardaría en llegar otra vez hasta él.

Se había acostumbrado a su compañía. Le comentaba las noticias y, si se sentaba a trabajar un rato, lo subía a la mesa y lo dejaba circular entre sus cosas. La relación le recordaba a la que su padre había tenido con su perro, y a veces, solo para sí mismo, Enzo imitaba algunos de sus dichos, el modo en el que se agarraba la cintura después de lavar los platos o barrer, su forma cariñosa de protestar, siempre con media sonrisa, mientras se divertía repitiendo: «¡Deje de mirarme así! ¡Deje de perseguirme por toda la casa como un perro!».

Pero la relación del kentuki con el chico no estaba funcionando. Luca decía que odiaba que lo siguiera, que se le metiera en el cuarto «a hurgar sus cosas», que lo mirara como un tonto el día entero. Había averiguado que, si lograba agotarle la batería, el «ser» y el «amo» se desvinculaban, y el aparato ya no podía reutilizarse. «Ni se te ocurra —lo había amenazado Enzo—, tu madre nos mata». Al chico, la sola idea de lograr agotarle la batería le iluminaba la cara. Se divertía encerrándolo en el baño o poniéndole trampas para que no pudiera llegar hasta su cargador. Enzo ya estaba acostumbrado a despertarse en medio de la noche, ver la luz roja titilar cerca del suelo y al kentuki golpeándose contra las patas de la cama, rogando que alguien lo ayudara a encontrar la base de su cargador. El topo siempre se las ingeniaba para avisarle. Y Enzo, si no quería otra instancia de mediación, tenía que mantenerlo vivo. Porque, aunque la tenencia era compartida, su exmujer ya se había ganado toda la simpatía de la psicoanalista, así que más valía que nada malo le pasara al dichoso kentuki.

Removió la tierra y agregó compost. El vivero había sido de su exmujer, y lo último por lo que pelearon antes del divorcio. A veces lo recordaba y le causaba gracia que hubiera quedado en sus manos. Nunca antes se había fijado en lo agradable que era la tierra de esos canteros. Ahora le gustaba sentir el perfume y la humedad, la idea de un mundo pequeño obedeciendo sus decisiones con un silencio abierto y vital. Lo relajaba, lo ayudaba a tomar un poco de aire. Y había comprado todo tipo de cosas: aspersores, insecticidas, medidores de humedad, palas y rastrillos medianos y pequeños.

Oyó la puerta mosquitero crujir apenas y cerrarse. Bastaba empujarla para que abriera, y al topo esa autonomía parecía gustarle. Se apartaba enseguida para que el vaivén de la puerta no lo golpeará al regresar. A veces no lo lograba y, cuando la puerta regresaba con todas sus fuerzas, lo tiraba un poco más allá. Entonces protestaba, emitiendo un gruñido suave, hasta que Enzo se acercaba para ayudarlo.

Esta vez había caído de pie. Enzo esperó a que se acercara.

—¿Qué hace? —dijo—. Un día ya no voy a estar y nadie más se va a ocupar de andar levantándolo.

El kentuki avanzó hasta tocar sus zapatos y luego retrocedió unos centímetros.

—¿Qué?

El kentuki lo miró. Tenía tierra en el ojo derecho y Enzo se agachó y sopló para sacarla.

—¿Cómo está la albahaca? —preguntó Enzo.

El kentuki giró y se alejó rápido. Enzo siguió agregando compost a la tierra, atento al pequeño motor que aceleró y salió del vivero, y al salto que las ruedas solían dar contra los bordes de algunas de las baldosas del patio. Con eso tendría unos minutos, pensó. Fue hasta el lavadero por la tijera y, al regresar, el kentuki ya estaba otra vez ahí, esperándolo.

—¿Y le falta agua?

El kentuki no se movió ni hizo ningún ruido. Era algo que Enzo le había enseñado, un pacto de comunicación: ningún gesto equivalía a «no», un ronroneo equivalía a «sí». Un movimiento corto era una invención del kentuki que Enzo no terminaba de entender. Le parecía confusa y variable. A veces podría ser un gesto como «Sígueme, por favor», otras veces podía significar «No sé».

—¿Y los peperoncinos? ¿Sobrevivió el brote que salió el jueves?

El kentuki volvió a alejarse. Era alguien viejo. O era alguien a quien le gustaba decir que era viejo. Enzo lo sabía porque le hacía preguntas, era como jugar y al topo le encantaba. Había que hacerlo cada tanto, como cuando se baña al perro, o se cambian las piedras del gato. Lo intentaban mientras Enzo tomaba su cerveza, recostado en la reposera frente al vivero. Casi no le daba trabajo pensar las preguntas. A veces, incluso, las hacía y ni siquiera prestaba atención a la respuesta. Cerraba los ojos entre sorbo y sorbo de cerveza, se dejaba atrapar por el sueño y el kentuki tenía que golpear la pata de la silla para que siguiera.

—Sí, sí... Estoy pensando —decía Enzo—. A ver, ¿a qué se dedica el topo? ¿Es cocinero? —El topo se quedaba inmóvil, lo que significaba claramente un «no»—. ¿Cosecha soja? ¿Es profesor de esgrima? ¿Tiene una fábrica de bujías?

Nunca quedaba demasiado claro cuál era la respuesta, ni si la respuesta era verdadera en su totalidad o marcaba solo su cercanía. Con los días, Enzo

averiguó que quien fuera que se paseara por su casa dentro de ese kentuki había viajado mucho, pero por ahora los lugares que había visitado no era ninguno de los que él había nombrado. También sabía que se trataba de un hombre adulto, aunque no estaba del todo claro qué tan mayor. A veces no era francés ni alemán, y otras veces era las dos cosas, así que Enzo creía que quizá fuera alsaciano, y le gustaba dejar que el kentuki girara en círculos clamando desesperado esa opción intermedia que ya estaba en el aire y que Enzo se cuidaba de no pronunciar jamás: Alsacia.

—¿Le gusta Umbertide? —le preguntaba—, ¿le gusta el pueblo italiano, el sol, los vestidos floreados, los culos enormes de nuestras mujeres?

Entonces el kentuki corría alrededor de la reposera ronroneando a su máximo volumen.

Algunas tardes Enzo lo cargaba hasta el coche y lo dejaba en la luneta mirando hacia atrás, todo el recorrido hasta las clases de tenis de Luca, hasta el súper donde hacía las compras y en el regreso a casa.

—Mire qué mujeres —le decía Enzo—, ¿de dónde será un topo que nunca vio mujeres como estas?

Y el topo ronroneaba una y otra vez, quizá de furia, quizá de felicidad.

Varios años atrás, su hijo también le había regalado la computadora, enviada desde Hong Kong y envuelta en celofanes. Otro regalo que, al menos al principio, a Emilia le había traído más disgustos que alegrías. El plástico blanco de la carcasa se había decolorado y podría decirse que ahora ya se habían acostumbrado la una a la otra. Emilia la encendió, se puso los anteojos y el controlador del kentuki se abrió automáticamente. En la pantalla, la cámara apareció inclinada, como si estuviera caída. Reconoció enseguida el mismo departamento de la chica escotada. La cámara estaba acostada a ras del suelo. Solo cuando levantaron al kentuki Emilia vio el sitio del que acababan de moverla y entendió que la habían dejado en una cucha. Una cucha de felpa fucsia con pintitas blancas. La chica habló y los subtítulos amarillos del traductor aparecieron inmediatamente en la pantalla.

«*Buenos días*».

Los pechos estaban bien ajustados en un top celeste y todavía llevaba el anillo en la nariz. Emilia le había preguntado a su hijo qué relación tenía con esa chica y él le había dicho que ninguna, y se había puesto otra vez a explicarle cómo era que funcionaban los kentukis y a hacerle preguntas sobre qué había visto y en qué ciudad había quedado asignada y cómo la habían tratado. Era una curiosidad sospechosa, en general a su hijo no le interesaba nada la vida de su madre.

—¿Estás segura de que eres conejo? —volvió a preguntarle su hijo.

Emilia recordaba haber oído algo de «*linda conejita*», recordaba la caja que la chica le había mostrado y entendía, ahora que alguien se había tomado el trabajo de explicárselo, que lo que ella estaba manejando era un peluche con la forma de algún animal. ¿Serían animales del horóscopo chino? ¿Que significaba entonces ser conejo y no ser, por ejemplo, serpiente?

«*Me encanta cómo hueles*».

La chica acercó demasiado su nariz a la cámara y la pantalla de Emilia se oscureció un segundo.

¿A qué olería?

«*Vamos a hacer muchas cosas juntas. ¿Y sabes lo que vi en la calle hoy?*».

Contó algo que había pasado frente al supermercado. Aunque parecía una tontería, Emilia intentaba entender, seguía las letras amarillas de la pantalla pero el traductor iba demasiado rápido. Le pasaba lo mismo que en el cine: si las oraciones eran muy largas desaparecían antes de que pudiera terminar de leerlas.

«*Y el día está precioso —dijo la chica— ¡mira!*».

La levantó sobre su cabeza, alzándola hacia la ventana, y por un momento Emilia vio una ciudad desde lo alto: las calles anchas, las cúpulas de algunas iglesias, los canales de agua, la fuerte luz roja del atardecer cubriéndolo todo. Emilia abrió grandes los ojos. Estaba sorprendida, era un movimiento que no había esperado y la imagen de esa otra ciudad la impactó. Nunca había salido del Perú, jamás en toda su vida si descontaba el viaje a Santo Domingo para el casamiento de su hermana. ¿A qué ciudad la habrían asomado? Quería volver a verla, quería que la alzaran otra vez. Accionó las ruedas del kentuki para un lado y para el otro, giró la cabeza varias veces, lo más rápido que pudo.

«*Puedes llamarme Eva*», dijo la chica.

Volvió a pararla en el piso y se alejó rumbo a la cocina. Abrió la heladera y algunos cajones, empezó a preparar su comida.

«*Espero que te guste el almohadón que te compré, mi gordita*».

Emilia dejó un rato al kentuki mirando a la chica, quería estudiar atentamente el controlador. ¡Que me alce de nuevo!, pensaba, ¡que me alce de nuevo! No entendía cómo comunicarse con ella. ¿O sería que, en su condición de conejo, solo le tocaba escuchar? ¿Cómo cuernos se hacía hablar a esos animalitos? Ahora sí tenía preguntas que hacer, pensó Emilia. Si no lograba hacérselas a la chica, llamaría otra vez a Hong Kong y se las haría a su hijo. Ya era momento de que el chico se hiciera un poco más responsable de las cosas que le enviaba a su madre.

Unos días más tarde descubrió que estaba en Erfurt, o había grandes posibilidades de que el sitio donde se movía su kentuki fuera una pequeña ciudad llamada Erfurt. Había un almanaque de Erfurt pegado en la heladera de la chica, y estaban las bolsas que llegaban al departamento y que ella dejaba en el suelo por días, «Aldi-Erfurt», «Meine Apotheke in Erfurt». Emilia lo había googleado: Erfurt tenía, como únicos atractivos turísticos, un puente medieval del siglo XIII y un monasterio por donde había pasado Martín Lutero. Quedaba en el centro de Alemania y a cuatrocientos kilómetros de Múnich, la única ciudad alemana que en realidad le hubiera gustado conocer.

Hacía ya casi una semana que se paseaba unas dos horas al día por el departamento de Eva. Se lo había contado a sus amigas en el café de los jueves, después de natación. Gloria preguntó qué era eso que Emilia llamaba «Kentuki», y en cuanto se lo explicaron decidió que compraría uno para su casa, para las tardes en que cuidaba a su nieto. Inés, en cambio, estaba horrorizada. Juró que no pisaría la casa de Gloria si compraba ese aparato. Lo que quería saber Inés, y lo preguntó varias veces golpeando la mesa con el dedo índice, era qué tipo de reglamentación implementaría el gobierno con una cosa así. No se podía contar con el sentido común de la gente, y tener un kentuki circulando por ahí era lo mismo que darle las llaves de tu casa a un desconocido.

—Además no entiendo —dijo Inés al final—, ¿por qué no te buscas un novio en vez de andar arrastrándote por el piso de una casa ajena?

Inés era torpe para decir las cosas, a veces a Emilia le costaba perdonarla. Se quedó un rato mordiendo la bronca, pensando en ese comentario incluso ya en su casa, mientras enjuagaba y colgaba su toalla de natación. Sin Gloria, concluyó, su amistad con Inés no habría durado ni un día.

Para el final de la semana, Emilia ya había establecido una nueva rutina. Después de lavar los platos preparaba un poco de té y se encendía puntualmente en el departamento de Eva. A Emilia le parecía que la chica empezaba a acostumbrarse a ese horario tardío pero regular en el que ella despertaba al kentuki. Entre las seis y las nueve de la noche del horario alemán, Emilia circulaba alrededor de las piernas de la chica, atenta a lo que

pasaba. El sábado, de hecho, cuando Emilia despertó y la chica no estaba, encontró un cartel pegado a la pata de una de las sillas, a unos centímetros del piso. Tuvo que transcribirlo en su teléfono, letra por letra, para entender lo que decía, y le alegró confirmar que era para ella:

«Mi Pupi: Yo estoy al súper yendo. Sin retardo, vuelvo yo en treinta minutos, ya fácil. Con atención, tu Eva».

Le hubiera gustado tener el papel original, con la letra fina e inclinada de la chica para pegarlo en su heladera, porque a pesar del alemán, de la tinta fucsia y brillante, era una escritura sofisticada, algo que podría haber enviado un pariente lejano o alguna amiga desde el extranjero.

La chica le había comprado un juguete para perros pero, como Emilia no lo usaba, solía dejarle cerca otro tipo de objetos para ver si alguno la tentaba. Había un ovillo de hilo que a veces empujaba y un pequeño ratón de piel cuya funcionalidad Emilia no terminaba de descifrar. Aunque le agradecía la buena intención, lo que a ella realmente le interesaba era ver las cosas que la chica tenía en el departamento. Se asomaba con ella cuando acomodaba las compras en las alacenas, cuando abría el mueblecito del baño, o el armario frente a la cama. Miraba sus decenas de zapatos mientras Eva se preparaba para salir. Si algo le llamaba la atención, Emilia ronroneaba alrededor de la chica y ella lo dejaba un rato en el piso. Como ese masajeador de pies que una vez le había mostrado. No tenía nada que ver con lo que podía conseguirse en Lima. Era muy decepcionante que su hijo siguiera mandándole perfumes y zapatillas deportivas cuando podría hacerla tan feliz con un masajeador de pies como ese. También ronroneaba para que Eva la alzara, o si quería que la sacara de la cucha. En Lima, en el supermercado, una tarde en que había ido a comprar sus galletitas de coco y granola y había encontrado el estante vacío, ronroneó también en silencio, para sí misma. Se avergonzó de inmediato, preguntándose cómo podía andar haciéndose la conejita en cualquier sitio. Entonces una de sus vecinas cruzó el pasillo y Emilia la vio tan vieja, gris y coja, murmurando desgracias por lo bajo, que recuperó cierta dignidad. Estaré loca pero por lo menos estoy actualizada, pensó. Tenía dos vidas y eso era mucho mejor que tener apenas media y cojear en picada. Y al final, qué importaba hacer el

ridículo en Erfurt, nadie la estaba mirando y bien valía el cariño que obtenía a cambio.

La chica cenaba alrededor de las siete y media mirando las noticias. Llevaba su plato al sofá, se abría una cerveza, alzaba al kentuki y lo ponía junto a ella un rato. Entre los almohadones, era casi imposible para Emilia moverse, aunque podía girar la cabeza y mirar el cielo por la ventana o estudiar a Eva más de cerca: la textura de lo que llevaba puesto, cómo se había maquillado, las pulseras y los anillos, e incluso podía ver las noticias europeas. No entendía nada —el traductor solo se ocupaba de la voz de Eva—, pero las imágenes eran casi siempre suficientes para formarse una opinión sobre lo que estaba pasando, en especial cuando no había mucha gente en el Perú siguiendo las noticias alemanas. Hablando al respecto con sus amigas y en el supermercado, se dio cuenta enseguida de que manejaba información exclusiva y de que la gente no solía estar al tanto de la actualidad europea en todo su detalle.

Día por medio, alrededor de las nueve menos cuarto, la chica se vestía para salir y dejaba a Emilia sola. Antes de apagar las luces, la llevaba hasta su cucha. Emilia sabía que, una vez ahí, difícilmente podía volver a moverse, así que a veces intentaba escapar antes de que la levantaran, corriendo de acá para allá, metiéndose debajo de la mesa.

«¡Vamos, gordita, que se me hace tarde!», decía Eva, que aunque en alguna ocasión terminara enojándose, solía reírse mientras intentaba atraparla.

Le contó esto a su hijo y el chico se alarmó.

—¿O sea que te paseas el día entero detrás de ella y cuando la chica se va te quedas en esa almohada para perros?

Emilia estaba comprando en el súper y el tono del chico la asustó. Se detuvo con su carrito, preocupada, acomodó el teléfono en su oreja.

—¿Lo hago mal?

—¡Es que entonces no te estás cargando, mamá!

No entendía bien de qué le estaba hablando su hijo, pero le gustaba que, desde que tenía el kentuki, si le mandaba mensajes con sus dudas y progresos, o comentándole lo que hacía la chica, él contestaba enseguida. Emilia se preguntaba si su hijo habría sabido de antemano que regalarle un

kentuki lo acercaría a su madre, o si el regalo le estaba dando más problemas de los que había calculado.

—Mamá, si no te cargas cada día vas a terminar quedándote sin batería, ¿no te das cuenta?

No, no se daba cuenta. ¿De qué tenía que darse cuenta?

—Si la batería llega a cero se pierde la vinculación de los usuarios, ¡y adiós Eva!

—¿Adiós Eva? ¿No puedo volver a encenderme?

—No, mamá. Se llama «caducidad programada».

—Caducidad programada...

Estaba en la góndola de enlatados cuando repitió esas dos palabras y el repositor la miró con curiosidad. Su hijo se lo explicó todo otra vez, hablando más fuerte al teléfono, como si el problema de Emilia fuera auditivo. Al fin entendió, y le confesó desconcertada que hacía una semana que circulaba con el kentuki sin cargarse. Él suspiró aliviado.

—Te está cargando ella —dijo—, menos mal.

Emilia meditó esto mientras esperaba para pagar. Entonces, cuando ella se iba a la cama y dejaba a su kentuki en la cucha hasta el día siguiente, la chica lo sacaba de ahí, lo calzaba en el cargador y una vez que la carga se completaba volvía a dejarlo en su sitio. Emilia movió los duraznos que habían quedado debajo de las latas de arvejas y los puso arriba para que no se golpearan. Así que, cada día, alguien en la otra punta del mundo hacía eso por ella. Sonrió y guardó su teléfono. Era toda una atención.

La Mossèn Cinto no era solamente un hogar de ancianos, era una de las instituciones más queridas y la mejor equipada de la Vila de Gràcia. Tenía siete cintas para caminar, dos tubos de hidromasaje terapéutico y un lector de electrocardiogramas propio. Pagadas todas las refacciones del frente del gimnasio, Camilo Baygorria quería que los excedentes de las cuotas de ese año se invirtieran con fines recreativos. Le había llevado cuarenta y siete años de administración llegar a estos últimos meses de bonanza y ahora necesitaba algo que hiciera la diferencia, algo que los familiares notaran inmediatamente en sus visitas y de lo que hablaran el resto de la semana.

Fue Eider, la jefa de enfermeras, la que propuso el asunto de los kentukis. Pensó que le costaría convencer a Camilo de su idea, aunque sabía que ya había uno en la familia de su jefe: un sobrino que se lo había comprado con sus ahorros. Camilo Baygorria nunca hubiera pensado en la adquisición de semejante aparato para un geriátrico, y aun así se arriesgó. Le agradeció a Eider la idea, y de inmediato encargaron dos kentukis conejos. La propia Eider preparó para cada uno un pequeño sombrero azul con visera, con dos agujeros para las orejas y el logo del hogar al frente.

Los encendieron juntos en la sala principal, luego del almuerzo. La conexión del K0092466 se estableció dos horas y veintisiete minutos más tarde y la del K0092487 después de tres horas y dos minutos. Ya había trescientos setenta y ocho servidores repitiendo las conexiones alrededor de todo el mundo y aun así seguían colapsados: los tiempos de espera para la configuración inicial se alargaban cada vez más.

En cuanto los dos kentukis empezaron a moverse, algunos ancianos se acercaron. Los conejos circulaban entre sus pies y ellos levantaban trabajosamente las piernas para dejarlos pasar, como si se tratara de juguetes a fricción incapaces de esquivar los obstáculos. No pasaron ni diez minutos cuando uno de los kentukis se estacionó junto al ventanal principal,

y no volvió a moverse. Se había desconectado solo y Eider tuvo que explicarle varias veces a Camilo que no había mucho que pudiera hacerse al respecto. Hasta donde ella sabía, si el usuario de un kentuki quería abandonar el «juego», el aparato ya no podía volver a usarse.

—¿Crees que sea por los viejos? —preguntó Camilo.

Era algo en lo que Eider no había pensado. Nunca se le hubiera ocurrido que ahora, además de todas las especificaciones que había que leer si se compraba un electrodoméstico nuevo, había que pensar también si sería digno para ese objeto vivir o no con uno. ¿Quién pensaría, frente a la góndola de un supermercado, si el ventilador que está pensando en llevarse a casa estaría de acuerdo en ventilar a un padre en pañales mientras mira la televisión?

—¿Crees que podríamos perder también al otro? —Camilo la tomó del codo, asustado.

Eider se quedó mirándolo. Por primera vez, vio que Camilo ya era tan viejo como los viejos que cuidaba, y entendió el terror de su pregunta. Cerca, un anciano levantaba al otro kentuki para estudiarlo. Le habló casi pegado a su hocico y le empañó los ojos. Quiso dejarlo en el suelo, pero no pudo agacharse, así que lo soltó con un grito de dolor y el kentuki se golpeó y rodó. Eider fue hasta el conejo, lo puso de pie y lo siguió entre las mesas del comedor asegurándose de que lo dejaran tranquilo. Después le permitió alejarse, salir al jardín interno.

—Eider —era la voz de Camilo que, a sus espaldas, se acercaba.

Estaba por volverse hacia él cuando vio a una anciana correr detrás del kentuki, y detrás de la anciana a un enfermero que intentaba detenerla. De pronto, con una rapidez que a Eider le pareció premeditada, el kentuki giró hacia la pequeña pileta de pececitos que estaba en el centro del patio y se alejó a toda velocidad. ¿Qué estaba haciendo? Eider tuvo el instinto de correr hacia él, pero Camilo la retuvo. El conejo no frenó, cayó al agua. La vieja gritó, se metió en la pileta y el enfermero detrás de ella.

—Eider —dijo Camilo tirándole otra vez del codo—. ¿Seguro no hay modo de recuperar nada? ¿Nada de nada?

¿Qué estaba preguntándole? ¿Se refería al dinero?

Afuera, el enfermero había logrado sentar a la vieja en el borde de la pileta. Estaba empapada y lloraba estirándose hacia el kentuki que, unos metros más allá, se hundía lentamente en el agua.

Seguía corriendo cada mañana. En dos meses, si regresaba a Mendoza, al menos podría decir que ahora hacía ejercicio. No era el tipo de logros que estaba buscando, pero tampoco es que hubiera muchas más cosas que hacer. Aunque había encontrado con qué entretenerse. Estaba la biblioteca —hacía tiempo que no se daba el lujo de tanta lectura—; y el kentuki, había que aceptar que lo del kentuki era interesante.

Cuando Sven lo vio por primera vez se quedó un rato parado frente al cuervo; el cuervo lo miraba desde el piso. Los dos se estudiaron con tanta curiosidad que Alina tuvo que hacer un esfuerzo para no reírse. Sven era un danés alto y rubio, en Mendoza tenía que cuidarlo como a una quinceañera. Era ingenuo y demasiado amable, así que lo estafaban, le robaban, se burlaban de él. En las residencias de artistas, en cambio, rodeado de sus pares y secundado siempre por alguna enérgica asistente, a Alina le parecía un príncipe que se le escapaba de las manos. Los celos que sentía esos días en Oaxaca eran apenas un rezago de lo que habían sido un año atrás, en los primeros meses de su relación con Sven. Con el tiempo esa angustia había virado a otra cosa. Antes la atormentaba, concentraba su mirada exclusivamente en él; ahora, en cambio, la angustia la distraía, perdía el interés, y los celos eran la única forma que encontraba para regresar cada tanto a Sven. También estaba ese otro estado al que tanto le gustaba entregarse, uno que solo tenía que ver con ella. Se encerraba en la habitación y se concentraba en sus maratónicas sesiones de series para volver a la realidad muchas horas más tarde. Quedaba «fragmentada», así le gustaba a Alina describirlo. Era un mareo que adormecía sus miedos más tontos y, quizá por el propio aislamiento, la devolvía al mundo limpia y liviana, abierta al mero placer de un poco de comida y una buena caminata.

Pero tarde o temprano se cruzaba otra vez con Sven, y recordaba que su vida estaba hecha de cosas que siempre podían perderse, como la sonrisa

encantadora con la que él miraba ahora al kentuki. Alina había calculado el tipo de preguntas que él haría sobre el peluche y había repasado sus respuestas mentalmente, preparándose para enfrentarlo en cuanto al precio, su inutilidad, la desmesurada exposición de su intimidad —aunque la revelación de esto último, calculó, al *artista* le llevaría su tiempo—. Él parecía sorprendido y cuando se agachó para verlo de cerca preguntó algo en lo que Alina no había pensado.

—¿Qué nombre le ponemos?

El kentuki giró y la miró.

—Sanders —dijo Alina—. Coronel Sanders.

Era una tontería, y aun así tenía gracia. Se preguntó qué le habría hecho pensar que se trataba de un varón, y a la vez le pareció imposible pensar a ese cuervo con un nombre de mujer.

—¿Como el viejo de Kentucky Fried Chicken?

Alina asintió, era perfecto. Sven alzó al kentuki, que protestó cuando lo dieron vuelta, le revisaron las ruedas y estudiaron cómo iban agarradas al cuerpo sus pequeñas alitas de plástico.

—¿Que autonomía tiene?

Alina no tenía idea.

—¿Crees que podría seguirnos hasta la cena? —preguntó Sven, y volvió a dejarlo en el piso.

Sería divertido intentarlo. En Vista Hermosa no había nada parecido a un restaurante elegante, de hecho, no había nada parecido a un restaurante. Algunas señoras —ya habían visitado a tres— sacaban a sus patios mesas de plástico, colocaban manteles y paneras con tortillas y ofrecían un menú de dos o tres platos. Sus maridos solían comer en alguna de esas mesas, siempre la más cercana al televisor, a veces dormían con la cerveza o el mezcalito en la mano. No quedaban a más de un kilómetro y Sven supuso que, si la tecnología era parecida a la de un teléfono, el kentuki debería poder seguirlos sin problema. Alina, en cambio, temía que la señal se perdiera. Entendía que cada peluche traía consigo «una única vida» y lo que no le quedaba claro era si perder la señal era también perder la conexión.

Salieron al patio y empezaron a caminar, unos metros detrás el kentuki los seguía. Alina estaba atenta al motorcito que zumbaba a sus espaldas,

consciente de que, mientras ellos avanzaban con tanta liviandad, alguien hacía un gran esfuerzo para no perderlos de vista. Se olvidó de la asistente de turno y volvió a sentirse segura, tomó a Sven de la mano y él la sostuvo, amoroso y distraído. Sobre el asfalto, ya fuera de la residencia, no era tan fácil para el cuervo seguirlos. Lo oían girar, desacelerar, volver a alcanzarlos. Entonces lo oyeron detenerse y se dieron vuelta para ver qué había pasado. Estaba a unos cinco metros, miraba hacia la montaña. Era difícil saber si todavía estaba ahí con ellos, admirando el atardecer de la naturaleza mexicana, o si alguna fatalidad técnica había alcanzado súbitamente su alma, y eso era todo lo que habrían tenido de kentuki en esta vida. Alina pensó en sus 279 dólares, y de pronto el kentuki se movió, esquivó orondamente a Sven y siguió hacia donde estaba Alina.

—¿Qué hace? —bromeó Sven—. ¿Adónde va con mi mujer, Coronel?

La pasaron bien. Comieron pollo con mole y arroz, y durante toda la cena dejaron al kentuki sobre la mesa. Cada vez que Sven se distraía, el cuervo le empujaba el tenedor hacia el borde y lo tiraba al piso de tierra. Como el cubierto no hacía ruido al caer, Sven lo buscaba a ciegas donde lo había dejado. No lo enojaba descubrir el engaño. En realidad, nada en absoluto del mundo ordinario podía enojar al *artista*, su energía estaba destinada a asuntos superiores. Alina envidiaba la tranquilidad con la que Sven hacía de su vida exactamente lo que quería. Él avanzaba, ella oscilaba detrás de la estela que él iba dejando, intentando que no se le escapara de las manos. Correr, leer, el kentuki, todos sus planes eran planes de contingencia. El Coronel volvió a tirar el tenedor y Alina se tentó y soltó una carcajada. Cuando el kentuki la miró ella le guiñó un ojo, y él hizo su ruido de cuervo por primera vez en la noche.

—Si se mete con mi mujer —dijo Sven bromeando—, se mete también conmigo, Coronel —y volvió a agacharse a recoger su tenedor.

Unos días después, cuando estaba por dejar la habitación, regresó a último momento por el Kentuki y se lo llevó con ella. Quería mostrárselo a Carmen, la mujer de la biblioteca. Era lo más parecido que tenía a una amiga en toda la residencia. Cruzaban frases breves y filosas, saboreaban con discreción el evidente principio de una gran cofradía. Alina dio unos golpecitos sobre el mostrador, para avisarle que andaba por ahí, dejó al

Coronel junto a los papeles de Carmen y se alejó rumbo al pasillo de narrativa desde donde espío para ver qué pasaba. Carmen lo vio y se acercó, iba siempre de negro, las muñecas repletas de pulseras con tachas. Levantó al kentuki, lo dio vuelta y estudió un rato su base pasando los dedos entre las ruedas.

—Este parece de mejor calidad que los míos —dijo sin levantar la voz, como si hubiera sabido desde un principio que Alina la espiaba.

Alina se acercó con dos libros nuevos.

—Siempre me pregunté —dijo Carmen divertida— para qué será este culito. —Y rascó con sus uñas esmaltadas el puerto USB escondido tras la rueda trasera.

Después lo dejó sobre la mesa y el kentuki se alejó hacia Alina. Carmen dijo que no había pasado un mes desde que su exmarido le había regalado un kentuki a cada uno de sus hijos, y ya había visto nuevas versiones en varias ocasiones.

—Mi exmarido dice que el crecimiento de estas cosas es exponencial: si hay tres la primera semana, es que habrá tres mil la segunda.

—¿No te intimida? —preguntó Alina.

—¿Qué de todo?

Carmen dio un paso al costado y, a espaldas del kentuki, hizo la mímica de vendarse los ojos. Buscó su billetera en el bolso y le mostró a Alina una fotografía de sus dos hijos con los bichos. Eran dos gatos amarillos y los llevaban en los canastos de las bicicletas. Cada kentuki tenía una cinta negra atada a la cabeza que le cubría los ojos. Era la única condición que Carmen le había puesto a su exmarido: temía que todo fuera un plan para tener dos cámaras rondando por su casa día y noche.

Alina se quedó mirando la foto.

—¿Y para qué quiere alguien pasear por tu casa con los ojos vendados? ¿Cuál es la gracia?

—Ya ves —dijo Carmen—. Tienen solo dos sentidos, yo les quito uno y siguen circulando. Así es la gente, manita, teniendo en el pueblo semejante biblioteca —y señaló sus cuatro pasillos vacíos.

Le quitó la foto de las manos, le dio un beso a la imagen de cada hijo y la guardó otra vez en su billetera.

—Pisaron uno ayer en la ruta, frente a la parada del taxi —continuó, anotando en el registro de libros los que Alina estaba llevándose—. Era de un amigo de mis hijos y la madre tuvo que enterrarlo en el jardín, entre las tumbas de los perros.

El cuervo se volvió hacia Carmen y Alina se preguntó si el Coronel Sanders sería capaz de entenderla.

—Una desgracia, ahora el chico está destrozado. —Carmen sonrió. Era difícil saber qué estaba pensando realmente—. Con lo que salen estos bichos.

—¿Y qué se supone que hacía el kentuki solo en la calle? —preguntó Alina.

Carmen la miró sorprendida, quizá porque no se le había ocurrido pensar en eso.

—¿Crees que intentó escapar? —preguntó, y se quedó mirándola, sonriendo con entusiasmo.

Alina regresó al cuarto, dejó al kentuki en el suelo y fue al baño. Tuvo que volver hasta la puerta y cerrarla para que no se metiera dentro, el bicho siempre lo intentaba. Se quedó junto a la puerta hasta que oyó al Coronel Sanders alejarse. Entonces se quitó la ropa y se metió en la ducha. Qué bien había hecho en no comunicarse con su kentuki, lo iba confirmando con las cosas de las que se enteraba. Sin correos ni mensajes ni acordar ningún otro método de comunicación, su kentuki no era más que una mascota sonsa y aburrida, tanto que a veces Alina se olvidaba de que el Coronel Sanders estaba ahí, y que detrás del Coronel había una cámara y alguien mirando por ella.

Así que los días pasaron con naturalidad. Su despertador sonaba a las 6.20 de la mañana. Ningún artista osaba circular a esa hora por la residencia, la alarma ni siquiera parecía despertar a Sven. A Alina le daba tiempo a levantarse y bajar hasta la cocina del área común, desayunar sin interacciones sociales y leer un buen rato antes de salir a correr. Con el segundo café se ponía recta sobre la silla, el culo bien en el borde, las piernas estiradas y los pies abiertos en V. Era su posición *crucero*, y podía leer así por horas. El Coronel Sanders se metía entre sus pies empujando las puntas de la V que formaban sus piernas hasta quedar trabado. A veces

Alina bajaba el libro y le hacía alguna pregunta, solo para saber si quien fuera que manejara ese aparato seguía ahí con ella, o dejaba al cuervo para irse a hacer algo mejor. La primera opción, la idea de alguien sentado mirándola fijamente por horas, siempre la intimidaba, la segunda la ofendía. ¿No era su vida lo suficientemente interesante? ¿Tenía ese quienquiera que fuera una vida tanto más importante que la suya como para dejar el aparato en vilo hasta su regreso? No, se contestaba, si fuera así no estaría ahora entre sus pies, haciendo de mascota a las 6.50 de la madrugada.

—¿Sabés lo que acaba de pasar en la página 139?

Casi siempre el Coronel Sanders estaba ahí, gruñía o hacía temblar ligeramente las alitas que tenía a los lados del cuerpo, pero ella no se molestaba en contestar sus propias preguntas. A las siete y media pasaba por la habitación para dejarlo dentro y bajaba al monte a correr. Doblaba en la iglesia y se alejaba de la calle principal. Conocía un camino en el monte apartado de las casas, cruzaba sembrados y bajaba en lomadas hacia zonas más verdes. Cada vez llegaba más lejos. Cada vez se sentía más fuerte. Correr no la hacía ni más ni menos inteligente, pero la sangre circulaba de otra manera por su cuerpo, le latían las sienas. El aire cambiaba y, en cuanto se distraía, su cerebro bombeaba ideas con una rapidez insólita. Cuando regresaba, Sven ya había bajado a su taller. Alina se daba una ducha y se ponía algo cómodo, comía sus mandarinas despacio, panza arriba sobre la cama. En el piso, el Coronel Sanders se movía inquieto, rodeándola como una versión cómica de un ave de rapiña.

El día anterior había estado pensando, pensando demasiado. Y en la noche, a las tres de la mañana, se había levantado y había sacado una silla al patio para fumar frente al monte, en la oscuridad. Se sentía cerca de algún tipo de revelación, era un proceso que conocía, y la sola excitación por alcanzar una conclusión compensaba la somnolencia.

Así que esa mañana, después de regresar de correr y tirarse en la cama con sus mandarinas, seguía dándole vueltas al asunto con el presentimiento de estar cada vez más cerca de algún tipo de revelación. Miró el techo fijamente y pensó que, si tuviera que poner las cosas en orden para inferir a qué tipo de descubrimiento estaba llegando, tendría que recordar un dato en el que hacía días que no pensaba. En algún momento de la semana anterior,

había bajado al único kiosco del pueblo, junto a la iglesia, y, en una distracción, le había dado un vistazo a un detalle que hubiera preferido no ver. El modo en el que Sven le explicaba algo a una chica. La dulzura con que intentaba hacerse entender, lo cerca que estaban el uno del otro, el modo en que se sonrieron. Después supo que era la asistente. No le sorprendió, tampoco le pareció un descubrimiento importante, porque una revelación mucho más profunda captó súbitamente su atención: nada le importaba tanto como para moverse en alguna dirección. En su cuerpo, cada impulso preguntaba para qué. No era cansancio, ni depresión, ni carencia de vitaminas. Era una sensación parecida al desinterés, pero mucho más expansiva.

Acostada en la cama juntó las cáscaras en una sola mano y el movimiento la acercó a una nueva revelación. Si Sven todo lo sabía, si el *artista* era un peón abocado y cada segundo de su tiempo era un paso hacia un destino irrevocable, entonces ella era exactamente lo contrario. El último punto al otro extremo de los seres de este planeta. La *inartista*. Nadie, para nadie y nunca nada. La resistencia a cualquier tipo de concreción. Su cuerpo se interponía entre las cosas protegiéndola del riesgo de llegar, alguna vez, a alcanzar algo. Cerró el puño y apretó las cáscaras. Se sentían como una pasta fresca y compacta. Después estiró el brazo sobre las sábanas, hacia la cabecera, y dejó las cáscaras bajo la almohada de él.

Grigor había tenido una gran idea, al fin. La había llamado «plan B» y había invertido en ella sus últimos ahorros —los suyos y los de su padre, si es que lo que le quedaba al padre podía llamarse ahorros—. Estaba seguro de que, a cambio, el plan B lo sacaría de la mala racha y lo pondría otra vez en el juego. De eso habían pasado ya casi dos semanas y todavía tenía la sensación de que el trabajo apenas estaba tomando su ritmo. Le dijo a su padre que almorzaría después y entornó la puerta de la habitación. Si las cosas salían bien pronto podría comprarle un kentuki. Sería una buena compañía para el viejo, lo ayudaría a distraerse y hasta podría recordarle los horarios de los medicamentos. Quién sabe, quizá realmente terminaba siendo de gran ayuda. Miró el calendario pegado en la pared del escritorio. En menos de dos meses se acabaría el dinero de la indemnización, y cuando el padre intentara pagar sus yogures con la extensión de su cuenta y la caja le escupiera la tarjeta, Grigor tendría que decirle la verdad. Así que el plan B tenía que funcionar.

La pantalla de la tablet avisó que la conexión del K1969115 había encontrado su dirección IP, ahora pedía el número de serie. Se encendió la cámara y Grigor tuvo que bajar inmediatamente el audio. Era una fiesta de cumpleaños y un nene de unos seis años lo sacudía y lo golpeaba contra el piso. Esto no durará mucho, pensó Grigor, aunque ya se había llevado algunas sorpresas. A veces los kentukis no terminaban relacionándose con las personas a las que estaban destinadas y alguien más de la familia los adoptaba. Como ese kentuki que se había encendido en Cape Town, Sudáfrica, como mascota de hospital de una mujer que murió a los pocos días. Terminó viajando con la hija, guardado en los compartimentos superiores de la cabina de un avión, para ser regalado a un sobrino que vivía en el campo neozelandés. Lo acomodaron en el galpón de una granja en las afueras de Auckland, donde los chanchos se sentaban a veces sobre el

cargador y tenía que golpearles el culo una y otra vez para que al fin se levantaran. Así de rápido podía cambiar la suerte de una conexión.

Lo importante, se repetía siempre Grigor, era mantener los dispositivos activos. No era un requerimiento técnico, es decir, incluso si no se usaba un kentuki durante días, las conexiones IP asignadas seguían funcionando; había estudiado el tema en redes sociales, foros, conversaciones de aficionados y todo tipo de sitios especializados, y estaba seguro de que desatender un dispositivo no implicaba perderlo. Pero si quería vender esas conexiones tenía que mantenerlas vivas y en buenos términos con sus amos. Tenía que encenderlas diariamente, un buen rato cada una, circular e interactuar. Era una actividad que no había calculado en toda su magnitud y estaba llevándole demasiado tiempo. De hecho, había perdido un kentuki por esa razón, en la inexperiencia y la desorganización de la primera semana. Lo había descuidado más de dos días y su ama —una rusa rica e impaciente que no habría soportado que la ignoraran durante tanto tiempo —, terminó desconectándolo. El K1099076, instalado en su tablet número 3, había arrojado una alerta roja con su último mensaje: «Conexión finalizada».

Con la desconexión se perdía la tarjeta del «ser» kentuki y se perdía también el kentuki. Ninguna de las dos partes podía volver a utilizarse. «Una conexión por compra» era la política de los fabricantes, venía escrita al dorso de la caja, como si se tratara de alguna ventaja del producto. Grigor vio a un chico con el lema impreso en la remera dos días atrás, cuando salió a comprar algunas tablets más para instalar códigos nuevos. Al final, a la gente le encantaban las restricciones.

En el cumpleaños donde su kentuki número 11 intentaba sobrevivir, alguien lo liberó de las manos del nene y lo dejó en el piso. Las baldosas eran de un ladrillo poroso; más allá, entre los invitados, se adivinaba una gran piscina. Cada tanto un mozo pasaba con bandejas de bebidas. Un cartel decía «¡Felicidades!», Grigor creía que era español. Se movió entre los invitados, alguien lo seguía un poco más atrás, a sus espaldas. Cada tanto lo levantaban, lo giraban y cuando volvían a dejarlo en el suelo la cámara apuntaba otra vez en dirección al nene, que de todas formas ya no le prestaba ninguna atención y estaba entretenido abriendo otros regalos.

Estoy en Cuba, pensó Grigor. Era algo que le hubiera gustado que pasara desde el primer kentuki que había encendido. Si hubiera podido elegir un lugar, habría elegido La Habana o alguna playa de Miramar. Eran sitios en los que nunca había estado, así que no perdía nada imaginárselos. Un perro lo olisqueó y le empañó la cámara. En su cuarto, Grigor abrió su carpeta y empezó a llenar una nueva planilla. Las había diseñado él mismo, el día uno del Plan B. Había impreso cincuenta y tenía planeado imprimir muchas más. Anotó el número de serie que el programa le había asignado y la fecha. Dejó en blanco los casilleros «Tipo de kentuki» y «Ciudad del kentuki»; a veces llevaba varios días de uso averiguar estas cosas. Hizo sus primeras anotaciones en «Características generales». Clase alta, entorno familiar con empleados domésticos, piscina, varios coches, posible zona rural, ecuatorial, de habla hispana. Había música, demasiado ruido y demasiadas voces, así que el traductor no lo ayudaba en nada.

Grigor abrió el último cajón y contó cuántas tarjetas le quedaban por activar. Solo nueve, si el plan B salía bien pronto tendría dinero para comprar más conexiones y más tablets, se sentía confiado. Tenía un horario —le dedicaba unas ocho horas al día—, tenía un sistema —ya administraba unos diecisiete kentukis, lo que imponía cierto orden— y, aunque se había decidido a subir bastante los precios, seguían llegándole consultas y sabía que pronto las ventas se dispararían. Los tres primeros los había dejado ir a precios muy bajos, era el derecho de piso que tenía que pagar, y ahora el negocio empezaría a crecer.

Su padre dio unos golpecitos suaves en la puerta y entró. Estaba viejo, y aun así seguía siendo un hombre alto y grandote. Traía un vaso de plástico en cada mano y dejó uno sobre el escritorio, frente a Grigor.

—Es yogurt, hijo.

Se sentó en la cama con el otro vaso. Grigor había intentado explicarle qué era lo que estaba haciendo, pero su padre no terminaba de entenderlo. Cuando estas cosas nuevas entran al mercado, le había dicho, hay que aprovechar el bache legal antes de que se regule.

—¿Es que es algo ilegal, hijo?

«Ilegal» era una palabra que alarmaba a la generación de su padre, un término sobrevalorado que además ya sonaba anticuado.

—No hasta que esté regulado —dijo Grigor.

Su primo había juntado bastante dinero haciendo entregas anónimas con drones, pero eso no había durado mucho tiempo. Tarde o temprano aparecía alguien con más capital y mejores contactos. «Regular» no era organizar, sino acomodar las reglas a favor de unos pocos. Las empresas se apoderarían pronto del negocio que había detrás de los kentukis, y la gente no tardaría en calcular que, si se tiene el dinero, mejor negocio que pagar setenta dólares por una tarjeta de conexión que se encendería al azar en cualquier rincón del mundo, era pagar ocho veces más para elegir en qué lugar estar. Había gente dispuesta a soltar una fortuna por vivir en la pobreza unas horas al día, y estaban los que pagaban por hacer turismo sin moverse de sus casas, por pasear por la India sin una sola diarrea, o conocer el invierno polar descalzos y en pijama. También había oportunistas, para quienes una conexión en un estudio de abogados de Doha equivalía a la oportunidad de pasearse toda una noche sobre notas y documentos que nadie más debería ver. Estaba ese padre del chico sin piernas de Adelaide, que hacía solo tres días le había pedido una conexión a un «amo de buen trato» que practicara «deportes extremos» en «lugares paradisíacos». Pagaría lo que fuera, decía en su correo. A veces los clientes no tenían tan claro qué era lo que buscaban, y Grigor les mandaba dos o tres planillas con registros de imágenes y video. A veces, hasta él mismo disfrutaba de las conexiones que mantenía para vender. Ejercía secretamente el don de la ubicuidad. Miraba a sus «amos» dormir, comer, ducharse. Algunos lo restringían a zonas específicas, otros lo dejaban circular con toda libertad y más de una vez, aburrido en la espera, se entretenía revisándoles las cosas mientras sus amos estaban afuera.

—Ahorramos unas cincuenta kunas por semana, hijo —dijo el padre mostrándole su yogurt terminado.

Grigor se acordó de que todavía tenía en la mano el pote de plástico que le había dado su padre. Lo probó y comprendió a qué se refería: ya no estaba comprando sus yogures, sino que los preparaba él mismo en la cocina, y Grigor tuvo que hacer un gran esfuerzo para no escupirlo en el vaso y tragar con una sonrisa.

Marvin circuló por la vidriera alrededor de las aspiradoras y después se quedó un rato mirando hacia la calle. El local era pequeño y oscuro, podía adivinarlo gracias a un reflejo sobre el vidrio. Vendían electrodomésticos. La imagen no llegaba a incluirlo, todavía no había podido verse reflejado en ningún lado y no había sido capaz de contestarle a sus amigos qué tipo de kentuki era. Si gruñía, los ruidos en los parlantes de su tablet tampoco le daban ninguna pista, podían ser tanto el llamado de un ave de rapiña como el crujido de una puerta abriéndose. Ni siquiera sabía en qué ciudad estaba, ni cómo era su amo. A sus amigos les había contado lo de la nieve, pero eso no parecía haberlos impresionado. Después de hacerle chistes sobre por qué un culo de princesa y un departamento en Dubai eran mejores que la nieve, le habían dicho que, además, la nieve ni siquiera podía tocarse. Marvin sabía que estaban equivocados: si lograbas encontrar nieve, y empujabas lo suficiente tu kentuki contra un montículo bien blanco y espumoso, podías dejar tu marca. Y eso era como tocar con tus propios dedos la otra punta del mundo.

En la vidriera, esos dos metros cuadrados que habitaba los sentía cada día más minúsculos. Se aburría tanto que hasta había intentado dejar quieto al kentuki y estudiar. Al fin y al cabo, los libros estaban ahí, tan toscos y permanentes que a veces Marvin jugaba a abrirlos despacio, como reliquias de una civilización anterior. Pero siempre volvía al kentuki, a esa eterna noche oscura donde casi nunca pasaba nadie. Una vez, un señor mayor se detuvo para verlo y él hizo girar al kentuki sobre su eje, para un lado y para el otro. El hombre aplaudió, festejó tan escandalosamente que a Marvin le pareció que estaba borracho. Y luego, otra vez, vino un chico más grande que él, uno que nunca le hubiera prestado atención si fueran compañeros de colegio. Pasó y golpeó el vidrio con su anillo, a modo de saludo. Le guiñó un ojo y siguió calle arriba. Pasó de nuevo al día siguiente, y al siguiente. A

Marvin le gustaba ese chico y el sonido que hacía su anillo contra el vidrio cada vez que lo saludaba. ¿Pasaría solo para verlo a él?

Una noche, después de que las luces principales de la vidriera se apagaran, alguien levantó al kentuki. Por un momento Marvin lo vio todo: las estanterías llenas de radios, batidoras, máquinas de café; el mostrador y los pisos brillantes. Era un lugar chico, tal como él había supuesto, aunque atiborrado de plantas y mercadería. Dejaron al kentuki sobre una mesa que parecía ser la única, justo al centro del local, y verlo completo, al fin, le causó una excitación insólita.

Buscó desesperado un espejo, un reflejo en el que mirarse y descubrir qué tipo de animal era. La mujer que lo había sacado de la vidriera era grandota y vieja, se movía de un lado a otro diligente, acariciando con una gamuza las cosas que la rodeaban. Abrió una puerta lateral de la vidriera que Marvin nunca había visto abrirse y sacó también las aspiradoras. Inclineda sobre la caja, por un buen rato apenas pudo ver sus piernas y las plumas grises de un plumero asomarse a veces del otro lado. Sobre la pared del mostrador, siete relojes marcaban la una y siete de la madrugada. Marvin se preguntó qué haría la mujer limpiando a esa hora, si sería la dueña del lugar o si solo se ocuparía de la limpieza. Recordó a su madre diciendo que nadie limpia la mugre propia como uno mismo, y esa mujer parecía muy comprometida con el trabajo. La vio incorporarse, dejar el plumero sobre la mesa y volver a levantar la gamuza. Entonces Marvin intentó su show: dio vueltas sobre la mesa abriendo y cerrando sus ojitos, haciendo ese graznido grave y triste. La mujer se volvió para mirarlo. Marvin se sacudió un poco sobre su eje, de un modo que él imaginaba como la sacudida de un perro para quitarse el agua, y se arrimó hasta el borde de la mesa. No tenía mucho más para ofrecer. La mujer rodeó la mesa. Se acercó tanto que el delantal verde de limpieza que llevaba atado a la cintura ocupó toda la pantalla. Marvin miró hacia arriba, quería saber si ella todavía sonreía, y vio la otra mano pasar sobre él. No podría decir qué hacía esa mano, el brazo de la mujer había quedado suspendido sobre el kentuki, conectándolos de alguna forma extraña. Un ruido corto y áspero se repitió en los parlantes de la tablet, y Marvin al fin lo entendió: lo estaban acariciando. Hizo un gruñido entrecortado, que imaginó como el ronroneo

de un gato y abrió y cerró los ojos varias veces, lo más rápido posible, mientras el movimiento del brazo hacía que el delantal ondulara frente a la pantalla.

«*Que cosa tan linda*», dijo la mujer en algún idioma inentendible que el controlador tradujo sin problema.

Así vestida y hablándole con tanta ternura, le recordó a la mujer que limpiaba su propia casa, esa casa demasiado grande de Antigua llena de adornos que habían sido de su madre y ya nadie se animaba a quitar. Pero esa mujer cuidaba a Marvin como a otro adorno huérfano. La mujer del delantal verde, en cambio, lo había tocado. Le había rascado la cabeza con el amor sincero con el que se rasca a los cachorros y en cuanto lo soltó Marvin giró reclamando más. Entonces la mujer acercó su rostro hacia él, su cara inmensa ocupó toda la pantalla, y le dio en la frente su primer beso.

Desde esa vez, noche de por medio, la mujer lo sacaba de la vidriera y le daba charla mientras limpiaba. En eso estaban cuando movió al kentuki para limpiar la mesa y lo dejó frente a un espejo. Fue solo un segundo, en su escritorio Marvin gritó y levantó los brazos hacia el techo, los puños cerrados como festejando un gol.

—¡Soy dragón!

Era lo que siempre había querido y lo repitió muchas veces, ¡soy dragón!, sentado en su escritorio, de pie frente a la foto de su madre, y al día siguiente en cada recreo del colegio. En la casa de electrodomésticos, al fin pasaban algunas cosas.

La mujer solía llegar furiosa, a veces hablaba tan enojada que el traductor no era capaz de transcribir por completo lo que decía. Pero limpiar la tranquilizaba. Quizá era lo único que lograba distraerla. Entonces le hablaba de sus dos hijas, y de lo mal que su marido administraba el local. Había sido él quien había traído al kentuki. Su marido era el hombre que todo lo compraba. Cuando decidieron abrir el negocio, veintitrés años atrás, ella pensó que eso lo calmaría, o al menos se entretendría comprando para los demás, y se entretendría también si los demás le compraran a él. Era increíble la cantidad de objetos inútiles que todavía era capaz de adquirir, objetos esenciales para asuntos urgentes que se disolvían inmediatamente tras la adquisición.

El kentuki era para animar la vidriera, así se lo había vendido el mismo distribuidor de la línea de las cafeteras y las pavas eléctricas. Se lo entregaron junto a un artículo del diario con decenas de estadísticas del producto y la promesa de que, una vez encendido, bailarían «como monito» haciendo que la gente no pudiera evitar detenerse frente al negocio. Lo que evidentemente nadie le había dicho era que el monito solo estaría disponible de las once de la noche a las tres de la mañana. ¿Y quién pasaba por la vidriera a esa hora más que los borrachos del pueblo?

A Marvin le costaba asimilar tanta información. Entonces, ¿no era ella su ama? Y si él únicamente podía usar su kentuki después del colegio —es decir, en la noche de ese otro mundo—, ¿nunca conocería a su verdadero amo, al hombre que lo había encendido? Y el reclamo de la mujer, eso era lo que más lo inquietaba, ¿tendría que bailar «como un monito» si quería contentarlos? ¿Serviría realmente de algo bailar en la noche? Las largas peroratas de la mujer lo confundían, pero le gustaba el tono dulce de su voz, la energía con la que lo sermoneaba y el ruido que hacía contra su carcasa cuando le daba besos o le pasaba la gamuza.

Una noche ella le dijo:

«Mi hija tiene uno como tú en casa. Y hablan con el código morse. ¡Aprende, así charlamos!».

Así que Marvin había googleado el abecedario del código morse y ensayaba en la cama hasta quedarse dormido, gruñendo como su dragón bajo las sábanas. Repasaba una y otra vez las siete letras de su nombre.

Cuando la mujer dijo *«Haz un gruñido corto y yo anotaré un punto, haz un gruñido largo y yo anotaré una línea»*, él ya estaba preparado. Gruñó su nombre con toda claridad. La mujer dijo:

«¡Espera, espera!».

Corrió por un lápiz y un anotador.

«¡Ya! ¡Repite, dragoncito!».

Marvin volvió a decir su nombre en código morse y ella tomó nota con muchísima atención. Después gritó:

«¡Marvin! ¡Me encanta!».

Esa semana, cada vez que el chico que golpeaba su anillo pasaba por ahí, le escribía frases en el vidrio. Lo hacía en inglés, lo que a Marvin le

parecía muy *cool*, aunque dejara mensajes como «¡Liberen al kentuki!», o «¡Amos explotadores!», y el frío conservaba los mensajes demasiado tiempo. Temía que la mujer los viera y pensara que él tenía algo que ver. Quería que lo liberaran, sí, la idea no estaba nada mal, pero no quería herir los sentimientos de esa ama que no era en realidad su ama, pero que él ya había elegido como tal.

A veces hacía de monito, o lo que él entendía que podía ser hacer de monito. Giraba sobre su eje en la vidriera, gruñendo y parpadeando, rodeando las aspiradoras y deteniéndose cada tanto frente a una de ellas para admirarlas. No servía de nada, en la calle casi nunca había gente, y a esa hora, incluso si alguien pasara y reparara gracias a él en las preciosas carcasas de esas aspiradoras, el negocio ya estaba cerrado y a oscuras.

«Quiero ir más lejos», gruñó una noche el dragón. La mujer dejó de sacudir el plumero, tomó su anotador y su planilla del código morse y un momento después lo miró y sonrió.

«Tengo dos hijas sonsas —dijo—, y he esperado toda una vida a que alguna diga algo parecido».

La mujer se acercó.

«¿Adónde querés ir, dragoncito Marvin?».

En el escritorio de su padre, la pregunta sonó como si le ofrecieran el cumplimiento de un deseo. Marvin levantó su mirada hacia los libros, el viejo empapelado de las paredes y el retrato de su madre. Si dejara esa casa, eso sería lo único que se llevaría consigo, aunque estaba demasiado alto como para alcanzarlo.

«Quiero ser liberado», gruñó.

«Pues a mí me parece una muy buena idea», dijo la mujer.

La vio alejarse hacia el cajón de la vidriera y regresar con el cargador. Lo dejó sobre el piso parodiando una reverencia, como si se tratara de una ofrenda para la realeza.

«A partir de hoy todo este reino será tuyo —dijo la mujer—. Adiós vidriera, adiós cautiverio».

Lo alzó y lo dejó en el piso, a sus pies.

Eso no era lo que Marvin quería. Lo supo en cuanto subió al cargador y miró desde su nuevo lugar de descanso ese espacio que ya no le parecía tan

grande ni tan desconocido.

«Quiero salir», gruñó.

La mujer transcribió los gruñidos en su anotador y se rio. En el escritorio de su padre, Marvin frunció el ceño.

«Volveré».

Ella se quedó mirándolo. Estaba seria, miró la vidriera y después la puerta.

«Por favor», gruñó Marvin.

Como si se hubiera aburrido repentinamente de él, la mujer dejó el anotador en la mesa y se alejó con el plumero. Estuvo limpiando un rato. Luego regresó, se agachó frente al dragón y dijo:

«*Está bien*».

Y lo que dijo a continuación le hizo pensar a Marvin que quizá ella también había estado considerando una liberación. Quizá algunos amos hacían para sus kentukis lo que no podían hacer para sí mismos.

«*Voy a dejarte fuera del negocio: sobre tu cargador pero bajo la escalera de la galería* —dijo la mujer; lo levantó y lo puso junto a la caja registradora—. *Solo puedes salir de noche. Quiero verte ahí cada mañana para poder acomodarte en la vidriera antes de que él llegue, o se dará cuenta. ¿Es un trato?*».

El dragón hizo tres gruñidos cortos, un pequeño silencio, y dos cortos más. La mujer abrió la caja y sacó una de las etiquetas para regalo que guardaban junto al dinero. Se la mostró a cámara para que él pudiera leerla —debajo del logo, en letras doradas, estaban la dirección y el teléfono del negocio— y luego se la pegó detrás, quizá cerca de las ruedas traseras.

«*Si algo pasa* —dijo la mujer, y volvió a ponerlo en el suelo—, *busca a alguien bueno que pueda devolverte*».

Antes de dejarlo bajo la escalera, le dio un último beso en la frente.

Cheng Shi-Xu había comprado una tarjeta kentuki y había establecido su conexión con un dispositivo de Lyon. Desde entonces pasaba más de diez horas por día frente a su computadora. Su saldo bancario bajaba día a día, los amigos ya casi no llamaban y la comida basura le estaba haciendo un agujero en el estómago. «¿Así es como vas a dejarte morir?», le preguntó su madre en el teléfono, quizá porque ella sí trabajaba en su propia muerte hacía muchos años, aunque él siempre estuviera demasiado ocupado para registrarlo. Cheng Shi-Xu, en cambio, hacía más de un mes que estaba concentrado en otra cosa: vivía el nacimiento de un gran amor, quizá el más auténtico e inexplicable de su vida.

Lo primero que ocurrió fue que conoció a su ama-kentuki. Se llamaba Cécile y lo había recibido el día de su cuadragésimo cumpleaños. En cuanto la conexión del K7833962 quedó establecida, ella lo aupó, lo llevó al baño y entonces Cheng Shi-Xu pudo verlo todo. Era un kentuki panda, una felpa fucsia y turquesa lo cubría de punta a punta. En la panza, grabado en plástico gris, decía «Toujours rappeler. Emmanuel». Cheng Shi-Xu pensó que Cécile era guapísima. Alta y delgada, el pelo casi pelirrojo y el rostro lleno de pecas. Le sonrió al espejo.

«*Bienvenido, mi rey*», le dijo.

Cheng Shi-Xu entendía bastante francés, así que entró a la configuración del controlador y desactivó el traductor.

Pronto descubrió que el resto del departamento era tan grande y sofisticado como el baño, y que era un reino generosamente acondicionado por Cécile para la total autonomía de su kentuki. Había colocado espejos a la altura del piso, pequeñas aberturas en las puertas y en las ventanas que daban al balcón —como esas que suelen ponerse para que usen las mascotas— y una larga rampa que, oculta tras el sofá, recorría de punta a

punta los tres cuerpos, hasta la altura de los anchos apoyabrazos de cuero, sobre los que Cheng Shi-Xu aprendió a moverse sin problema.

Cécile impuso sus reglas desde el primer día, sin ningún pudor y contabilizando cada pauta con los dedos.

—No entrás nunca a mi habitación. Si llego a casa con un hombre no salís de tu cargador. Si estoy durmiendo o sentada en ese escritorio la circulación por la casa queda prohibida.

Él obedeció.

Fuera de esas reglas, Cécile era atenta y divertida. A veces salían al balcón y ella lo alzaba para asomarlo a Lyon mientras le señalaba la plaza en la que se había izado la primera bandera negra del mundo, el viejo almacén donde solía estar la sedería de su familia, y le contaba otras historias de bombardeos y revoluciones que su abuelo le había contado a ella desde ese mismo balcón.

Cécile y su departamento eran un mundo perfecto y, aun así, lo mejor quedaba en el departamento de enfrente, el gran reino de Jean-Claude, el hermano de su ama-kentuki. A veces cruzaban para tomar juntos el té. Lo preparaba Cécile, pero lo bebían en el living de Jean-Claude mientras él tocaba el piano.

Fue en ese departamento que Cheng Shi-Xu conoció a la mujer de su vida.

Cuando recorrió por primera vez aquel living, le llamó la atención ver en los ventanales las mismas aberturas que había en el departamento de Cécile. El kentuki panda de Jean-Claude estaba parado un poco más allá, junto a una gran maceta de orquídeas. Le extrañó que llevara estampadas en la panza las mismas palabras que él: «Toujours rappeler. Emmanuel». Se llamaba Titina —o así la llamaba Jean-Claude—, y tenía una sola responsabilidad, que cumplía a regañadientes. Después de tocar el piano, su amo —que siempre iba descalzo— se sentaba en los sillones frente a Cécile a conversar y tomar el té y dejaba las piernas estiradas. Entonces Titina debía frotarle los pies con su cuerpo de peluche, rozándolos lentamente de un lado y del otro. Cécile los miraba y se reía. Si Jean-Claude se distraía, Titina se alejaba rápidamente a algún otro rincón de la casa. Cheng Shi-Xu la seguía como su sombra.

Con el tiempo habían logrado comunicarse. En el baño, Jean-Claude había pintado sobre el piso un abecedario y Titina se movía sobre él con gracia. Era una danza que se veía preciosa cuando la hacía ella, pero que a Cheng Shi-Xu, cuando le tocaba su turno, le daba mucho trabajo. Ella escribía en francés, él en inglés. Se entendían perfectamente.

«me-llamo-kong-taolin —escribió Titina—, vivo-en-da-an-en-taipei».

Él escribió también su nombre. Luego escribió:

«letras-en-panzas... ¿!».

«emmanuel-regalo-1-kentuki-a-c/hijo-dia-q-murio».

Titina contó más historias de la familia. Cuando Cécile y Jean-Claude eran chicos su padre solía comprarles cobayos. Pero los animales apenas si duraban un año vivos en su jaula. Emmanuel sabía que sus hijos ahora estaban grandes y que él pronto ya no estaría con ellos. Quería regalarles, al fin, una mascota que les durara toda la vida. El eco de sus motorcitos bailando sobre los azulejos resonó en la cabeza de Cheng Shi-Xu incluso unas horas más tarde, cuando en su departamento de Beijing se durmió pensando en las cosas que se habían contado. Al día siguiente googleó «Kong Taolin». El primer carácter se escribía igual al de Confucio, y aunque Chen Shi-Xu no tenía claro qué auguraba esto, estaba seguro de que era una buena señal. Había decenas de Kong Taolin en Taipéi pero solo una parecía ser del barrio de Da'an. Era rellenita y tenía una sonrisa preciosa. Imprimió la foto y la pegó junto a su pantalla.

Pronto Titina le pasó su correo. Señaló en el teclado del baño la primera parte del mail y se quedó un buen rato dando vueltas, lidiando con la obviedad de que no había ningún signo de arroba sobre el cual pararse. Al final continuó su frase con un «—at—», aunque no fue hasta que agregó el «.com» que Cheng Shi-Xu se dio cuenta de qué se trataba todo eso. Tomó nota en Beijing, y en Lyon bailó un rato sobre el teclado hasta que logró escribir el suyo. En cuanto la hora del té terminó y regresaron al departamento de Cécile, él abrió su correo y le escribió. Se despidió con una confesión: «Odio que tengas que rascarle los pies». Ella contestó enseguida: «Yo también lo detesto, pero a cambio él me enseña francés, dos horas cada tarde. Aprendo rápido. Daré un examen y con el título en mano dejaré a mi marido». Estaba casada, la noticia golpeó a Cheng Shi-Xu,

aunque le agradeció la sinceridad. Ella volvió a escribir: «Me encantan tus visitas. Eso es lo que hago el día entero, esperar a que toques el timbre».

Pensó que él también podría ayudarla con el francés, a Cécile la entendía perfectamente, pero no le dijo nada. Ella le contó que cantaba para anuncios comerciales. Le adjuntó un video donde promocionaba una marca de chicles. No había ninguna imagen de ella, pero su voz vibraba al principio y al final y a él le pareció dulce y brillante, una voz aún más suave que la que había imaginado para ella.

Cheng Shi-Xu buscó en el mapa el edificio de Cécile. Fue fácil porque recordaba la referencia de la plaza y la primera bandera negra, y el lugar donde había estado la vieja sedería de la familia. No tardó en sacar sus cuentas y anotó la dirección en un papel. Quería mandar a Taolin un ramo de flores. Pensó en que necesitaría el apellido de los hermanos, y en que no sería complicado averiguarlo, aunque un segundo después se imaginó el estupor de Jean-Claude cuando recibiera el ramo. Podía adosar una tarjeta que dijera «Para Titina», pero ¿para qué regalarle flores a un kentuki que no puede agarrarlas ni olerlas? Y Jean-Claude no era como su Cécile, no se tomaría la molestia de ponerlas en un jarrón y dejarlas en el suelo a la vista de ella. Tenía que pensar en otro tipo de regalo. ¿Y si mantenía su plan de las flores pero se las mandaba a Da'an? La idea volvió a erguirlo en la silla, googleó otra vez sus datos para tratar de conseguir la dirección exacta. No encontró nada. En Lyon despertó a su kentuki —que en la tarde solía dormirse un rato sobre el apoyabrazos del sofá—, tomó la rampa hasta el suelo y buscó a Cécile. Rugió suavemente un par de veces y ella se agachó y le acarició la cabeza.

—¿Qué le pasa, grandulón?

Así lo llamaba.

Jean-Claude no le caía bien, pero cómo añoraba ese teclado que le había dibujado en el baño a Taolin. ¿Por qué Cécile no hacía algo así para él? ¿No quería que hablaran? Rugió un par de veces más, consciente de la inutilidad de sus ruidos. Hasta que se cansó, se dio media vuelta y se alejó.

Empezaron a escribirse varias veces al día. Taolin contaba mucho de su padre, a quien añoraba con fervor. Había sido un hombre bueno con ella, y a la vez un oscuro oficial en la Revolución Cultural, había hecho cosas que

ella nunca había podido entender. Comparado con esas historias, el pasado familiar de Cheng Shi-Xu no era tan interesante, pero Taolin parecía entusiasmada con los detalles más comunes de su vida, como ese verano que Cheng Shi-Xu acompañó a su madre y a su tía al Museo de Arte Nacional, así que él le envió por correo las fotos del recorrido, incluidas las de su madre y su tía, que ella analizó a lo largo de varios correos, hasta animarse y preguntarle si acaso no habría entre tantas fotos una en la que saliera él.

Cheng Shi-Xu casi no durmió esa noche, pensando si debía o no revelar su imagen. Se dio cuenta de que, a sus casi cuarenta años, todavía no había podido decidir si era o no un hombre guapo. Se la mandó, ella no contestó. Al día siguiente, a la hora del té y después del rascado de pies, Titina huyó despavorida hacia el baño y él la siguió. Ella se movió rápido sobre el teclado.

«t-parecs-a-mi-padre», escribió Titina y le guiñó un ojo.

«hablemos-x-skype», dijo él.

Ella aceptó. Aunque en la noche, en Beijing, Cheng Shi-Xu esperó frente a la computadora hasta pasadas las dos de la mañana, y Taolin nunca apareció. A la mañana siguiente Cheng Shi-Xu encontró un correo de ella, cuando lo abrió leyó:

«Si vuelve a escribirle a mi mujer, van a tocarle el timbre y a romperle la cara».

Se quedó mirando el mensaje, no recordaba haber recibido algo tan violento en toda su vida. No sabía si debía o no contestar, si debía o no preocuparse por Taolin, si acaso ella estaría al tanto del mensaje. En Lyon bajó de su rampa y fue hasta la habitación de Cécile. Rompió las reglas al intentar despertarla, haría unas horas que ella se habría acostado, él insistió golpeando el kentuki contra las patas de la cama. Cécile se movió entre las sábanas, molesta, y le revoleó una almohada que lo dejó ruedas para arriba. Unas siete horas más tarde, en la mañana de Lyon, Cécile lo levantó y lo llevó hasta la mesa de la cocina. Intentó hablar con él mientras se preparaba un café.

—¿Qué le pasa, grandulón? —le preguntó—. ¿Es que tengo que castigarlo como a una mascota? ¿Qué cuernos le pasó anoche?

Hacía pregunta tras pregunta y no parecía interesada en ningún tipo de respuesta. Cheng Shi-Xu se movía desesperado sobre la mesa, quería decir: ¡Hay que ir a lo de Jean-Claude! ¡Necesito su teclado! ¡Algo muy malo pasa con Taolin!

No cruzaron hasta la tarde. Cuando entró al departamento de Jean-Claude, detrás de las piernas de Cécile, vio que Titina se alejaba en lugar de ir hacia él, como siempre. Entendió que descubrir esto era aún más doloroso que el mensaje que había recibido por correo, y aun así necesitaba saber que ella estaba bien. Se repuso y esperó pacientemente junto a Cécile. Los hermanos hablaron un buen rato, Jean-Claude tocó una pieza interminable y después estiró las piernas y llamó a Titina, que se acercó tímidamente. Cuando el show del rascado de pies terminó, Cheng Shi-Xu intentó ir hacia el baño con Titina, ella no lo siguió. Él volvió e intentó empujarla. Lucharon hasta que Titina chilló y Jean-Claude fue hasta ellos de un salto y, furioso, la levantó del piso. Se volvió hacia su hermana pidiendo explicaciones. No cargaba a Titina con cariño, ni siquiera como a un animal, sino que se la había puesto bajo la axila, como si llevara una sandía del mercado.

—Quiero a ese muñeco fuera de la casa —dijo, señalando al kentuki de su hermana.

Durante una semana Cécile cruzó a tomar el té sola. Cheng Shi-Xu se quedaba chillando, golpeando todo el rato la puerta, desconsolado. Un vecino salía a veces de su departamento para golpear la puerta de Cécile. Entonces Cheng Shi-Xu se callaba un rato e intentaba aguantar lo más que podía hasta que la indignación volvía a crecer.

Y luego pasó lo de la última noche. Fue lo más espantoso que le había sucedido a Cheng Shi-Xu en la vida. Algo tan injusto e inexplicable que no pudo contárselo ni a su madre, que aún no había logrado morir y habría disfrutado mucho de una buena desgracia ajena. En la noche, una noche en la que Cécile había salido, Jean-Claude entró al departamento de su hermana con su llave. Encendió las luces y miró hacia los lados, buscándolo. Tenía una mirada aguileña, un gesto agresivo que nunca antes le había visto, y en lugar de chillar hacia él y reclamar el teclado del baño, Cheng Shi-Xu tuvo el instinto de esconderse. Su kentuki estaba detrás del

sofá. Había mejores sitios donde meterse, pero temió que, si se movía, el motorcito terminaría delatándolo.

Jean-Claude lo buscó por el living, lo llamó y no tardó en descubrirlo. Lo saludó con una amabilidad sospechosa y se sentó frente a él, en el otro sofá. Traía una bolsa en su mano derecha, que dejó a un lado.

—Estuve charlando con el marido de la señorita —dijo—, y hemos llegado a un acuerdo.

Cheng Shi-Xu se preguntó si se referiría al marido de Taolin, pero ¿por qué estaría Jean-Claude en comunicación con ese hombre?

—A ver, Don Juan, ¿me sigue? —No podía hacer otra cosa más que escuchar, así que se acercó—. Esto es lo que vamos a hacer: Taolin necesita concentrarse en sus clases de francés y yo necesito que la gente que no me cae bien deje de meterse en mi baño.

Era la primera vez que oía el nombre de ella en boca de él, que siempre la llamaba Titina. «Taolin», ese nombre en boca de Jean-Claude, le hizo pensar que quizá ellos también se escribían. Jean-Claude buscó algo en su bolsillo. Sacó un destornillador y se agachó hacia él para mostrárselo con sobrada elegancia.

—¿A que no sabe quién manda esto desde Da'an? —dijo.

Dejó el destornillador en el piso y sacó de la bolsa una caja blanca. Cheng Shi-Xu tardó en reconocerla, de hecho, no entendió de qué se trataba hasta que Jean-Claude la abrió y sacó un kentuki.

—Pero no vamos a poner triste a Cécile, ¿no? —dijo.

El kentuki que había en la bolsa era idéntico al de Cheng Shi-Xu, el mismo panda de felpa fucsia y turquesa, la misma panza grabada con el mismo plástico gris: «Toujours rappeler. Emmanuel». Aunque Cheng Shi-Xu intentó alejarse a toda velocidad, Jean-Claude no tuvo que hacer ningún esfuerzo para agarrarlo. En su pantalla de Beijing, el living de Lyon se sacudió violentamente, y en los parlantes sus propios chillidos sonaban histéricos y metálicos. Jean-Claude luchaba con el destornillador para abrir la base del kentuki. Cheng Shi-Xu movía las ruedas para un lado y para el otro, pero sabía que no había nada que pudiera hacer. Oyó el ruido de la carcasa ceder y la voz afectada de Jean-Claude que, antes de arrancarle definitivamente la batería, dijo:

—Te querremos más que nunca, Don Juan.

Un segundo después, el controlador de su computadora se cerró y un cartel rojo anunció «Conexión finalizada», seguido del tiempo total de conexión del K7833962: cuarenta y seis días, cinco horas, y treinta y cuatro minutos.

Enzo revisaba el vivero mientras terminaba su café. La albahaca estaba tersa y brillante, arrancó una hoja y la olió. Era extraño revisar el estado de las plantas sin el kentuki rondándole entre las piernas. Habían pasado un buen fin de semana juntos, pero el domingo en la tarde algo había salido mal, algo que Enzo no terminaba de entender, y el topo estaba desaparecido desde entonces. Lo llamó mientras regaba las últimas especias. Le decía «Topo», o «Kentu», o «Míster». Regresó a la casa y buscó debajo de la mesa y frente al ventanal donde el kentuki se quedaba a veces siguiendo el paso de algún vecino. Lo buscó también junto a la pata del sillón, un rincón de difícil acceso para Enzo, donde solía meterse para indicar que era el momento de que alguien le encendiera la televisión con la RAI.

—¿Va a practicar italiano, Míster? —le preguntaba Enzo si lo veía ahí.

Le encendía el televisor y pasaba de canal buscando el programa. Cuando al fin aparecían los culos, las tetas y los gritos, el kentuki ronroneaba y al oírlo Enzo sonreía.

Luca se acercó a darle un beso y se despidió con su portazo de las 7.40. La madre tocaba la bocina y el chico tenía dos minutos para terminar el último sorbo de leche, ponerse las zapatillas, la mochila, darle un beso y salir. Si tardaba más, lo que tocaba su madre era el timbre, y eso no le convenía a nadie. Enzo volvió a llamar al kentuki. No estaba en el comedor ni en las habitaciones. Temió que su hijo lo hubiera encerrado otra vez en algún sitio para alejarlo del cargador. Volvió a la cocina y salió al vivero. El kentuki no estaba por ningún lado.

El día anterior había paseado a Míster por el centro histórico. En lugar de ponerlo en la luneta trasera del coche lo colocó en el asiento del acompañante, sobre dos almohadones apilados. Le puso el cinturón y le pasó la gamuza del parabrisas por los ojos, para asegurarse de que la vista estuviera perfectamente limpia. Desde el coche le mostró la torre de la

Rocca y la Collegiata Santa María della Reggia. Después rodearon lentamente el canal y el pequeño mercado de agricultores que se armaba el primer fin de semana de cada mes. Supuso que a cualquier extranjero le gustaría conocer una ciudad tan pequeña y hermosa como la suya. Al final estacionó a la vuelta de la plaza Giacomo Matteotti, quería pasar un momento por la farmacia a saludar a su amigo Carlo. Llevó al topo bajo su brazo izquierdo, contra el pecho, como llevaba a veces las compras.

—¡No me lo creo! —dijo Carlo al verlo entrar.

Y Enzo tuvo que explicar que el kentuki era del chico y todo el asunto de su exmujer y la psicóloga. Dejó a Míster sobre el mostrador para que se paseara a sus anchas entre las cosas de Carlo, que no podía evitar seguirlo con la mirada.

—¿Y dónde está esa gente hoy? —preguntó Carlo—. ¿Por qué es el macho de la casa el que termina siempre paseando al perro?

Esa gente desaparecía de jueves a domingo, pensó Enzo, cuando el chico se iba a casa de su madre y él se quedaba solo con el kentuki. Sonrió sin decir nada. Compartieron la lata de cerveza que Carlo tenía siempre en uno de los refrigeradores de la farmacia y hablaron otro rato.

De regreso al coche, Enzo vio a una vieja cruzar la plaza con otro kentuki. Lo llevaba tras ella, atado de una correa. Cada tanto se detenía para esperarlo y lo increpaba, tiraba de la correa impaciente. Ya había visto algún que otro kentuki en Umbertide, en el colegio de Luca y en la caja de pagos de la municipalidad, pero por primera vez se dio cuenta de que, para alguien que no supiera que dentro de ese aparato había otro ser humano, la gente con kentukis podría parecer muy rara, más loca incluso que los que hablaban con las mascotas y las plantas. Se metió en el auto con Míster y los dos se quedaron mirando a la vieja y a su kentuki, que tiraban ahora cada uno para un lado diferente.

De regreso en la casa ordenó y limpió la cocina, recogió las cosas de Luca desperdigadas por el living y las llevó al cuarto. La habitación del chico era un desastre. A él no le gustaba presionarlo con el orden, eso no había servido cuando su propia madre lo instigaba incansablemente a él, así que por qué funcionaría con el chico. A veces Míster empujaba alguna media perdida de la cocina hasta el cuarto o apartaba con mucha paciencia,

uno por uno, los envoltorios de caramelos que el chico dejaba por toda la casa, arrimándolos por zonas para que fuera más fácil levantarlos. Enzo se quedaba mirándolo, curioso por tanta devoción. Si Luca estaba en la casa, Míster lo seguía por todos lados, aunque con distancia, cuidándose de no molestarlo. No le golpeaba las piernas ni le llamaba la atención para que le hiciera preguntas o le indicara dónde estaba el cargador, como sí lo hacía con Enzo. Quizá porque sabía que, si quedaba a su alcance, el chico lo apartaría, lo encerraría en algún lugar o, como venía siendo su costumbre, lo subiría a alguna repisa de la que no podría bajar hasta que Enzo lo encontrara. Pero Míster era un guardián fiel y solo se permitía sus horas de ocio —de RAI y de ventanas— cuando el chico ya no estaba en la casa. Si Enzo le ordenaba a Luca hacer la tarea, y el chico se distraía, el kentuki iba hasta Enzo para avisarle. Si el chico se quedaba dormido mirando alguna serie, el kentuki iba hasta Enzo y él ya se imaginaba de qué se trataba. Cargaba al chico y lo acostaba.

Míster había asimilado perfectamente sus funciones de copaternidad, y Enzo se sentía agradecido. Rico o pobre, en su otra vida el kentuki era, evidentemente, alguien con bastante tiempo libre. ¿Qué tipo de vida tendría Míster del otro lado? No parecía haber nada que lo apartara de esa existencia que llevaba con ellos. Estaba ahí de la mañana a la noche. Eran contadas las veces en que Enzo lo encontraba en el cargador durante el día, y si eso pasaba era porque el chico se había ocupado de que no hubiera podido cargarse durante la noche. Ya llevaban casi dos meses juntos. Cada tanto, cuando lo veía sosteniéndole la puerta mosquitero para que él pudiera sacar la basura, o cuando en la noche el kentuki iba y volvía de su habitación al pasillo para indicarle que se había olvidado otra vez la luz de afuera prendida, Enzo se quedaba mirándolo con una mezcla de pena y gratitud. Sabía que ese peluche no era en realidad una mascota y se preguntaba qué tipo de persona podría necesitar cuidarlos tanto —un viudo quizá, o un jubilado sin mucho que hacer—, pero más que nada, si no habría algo que él pudiera hacer a cambio de tanta atención.

Así que el día anterior, ya en la casa y después del paseo por Umbertide, se abrió una cerveza y fue a sentarse al jardín, en su reposera. Míster lo

rondaba y Enzo se inclinó para que pudiera verlo. Lo llamó. Esperó a tenerlo frente a él y se animó a preguntarle:

—¿Qué está haciendo acá todo el día con nosotros?

Se quedaron quietos un momento, mirándose a los ojos. Enzo dio un largo sorbo a su cerveza.

—¿Por qué hace esto, Míster? ¿Qué recibe a cambio?

Eran varias preguntas y ninguna podía contestarse por sí o por no. Enzo entendía lo frustrante que resultaba para ambas partes, y aun así ¿qué más podía hacer? Esto es una mariconada, pensó Enzo, estoy poniéndome sentimental con dos kilos de felpa y plástico. El kentuki no se movió, ni ronroneó, ni parpadeó. Entonces Enzo tuvo una idea. Dejó la cerveza en el piso y se levantó de su reposera. Quizá alarmado por el salto, el kentuki levantó la mirada para no perderlo de vista. Enzo entró a la casa y un momento después volvió a salir con lápiz y papel.

—Míster —dijo, mientras volvía a sentarse frente al kentuki y anotaba un número—. Llámeme —sostuvo el papel frente al kentuki—. Llámeme ahora y dígame qué puedo hacer por usted.

Sabía que le estaba proponiendo algo extraño. Cruzaba los límites, como si usara el mejor juguete de su hijo para su propio beneficio —algo que su mujer y la psicóloga seguro no aprobarían—, y a la vez no podía creer que semejante genialidad no se le hubiera ocurrido antes.

Cuando pensó que ya había pasado tiempo suficiente para que cualquiera lograra anotar un número, dejó el papel junto a la cerveza y fue a buscar el teléfono. Regresó y el kentuki seguía en la misma posición. Quizá, en su casa, Míster todavía tenía un teléfono de línea y caminaba hacia él lo más rápido que le era posible, tan excitado se sentía Enzo esperando esa llamada. Pensó que era una suerte que el chico no estuviera, y se preguntó si sería buena idea o no contarle luego lo que fuera que estuviera por ocurrir. El kentuki seguía inmóvil frente a él. Quizá el viejo detrás del kentuki estaba muy atareado buscando con qué anotar como para ocuparse también de manejar el muñeco. Enzo esperó todavía un poco más, atento al teléfono en el silencio de su casa, intentando contener su sonrisa. Esperó cinco minutos más, quince, una hora, pero el teléfono nunca sonó. Al final se levantó y fue por otra cerveza. Regresó y lo indignó tanto encontrar al

kentuki en idéntica posición que volvió a meterse en la casa y se puso a preparar la cena. En algún momento lo oyó luchar con la puerta mosquitero y cruzar el living. Enzo se volvió hacia el pasillo y lo vio alejarse hacia el cuarto del chico.

—¡Ey! —Se limpió las manos en el repasador, dispuesto a alcanzarlo—. Pssst. Míster.

El kentuki no se volvió hacia él, no se detuvo, y Enzo se quedó solo en el living intentando entender qué cuernos le pasaba a ese aparato.

Esa fue la última vez que lo vio antes de perderlo completamente de vista. Al día siguiente, cansado ya de buscarlo, Enzo volvió a revisar el jardín y el vivero, chistando y silbando. A veces, cuando lo llamaba, Míster ronroneaba. Lo hacía dos o tres veces y así se encontraban. Pero esta vez no había pistas y, de alguna manera, eso confirmaba sus sospechas de que el asunto del llamado lo había molestado.

Lo encontró unas horas más tarde, de casualidad. Estaba en el cuartito donde colgaban los abrigos, adentro del armario que, evidentemente, Luca había cerrado con llave. Había gastado casi toda su batería intentando salir del canasto de la ropa sucia, lo que era absolutamente imposible para un kentuki, y agonizaba con un ronroneo gastado, un lamento tan débil que solo podía oírse si Enzo lo sostenía muy cerca de su oreja.

Emilia despertó a su kentuki y encontró la cámara acostada. Sobre el piso de la cocina de Eva podía ver cuatro pies desnudos que iban y venían. ¿Cuatro pies desnudos? Emilia frunció el ceño y buscó con la mirada su teléfono. Aunque no iba a llamar a su hijo por semejante tontería, la situación no dejaba de ser alarmante y era bueno saber que el teléfono estaba cerca. Reconoció los pies de Eva y entendió que los otros —más robustos, más peludos— eran los pies de un hombre. Intentó mover el kentuki, pero la habían acostado en la cucha. Chilló. No siempre chillaba, así que el llamado funcionó. Eva caminó hacia ella y la puso sobre el piso, enderezando otra vez la cámara. Eso aclaró muchas cosas y también confirmó lo que Emilia temía: Eva estaba desnuda. El hombre que estaba con ella también estaba desnudo, y ahora preparaba algo sobre el fuego sacudiendo una sartén. Eva le tiró un beso a la cámara y se alejó hacia el baño. Por un momento, Emilia dudó. En general, la seguía, Eva nunca cerraba la puerta y ella la esperaba fuera, la espalda del kentuki discretamente apoyada en la pared del pasillo. Pero había un hombre en la casa. ¿No era peligroso alejarse, dejar a ese intruso solo en la cocina? ¿Esperaría Eva que su conejita se ocupara de lo que ocurría mientras ella iba al baño? Se quedó en el umbral del pasillo, mirando hacia la cocina. El hombre abrió la heladera, sacó tres huevos, los rompió sobre la sartén y dejó las cáscaras sobre la mesa. El tacho de basura estaba a unos centímetros de él, aunque quizá el hombre no lo sabía. Sacudió la sartén con una leve inclinación de cabeza, como si siguiera alguna técnica, y eructó. Fue un ruido seco y suave, que difícilmente Eva podría haber escuchado desde el baño. Después abrió la heladera y protestó. Emilia creía que el hombre hablaba alemán, pero era imposible saberlo, el traductor no parecía funcionar con él. Entonces el hombre se volvió hacia el living. Su sexo oscuro y peludo le colgaba entre las piernas —dónde más, ya casi lo había

olvidado—. Emilia dio un salto en su silla de mimbre. Ella también necesitaba ir urgente al baño, pero no quería dejar a Eva sola con ese hombre, no podía irse ahora. Tampoco podía mover al kentuki: no estaba claro si el hombre miraba hacia el living o si la estaba mirando a ella, y aunque pensó en esconderse entendió que escapar quizá la delataría. Emilia se arriesgó. Volvió a sentarse en su silla e hizo retroceder al kentuki unos centímetros. Entendió el error cuando el hombre la siguió con la mirada. Fue hacia ella y Emilia giró el kentuki y se retiró lo más rápido posible hacia el pasillo, camino al baño. Oyó los pasos a sus espaldas. Intentó acelerar más, apretó tan fuerte el dedo sobre su teclado que se hizo daño, no había manera de ir más rápido. Los pasos del hombre se oían muy cerca y Emilia dejó de respirar. Alcanzó a tomar el pasillo, hacia el baño, pero mucho antes de que pudiera entrever a Eva la levantaron del suelo. Chilló. Vio en el techo del pasillo una guardilla que nunca había sospechado, y luego la cara de él, enorme en su pantalla, la barba de un par de días y los ojos demasiado claros, demasiado grandes frente a ella. Tenían algo de locura y la estaban buscando. Ahora apenas un ojo, como si un gigante se hubiera apoderado de su casa y acabara de encontrar en su computadora un agujero por el cual mirarla. La había encontrado. Dijo una palabra que a ella le sonó a grosería y que el traductor no aclaró. Emilia soltó el mouse y se cerró el camisón con las dos manos. Entonces oyó un ruido aún más desesperante: la ducha. Eva había abierto la ducha. Su pequeña niña que vivía sola y aparentemente sin ningún adulto cerca traía a un hombre a la casa y lo dejaba circulando solo mientras se duchaba. En su casa, Emilia volvió a ponerse de pie. Estaba furiosa y no podía alejarse de la computadora. El kentuki se balanceaba en el aire, regresaban al living.

El hombre dejó el Kentuki sobre la mesa y se inclinó para mirarlo. Cuando se enderezó, su sexo ocupó toda la pantalla de Emilia. No se parecía en nada al de su marido, tanto más pálido y blando. El hombre le hablaba en alemán y el sexo la miraba. Quizá todos los genitales masculinos hablaban solo alemán y por eso ella nunca se había entendido bien con su Osvado. Se permitió sonreír, orgullosa también de lo moderna que se sintió de pronto, controlando a su kentuki mientras superaba con gracia los recuerdos de su mayor fracaso, atenta a ese gran sexo de macho alemán que

ahora podía mirar sin avergonzarse. Era una historia digna de contar el martes a las chicas después de natación, hasta pensó en sacar una foto. Entonces giró sobre la mesa de su ama y vio algo de lo que no podía reírse. El hombre hurgaba la cartera de Eva. Sacó la billetera y la abrió, miró los documentos y las tarjetas, contó el dinero y sacó un fajo de billetes. Emilia chilló —cómo la enojaba que eso fuera lo único que podía hacer—. Él atinó a levantarla, ella alcanzó a zafarse. Intentó moverse en círculos, chillando como una verdadera gallina mientras él trataba de agarrarla. Fueron solo unos segundos de destreza. Hasta que él volvió a levantarla y se la llevó a la cocina. El vaivén la mareó. Cuando se detuvo se dio cuenta de que el alemán estaba a punto de meterla debajo de la canilla. Por un momento vio las cáscaras de huevo, muy cerca, la baba de la clara escurriéndose sobre la formica limpia. La canilla escupió un gran chorro de agua. Si la mojaban, pensó de pronto, algo dentro de ella podría romperse, dejar de funcionar. Chilló otra vez. Oyó el ruido hueco del chorro golpeando sobre su cabeza. Volvió chillar. ¿Realmente ese bruto pedazote de carne podía dejarla fuera de juego? Se sacudió lo más rápido que pudo, y logró caer en la pileta. Él volvió a atraparla.

«¿Hay huevos para mí?».

La voz de Eva irrumpió suave y fresca, mientras la mano de él volvía a apresar el kentuki. Él pareció explicarse y Eva lo escuchó distraída mientras se secaba el pelo húmedo con una toalla. Después lo calmó, no hacía falta limpiar al kentuki, ella también lo engrasaba a veces, lo único importante era mantener impecables sus ojos.

«*Porque ahí es donde está la cámara*», dijo Eva tomando a su conejita.

Emilia repitió para sí misma lo que Eva acababa de decir. Diciendo «la cámara», la chica se refería a ella, a Emilia, por primera vez. Y eso era dar por sentado que había alguien dentro de la conejita, alguien a quien Eva quería y cuidaba. Esta feliz revelación le pareció aún más fuerte que la imagen del sexo del alemán. Qué gran jornada, pensó Emilia. Eva volvió a dejarla en el suelo y se alejó. Seguía desnuda de la cintura para abajo, y Emilia sintió que quería a esa chiquita más que nunca. Eran importantes la una para la otra, lo que les pasaba juntas era algo real. La siguió hacia el living, siguió su colita desnuda, pequeña y perfecta, que la inundó de una

ternura parecida a la que tantas veces había sentido por su hijo, cuando todavía era un chico. Eva se tiró sobre el sofá y Emilia le golpeó suavemente la punta de los pies. Así logró que la chica al fin la alzara y la colocara junto a ella, mirando hacia la cocina. El hombre se acercaba con la comida servida en un plato. Hizo una pregunta, ¿quizá si traía sal y pimienta? Emilia no podía entenderle, intuía sus palabras por las respuestas de Eva: que sí, dijo la chica, que claro que había alguien ahí, dentro de la conejita. Y el hombre, desde la cocina, dejó de sonreír y miró a Emilia a los ojos.

Marvin cerró la puerta del escritorio y encendió su tablet sobre los libros. Ya no se cuidaba de tener siempre el cuaderno abierto y un lápiz en la mano por si acaso su padre entraba y había que saltar de la pantalla a los libros. Desde que lo habían encomendado tres horas al día a esa habitación, ni una sola vez el padre ni la mujer a cargo de la casa se habían molestado en pasar a controlar. En la cena, su padre preguntaba cómo iban las cosas, si las notas estaban bien. Las notas llegarían en tres semanas y serían espantosas, pero a esas alturas Marvin ya no era un chico que tenía un dragón, sino que era un dragón que llevaba dentro a un chico. Las notas eran un tema menor.

Su ama había cumplido su promesa y lo había dejado bajo las escaleras de la galería, arriba de su cargador. Marvin la vio alejarse y esperó para mover el kentuki. Bajó del cargador y movió el dragón a lo largo de la galería, hasta asomarse a la vereda. No había nadie en la calle. Se alejó unos cuantos metros del negocio, pegado a la pared. El pueblo se veía más chico de lo que había imaginado. Pensó que el cordón podría ser un problema, pero casi no había diferencia de altura entre la vereda y la calle. El kentuki bajó al primer intento, apenas trastabilló. No había edificios de más de dos o tres pisos y las construcciones, aunque parecían de una calidad superior y mucho más modernas que las de Antigua, se veían cuadradas y sencillas. Cuando giró hacia su izquierda, para comprobar que no viniera ningún coche antes de cruzar, descubrió el mar. ¿El mar? Era algo demasiado extraordinario para ser el mar, o al menos, para ser el mar como él lo conocía. Este era un espejo verde y luminoso, enmarcado por blancas montañas de nieve. Marvin se quedó ahí un rato, simplemente mirando. Las luces tenues y doradas del pueblo bordeaban la orilla y trepaban apenas sobre el pie de las montañas.

Una camioneta dobló muy cerca del kentuki y Marvin volvió en sí. Cruzó hasta el otro lado de la calle y bajó en dirección al puerto. Lo que quería Marvin, lo que hubiera pedido si alguien se hubiera ofrecido a cumplirle un deseo, era llegar hasta la nieve. Pero un kentuki no podía trepar por la nieve y, si bien las montañas parecían cercanas, sabía que estaban a kilómetros de distancia. Tomó un terraplén hacia la derecha. A unos metros empezaba la playa. Marvin lamentó que no se pudiera agarrar nada con el kentuki, había caracoles y muchos tipos de piedritas. Le hubiera gustado llevarle un detalle a la mujer, encontrar con qué agradecerle su libertad. En la vereda de enfrente la puerta de un bar se abrió y dos hombres salieron cantando, sosteniéndose uno al otro. Marvin no se movió hasta asegurarse de que se hubieran alejado lo suficiente. Siguió su camino una media cuadra y entonces alguien lo levantó. Fue un movimiento rápido, inesperado. Marvin sacudió las ruedas del dragón, intentó girar, para un lado y para el otro. Una voz masculina le hablaba y la tablet no traducía. Se acordó de la etiqueta que la mujer le había pegado, ¿estarían leyéndola ahora? El puerto estaba cabeza abajo y, de pronto, todo se oscureció. Parecía que lo habían metido dentro de un bolso y caminaban. Esperó. Incluso si luego lo soltaban o si lograba escapar, ya no sabría cómo regresar, estaría completamente desorientado.

Intentó tranquilizarse. Se dijo que no había mucho que pudiera hacer. Lo llamaron a comer, y por primera vez desde que el asunto del kentuki había empezado pensó en llevarse con él su tablet. Era algo muy arriesgado. Podría llevarla hasta el cuarto, escondida entre alguno de sus cuadernos, intentar volver al dragón después de la cena, una vez que todas las luces de la casa se hubieran apagado. Pero su padre usaba el escritorio antes de irse a la cama. Quería ver siempre la tablet de Marvin ahí, cerrada y junto a los libros. El escritorio era el único sitio en el que Marvin tenía permitido usar la tablet.

—*Welcome to heaven* —oyó.

Alguien le hablaba en inglés. La luz regresó, cegó la cámara y luego apareció una imagen completamente diferente a la del puerto. El dragón estaba otra vez sobre sus ruedas. Era una habitación amplia, el piso era de madera. Parecía un salón de baile, o de gimnasia, un salón en el que,

Marvin calculó, entrarían los tres coches de su padre. Cuando giró quedó frente a un kentuki. Era un kentuki topo y por un momento no entendió nada de lo que estaba pasando. Llegó a pensar que quizá el espejo en el que había visto a su dragón había sido un truco de la mujer, y que ese topo era su verdadero reflejo. El kentuki chilló y se alejó. Entonces otro kentuki, uno que era conejo, pasó junto a él dándole un ligero golpecito y se quedó mirándolo. Dos piernas iban y venían entre los kentukis. Al fin se flexionaron y Marvin reconoció al chico del anillo, el chico que escribía los mensajes de «¡Liberen al kentuki!» en el vidrio del negocio de electrodomésticos. Tenía el pelo suelto y se veía muy distinto en remera, sin todo su abrigo.

—*Can we speak in English?* —le preguntó.

Entendía, por supuesto que entendía, y aun así ¿cómo se suponía que iba a contestarle?

Entonces, desde el otro mundo, su padre gritó su nombre y le advirtió que esa era la segunda vez que lo llamaba a cenar.

—¡Si tengo que subir...! —gritó.

Pero ya estaba subiendo. Los pasos crujían en la escalera. Marvin apagó el kentuki y la tablet. Cerró sus libros y apiló sus cosas en el orden en que su padre esperaba encontrarlas.

Cenaron en la sala con la radio encendida. La mesa era demasiado grande para los dos solos así que la mujer que se encargaba de la casa colocaba un mantel plegado en una de las esquinas y preparaba un puesto a cada lado. Decía que eso les daba intimidación, que era importante que en una mesa un comensal pudiera pasarle el pan a otro. Aunque en la mesa a la que Marvin se sentaba cada noche no se escuchaba más que la radio, y nunca en su vida había visto a su padre pasarle el pan a nadie.

Cuando terminaron de comer su padre subió al escritorio a atender un llamado. Solo entonces Marvin se acordó de la batería. Nunca antes se había desconectado sin calzar antes su kentuki en la base del cargador. Ya había paseado bastante y usado mucha más batería de la que acostumbraba. Se dio cuenta de que, si nadie ponía a cargar a su dragón hasta que él volviera a conectarse, ya no podría volver a encenderlo nunca.

—¿Estás bien, Marvin? —le preguntó la mujer mientras recogía los platos.

Camino a su cuarto Marvin se quedó un momento frente a la puerta del estudio. Espió a su padre por la rendija de la puerta entreabierta, cuidándose de no ser visto. Estaba inclinado sobre los papeles, los codos sobre la mesa y la cabeza apoyada en los puños. La tablet estaba un poco más allá, a solo un gesto de su padre, el display del encendido titilando sobre el pilón de sus libros.

Grigor había vendido veintitrés «conexiones de kentukis preestablecidas», así las llamaba en los clasificados. Algunas se habían vendido en menos de veinticuatro horas. Descartando las que ya había entregado, quedaban cincuenta y tres conexiones abiertas. Las publicaba con sus planillas de características: ciudad, ámbito social, edad de los amos, actividades del entorno. Tomaba fotos de las vistas en las pantallas y las subía también, cuidándose de que los amos nunca aparecieran, intentando comunicar lo más fielmente posible qué tipo de experiencia podía ofrecer cada conexión.

Su padre tocó la puerta, entró haciendo el menor ruido posible, dejó un vaso de yogur con una cuchara sobre el escritorio y volvió a salir. Cuando Grigor se lo agradeció, su padre ya no estaba. Lo devoró en varias cucharadas. O la receta había mejorado, o realmente hacía muchas horas que no comía. Todo pasaba ahora demasiado rápido y no creía que su negocio pudiera durar mucho más antes de que alguna disposición absorbiera semejante agujero legal. Pero mientras tanto el plan B iba de maravilla, y si todavía quedaban por delante algunos meses de trabajo, Grigor estaba seguro de que aún podría ahorrar bastante dinero.

Las tarjetas con los códigos podían comprarse online y bajarse de manera virtual, pero para cada conexión se necesitaba una tablet nueva, porque una vez instalado el kentuki en un dispositivo, ya no podía trasladarse a otro. Así que compraba un promedio de cinco tablets por semana y, para no generar sospechas, lo hacía en distintos locales de la ciudad. Al final, le salían más baratas las tablets que los códigos de conexión, que ya eran tan caros como los propios kentukis. ¿Porqué seguirían subiendo los precios de los códigos? ¿Sería una compensación del propio mercado? ¿Realmente había más gente interesada en mirar que en ser mirada? No hacían falta sofisticados estudios de mercadotecnia, Grigor

podía sacar sus propias conclusiones con solo un poco de sentido común. Aunque los pros y los contra de elegir amos o kentukis nunca dejaban del todo claras las ventajas de cada bando. Poca gente estaba dispuesta a exponer su intimidad ante un desconocido, y a todo el mundo le encantaba mirar. Comprar un dispositivo era obtener algo tangible que ocupaba en la casa un lugar real, era lo más parecido en el mercado a tener un robot hogareño; comprar un código de conexión, en cambio, era gastar una suma importante de dinero a cambio de apenas dieciocho dígitos virtuales, con lo que le encantaba a la gente sacar cosas nuevas de cajas sofisticadas. Un precio par mantendría por un tiempo cierta proporción en la demanda, y aun así, Grigor pensaba que, tarde o temprano, la balanza se descompensaría hacia los códigos de conexión.

Un mensaje llegó con un nuevo pedido. Acababan de comprar el kentuki que tenía en Kolkata, el de la nena del barrio chino más grande de la India: «Familia humilde, padre y madre ausentes la mayor parte del tiempo. Tres hijos de entre 4 y 7. Tres ambientes. Salidas diarias del kentuki a una guardería infantil. Carga nocturna junto a la cama de la nena». El cliente firmaba con el nombre de una mujer y al final iba una posdata que a Grigor le pareció demasiado personal: «Será lo más parecido a tener una hija —decía—, se lo agradeceré el resto de mi vida». En general prefería no saber nada de la gente que le compraba las conexiones. Simplemente chequeaba que el dinero hubiera llegado bien, metía la tablet dentro de una caja —apagada y con su carga al máximo—, y la enviaba certificada a donde fuera que se lo indicaran.

A veces pensaba en su habitación como una ventana panóptica de múltiples ojos alrededor del mundo. En realidad, era imposible tener más de seis o siete kentukis despiertos al mismo tiempo, el escritorio no era tan grande y él solo tenía dos manos. Había que mover a los kentukis por sus distintas áreas, cargarlos en algunos casos, interactuar mínimamente con los amos que, en general, hacía ya horas que esperaban a que sus kentukis al fin despertaran e hicieran alguna tontería. También había comprado un par de cámaras pequeñas con sus trípodes, para grabar algunas conexiones de manera analógica. Lo había pensado mucho antes de hacer semejante gasto; se preguntaba si filmar directamente la pantalla —en lugar de pagar algún

crackeo de las tablets y guardar las imágenes de manera digital— no sería un recurso un poco primitivo. Enseguida descubrió el éxito que tenían estos videos en sus clasificados, el formato analógico les daba a las grabaciones un tinte hogareño y a la vez verosímil. Los clientes podían ver también la tablet única y exacta que estaban a punto de comprar, y las manos de Grigor, que entraban a cámara a veces, le daban transparencia a todo el servicio. Era como comprar un cachorrito sabiendo quién lo había cuidado hasta entonces y qué tan bien se había portado. En cuanto subía a los clasificados tres o cuatro videos de algún kentuki, la conexión solía venderse en el día.

En las tardes, su padre se sentaba en la cama y miraba las pantallas con el entrecejo fruncido. Grigor había intentado asignarle algunas conexiones —ya no podía seguir creciendo sin ayuda—, pero el padre ni siquiera parecía entender de qué se trataba el juego. Aunque había pensado en llamar a algún amigo, no tenía a nadie realmente de confianza. En el mercado había otros como él, y algunos tenían muchísimas más ventas. Se preguntaba cómo se las arreglarían, y si habría más agujeros legales que se le estuvieran escapando.

Y también había pasado algo desagradable. Algo en lo que prefería no pensar y que sin embargo no podía sacarse de la cabeza. Ese chico ricachón que había cumplido años, y que Grigor había imaginado cerca de las playas cubanas de Miramar, era en realidad de Cartagena de Indias, y el chico apenas si le prestaba atención. Habían puesto su cargador en la cocina, una cocina tan grande como el departamento que Grigor compartía con su padre. Dos mujeres y un hombre circulaban durante el día por la casa con ropa de servicio, mientras los padres peleaban delante del chico y de los empleados cada vez que se veían. Otro hombre vivía en la casa, quizá era el tío del chico, y ese hombre a veces movía al kentuki a lugares insólitos. Lo escondía en el cuarto matrimonial de los padres, procurando pararlo en un sitio del que no pudiera salirse, así que los padres peleaban, o cogían, o se revoleaban cosas, y de pronto descubrían el aparato y alguno de los dos lo sacaba rodando del cuarto. Una tarde, el hombre colocó al kentuki en el baño matrimonial, sobre el estante de las toallas. Al borde del abismo, Grigor vio a la madre entrar y salir desnuda de la ducha, secarse, sentarse

en el inodoro y estar un rato quitándose los pelos de la rodilla con una pinza. Cada tanto, meaba. Fue todo muy incómodo. Pero eso tan desagradable que Grigor no podía sacarse de la cabeza había sido algo mucho peor, algo realmente espantoso.

Ocurrió por la tarde. El hombre llamó al kentuki desde el living principal. Grigor intentó esconderse, pero no lo hizo a tiempo, así que el hombre fue hasta él, lo alzó y le colocó lo que parecía ser una venda de tela. Aunque ya no podía ver, todavía podía oír. Así adivinó que salieron de la casa y se subieron a un coche. El coche anduvo unos cuarenta o cincuenta minutos. Grigor aprovechó ese tiempo para ocuparse de otros kentukis, sin dejar de estar pendiente de lo que pasaba. Tomaron un camino de ripio. Después apagaron el motor y se oyó el ladrido de unos perros. Una puerta se abrió y se cerró. Por los cambios de luz que se filtraban a través de la tela, dedujo que se habían detenido en una zona abierta y que lo estaban sacando del coche. Oyó el mugido de una vaca, a lo lejos. Caminaron bastante, unos siete u ocho minutos. Poco a poco un murmullo extraño fue creciendo. Un gran portón se abrió y luego se cerró. Ahora el sonido había cambiado radicalmente. Tardó en entenderlo, era ensordecedor, agudo, multitudinario. Cuando le quitaron las vendas vio que estaba en una caja enrejada. No llegaba a tocar el piso: flotaba entre una espesa masa de polluelos que estiraban la cabeza para poder respirar. Se pisaban y se picoteaban, gritaban de asfixia y de espanto, lo picaban a él. No era únicamente una caja enrejada, eran cientos, pasillos y pasillos de cajas enrejadas. Los polluelos gritaban, les habían arrancado los picos y las heridas estaban abiertas. Una espesa nube de plumas sobrevolaba el techo y los pasillos de la gran bóveda de chapa. Vio las plumas grises y sintéticas de su kentuki volar entre las amarillas. Uno de los polluelos que tenía enfrente, o encima, o debajo —todo se movía muy rápido—, golpeó su cámara enloquecido. Acababa de perder su pico, y cuando en su histeria intentaba defenderse, manchaba la cámara de sangre. Fue un nuevo chillido lo que paralizó a Grigor, uno de un terror intolerable que, filtrado por el ruido agudo de los parlantes de su escritorio, lo obligó a desconectar de un tirón los cables del audio, y a apagar la tablet. La conexión K52220980 duró apenas veintisiete segundos más. Después, Grigor quitó ese anuncio de sus

clasificados y reinstaló el sistema operativo de la tablet. Ya la usaría para alguna otra conexión.

Cuando al fin llegó a Buenos Aires, supo que su tío ya había dejado de hablar. En la puerta del departamento, una enfermera le abrió, le sostuvo amablemente el abrigo y le preguntó si había viajado bien y si quería tomar un té antes de ver a su tío. Claudio aceptó. Durante el vuelo se había imaginado varias veces entrando directamente a la habitación y dándole al viejo un buen abrazo —no se pondría sentimental, intentaría algo de ese humor negro con el que siempre se habían comunicado—, pero la enfermera le puso el té en las manos, le señaló una silla e intentó explicarle un poco la situación: lo que oía en el cuarto de al lado no eran ronquidos, sino la única forma en la que su tío lograba respirar. Su cuerpo estaba demasiado rígido y, al pensar en esa palabra, Claudio sintió su propio cuerpo endurecerse. Después pensó: «Está despierto, está escuchando esta conversación».

En el piso, detrás de la silla de la enfermera, vio un cargador. Se parecía a la base redonda de su pava eléctrica, la que se había comprado recién llegado a Tel Aviv. Así recordó que unos tres meses atrás, en el mismo local y bajo la recomendación de una insistente vendedora, le había comprado un kentuki a su tío y se lo había mandado por un conocido. No había hablado con él desde entonces.

La enfermera continuó.

—No creo que pase la noche —dijo, y miró su reloj—, tengo que dejar este turno en veinte minutos y antes necesito explicarle algunas cosas.

Claudio dejó el té sobre la mesa.

La enfermera le mostró dónde estaba la morfina y cómo inyectarla. Le pasó sus datos y los números de emergencia por si algo ocurría, aunque le sugirió, muy delicadamente, que era tiempo de dejarlo ir. Le dio un sobre que el padre de Claudio había dejado para él la semana anterior, cuando también pasó por Buenos Aires para despedirse de su hermano.

—Dijo tu padre que es todo lo que vas a necesitar para la funeraria.

Solo entonces Claudio comprendió que también le tocaría eso. El nudo oscuro que tenía atorado entre la garganta y el pecho y que lo había acechado en el aeropuerto, amenazó con ahogarlo. Tomó aire y lo contuvo. Se dijo que se ocuparía del nudo en otro momento.

La enfermera se fue y Claudio se quedó un rato de pie, en el medio del living. Se dio cuenta de que ya no era tan fácil correr a la otra habitación a darle ese abrazo a su tío. Lo oía roncar, o respirar, y ahora que sabía lo que significaba ese sonido le costaba soportarlo. Se hacía más intenso a veces, se consumía a falta de aire.

Otro ruido lo distrajo y en lugar de ir hacia el cuarto se alejó hacia la cocina. Parecía que la enfermera había olvidado algo encendido. Se asomó. Era un ruido suave e intermitente, ocasional. Cuando descubrió el kentuki lo entendió. En Tel Aviv había incluso gente que circulaba con ellos por la rambla, pero nunca había reparado en cómo sonaban al moverse. Estaba escondido debajo de la pequeña mesa de desayuno. Se agachó, lo llamó chasqueando los dedos y este, en lugar de acercarse, se alejó hacia el otro lado. El pequeño display que tenía entre las ruedas traseras estaba rojo y sin embargo el kentuki no parecía tener ninguna intención de ir hasta su base de carga. En cambio, se arrinconó en otra esquina de la cocina. Le pareció extraño, pero qué sabía él de esos muñecos. Volvió a acercarse, el kentuki lo miraba inmóvil, no tenía adónde escapar. Lo tocó con el dedo, dándole unos golpecitos en la frente. Nunca había mirado uno con atención y se preguntó qué pensarían sus profesores de nanotecnología del Instituto Weizmann si supieran que él, en un raptó de nostalgia y ternura, le había regalado a su tío un aparato como ese.

Regresó al living y la respiración de su tío lo obligó a ir hacia el ventanal y salir un momento al balcón. El sonido ronco le llegaba ahora desde la ventana de la habitación. Dos anchos listones de madera hacían de baranda sin llegar a tocar el piso. Claudio se apoyó y, por debajo, asomó al vacío las puntas de sus zapatos. Era algo que siempre había hecho en ese balcón, desde que era chico. El tránsito de la avenida Cabildo esperaba en los semáforos. Extrañaba Buenos Aires y, parado donde estaba, también extrañaba su nueva ciudad. Según Google Maps, vivía a 11 924 kilómetros

de la casa de su infancia, pero hacía muchos años que la casa de su infancia tampoco existía.

Le costó regresar al living. Una vez dentro ya no encontró con qué más demorarse, así que se asomó a la habitación. El cuerpo de su tío estaba bajo las mantas estiradas con prolijidad hasta el pecho. La cabeza se arqueaba extrañamente hacia atrás, al servicio del ronquido. Se quedó un rato en el umbral, sorprendido de lo silenciosa que era su propia respiración. Al fin dio un paso hacia la cama.

—Hola —dijo Claudio.

Lo dijo porque pensó que su tío no podía oírlo. Entonces la mano derecha se levantó hacia él y la palma de la mano lo llamó, abierta. Claudio tragó saliva. Acercó una silla y se sentó junto a él.

—Me gusta tu kentuki —dijo Claudio.

Y en un movimiento evidentemente desmesurado para su estado, su tío levantó ambas manos y las estiró hacia la ventana. Una mueca leve se dibujó en la esquelética quijada y las manos cayeron juntas, vencidas a los lados del cuerpo.

—¿Necesitás más morfina?

Quizá era la primera vez en su vida que él decía esa palabra. Su tío no negó ni asintió, pero por sus ronquidos Claudio sabía que continuaba vivo. ¿Por qué habría señalado tan desesperadamente la ventana? Se sentó en la silla y miró alrededor. Los estantes, bancos y mesas, que su tío solía tener colmados de libros y partituras, eran ahora impolutas superficies cubiertas de frascos, pastillas, algodones y pañales. Sobre la mesita de luz, un único objeto personal casi tocaba su almohada: una caja de metal apenas más grande que la palma de una mano. Claudio no recordaba haberla visto antes y le pareció una suerte de souvenir de alguna ciudad exótica del Medio Oriente, como esas que su tío siempre había querido conocer. Aunque tuvo la tentación de levantarla no lo hizo, no quería inquietar a su tío. Estuvo sentado ahí unos veinte minutos más, oliendo todavía, en su propio cuerpo, la comida del avión.

Cuando su tío dejó de respirar, los dedos de los pies, en la otra punta de la cama, se tensaron. Claudio se incorporó de un salto y se alejó de la cama. Por un rato, ninguno de los dos volvió a moverse. Después el silencio lo

tranquilizó, y el tránsito de la avenida regresó poco a poco. Llamó a la funeraria, ellos se encargarían de enviarle un médico para el acta de defunción esa misma tarde, y recogerían el cuerpo en la noche. Volvió a acercarse a la cama y tapó el cuerpo completamente con las sábanas. Era extraño, sabía que esa muerte le iba a doler, pero no podía sentir nada.

Levantó la cajita de metal y la abrió. Oyó, difusamente, el motorcito del kentuki moverse en la cocina. Dentro de la caja había cartas escritas a mano. Podrían ser en árabe, o en hebreo, en realidad Claudio no era capaz de diferenciarlos. Cada tanto, entre párrafo y párrafo, el nombre de su tío aparecía escrito en letras que él podía reconocer. Había un anillo de plástico pequeño, como de cotillón, y estaba roto. Detrás de las cartas encontró fotos. Eran fotos de un chico de unos doce años. Tenía siempre la misma edad y estaban tomadas en lo que podría ser su habitación o el patio de su casa, parecían actuales. Era un chico guapo y cachetón, de tez oscura. Sostenía a cámara objetos que —Claudio lo fue entendiendo poco a poco—, evidentemente su tío había ido enviándole. En la última, los ojos abiertos y brillantes de felicidad, sus padres —uno desde cada punta— sostenían graciosamente el órgano Yamaha de su tío y, frente a las teclas, el chico hacía como si tocara apasionadamente sobre él.

Sintió otra vez el nudo oscuro. Dejó la caja y salió del cuarto. Necesitaba respirar. Cruzó el living y regresó al balcón. Se apoyó en la baranda y miró ahogado el vacío, los coches en la avenida. Solo cuando reparó en que una zona del tránsito estaba detenida, vio al kentuki. Tardó en comprender lo que ocurría, pero al final no tuvo dudas: había estallado once pisos más abajo, contra el pavimento, muy cerca del cordón. Dos mujeres hacían señas a los coches para que no pisaran sus restos. Intentaban juntar las partes mientras algunos peatones miraban horrorizados. La conexión del K94142178 se había establecido durante ochenta y cuatro días, siete horas, dos minutos y trece segundos.

Se había acostumbrado a moverse por la habitación con el suave sonido del Coronel Sanders siguiéndola. A veces se animaba a más e iban juntos a la biblioteca. Esa última semana, incluso, había dejado que el kentuki la siguiera hasta la terraza que daba a los montes, donde Alina se acostaba en alguna reposera a tomar sol. Eran recorridos breves sin escalones y a ella le gustaba que el kentuki pudiera moverse solo, sentir tras ella su bien ganada independencia. A veces lo oía meterse debajo de la reposera, quizá el sol cegaba la cámara y, quienquiera-que-fuera, no podía ver bien. Le gustaba que el bicho se refugiara bajo la sombra de su cuerpo. Más que nada, tenía que confesarlo, le encantaba tenerlo ahí esperando y escuchar esporádicamente el zumbido del motorcito acomodándose al avance del sol. Su esfuerzo la relajaba.

—¿Estás bien, chiquita? —le había preguntado su madre esa mañana.

Era la primera vez que la madre la llamaba a Oaxaca, dijo que había leído sus correos y tuvo una sensación extraña. Alina la calmó, ella estaba muy bien, las cosas iban de maravilla. Sven también, sí, sí, la exposición sería en tres semanas.

—¿Y el bichito?

Su madre siempre preguntaba por las mascotas, más aún cuando sospechaba que era mejor no hablar de otros asuntos.

—¿No hay que hacerle ningún servicio? —le preguntó una vez.

¿Se refería a ponerle agua y comida? ¿A cortarle las uñas y sacarlo a hacer pis?

—Es un teléfono con patas, mamá.

—¿Y qué se supone entonces que hay que hacer con él?

Alina le explicó qué era realmente un kentuki, cómo en la primera conexión el número IMEI del dispositivo se ataba a un «ser» particular y

cómo eso permitía no perder nunca ese vínculo con un único «amo». La madre hizo un largo silencio, así que Alina intentó aclararlo mejor:

—El IMEI es un número de identificación, lo tiene cualquier teléfono. El tuyo, por ejemplo.

—¿Es un número que tengo que elegir yo? Yo no recuerdo haber elegido ningún número para mi teléfono.

—No importa, mamá —dijo Alina, impaciente.

—¿Y por qué no compro yo otro kentuki y lo mando para allá? Sería lindo, ¿no? Así podemos estar más tiempo juntas.

—No se puede elegir con quién te conectás, mamá. Esa es la gracia.

—¿Y entonces de qué sirve?

—¡Ay mamá! —dijo Alina, aunque en el fondo eso la dejó pensando.

Iba a la biblioteca casi todas las mañanas, después de regresar de correr y de ducharse. Almorzaba contestando sus correos o mirando las noticias. Cuando lavaba en la pequeña cocina, antes de tirarse un rato en la cama, el Coronel Sanders le daba golpecitos en los pies, alzaba la mirada hasta ella y largaba sus grititos metálicos. Era un gesto entre cómico y deprimente, y no había que ser un genio para entender que, quienquiera-que-fuera, estaba desesperado por un poco más de atención. Quería sus preguntas, quería un método para comunicarse, quería que Alina escuchara lo que tenía para decir y que le hicieran todos sus «servicios». Pero Alina no iba a darle el gusto. Sin un método de comunicación el kentuki quedaba relegado a la simple función de mascota, y Alina estaba empeñada en no cruzar esa línea. Cerró la canilla, fue por sus mandarinas y descubrió que ya no quedaban. Compraría más si bajaba al kiosco. Ordenó la ropa y sus papeles, atenta a no tropezar con el kentuki. El día anterior, sin querer, lo había hecho rodar de una patada y el cuervo había perdido su pico de plástico. Lo levantó y lo volvió a parar sobre sus ruedas. El kentuki no se movió por un buen rato y no era la primera vez que se hacía el ofendido. Si Alina hubiera descifrado mejor qué era exactamente un kentuki no habría comprado un aparato, sino que habría optado por «ser» kentuki, sin ninguna duda era una condición que le iba mucho mejor. Aunque al final, si una no elige a los padres, ni a los hermanos, ni a las mascotas, ¿por qué entonces tendría la libertad de elegir de qué lado de un kentuki estar? La gente pagaba para que

la siguieran como un perro el día entero, querían a alguien real mendigando sus miradas. Alina cerró los cajones y se tiró en la cama. Oyó el motor del kentuki acercarse y dejó caer lánguidamente su mano, con toda la pereza de la digestión. El kentuki empujó con suavidad su palma y Alina sintió cómo el cuerpo afelpado le rozaba la punta de los dedos. Buscó el hueco que había quedado donde antes estaba la nariz y lo rascó con las uñas. Luego volvió a soltar el brazo y el kentuki giró suavemente alrededor de la mano, como acariciándose a sí mismo. «Ser» kentuki, pensó Alina, esa era una condición mucho más intensa. Si ser anónimo en las redes era la máxima libertad de cualquier usuario —y además, una condición a la que ya era casi imposible aspirar—, ¿cómo se sentiría entonces ser anónimo en la vida de otro?

Más tarde salieron a la terraza. Alina estuvo un rato leyendo al sol en la reposera, después dejó el libro en el piso, se quitó la camisola y se recostó en bikini. El Coronel Sanders salió de debajo de la reposera y se alejó, como si buscara una imagen completa de lo que acababa de suceder. Se quedó así unos minutos, hasta que los ojos de Alina se cerraron. Oyó el motor del kentuki moverse, luego volver a acercarse. Por el sonido calculó que estaría debajo de ella, pero se movía de una forma sospechosamente lenta. No golpeó contra los caños, como solía hacerlo, sino que avanzó justo por debajo de su cuerpo. Lo intuyó bajo su estómago, avanzando hacia el pecho con una morosidad que obligó a Alina a abrir los ojos, aunque se cuidó de no moverse. Esperó. A lo lejos, una motocicleta surcaba muda la única línea de asfalto de uno de los montes. Entonces sintió al kentuki girar apenas hacia la izquierda. La tela plástica de la reposera se tensó y la cabeza del kentuki rozó suavemente uno de sus pechos. Alina se levantó de un salto. El Coronel Sanders se quedó inmóvil y ella tardó unos segundos en recordar que estaba descalza, y que las lajas del piso le estaban quemando los pies. Puteó mientras buscaba con qué protegerse y se alejó un poco más hasta el pasto. Desde ahí se miraron. Alina no regresó por sus libros y su camisola. Saltando sobre sus pies volvió al cuarto, cerró la puerta con llave y se quedó de pie en medio de la habitación, esperando.

Unos minutos más tarde oyó los golpes suaves y pausados del kentuki contra la puerta, llamándola. Tuvo una imagen espantosa, la del «Coronel

Sanders» como un hombre viejo y desnudo sentado en una cama de sábanas húmedas, maniobrando el kentuki desde su teléfono, golpeando a su puerta ansioso por volver a tocarla. Era una sensación repulsiva, pero cerró los ojos e hizo un esfuerzo por concentrarse, por verlo con toda claridad. Le daba tanto asco que llegó a sacar la lengua y doblar la punta de los dedos. Y sin embargo, con una urgencia que no pudo explicarse, dio un salto hacia la puerta y abrió. El Coronel estaba a sus pies, levantó la cabeza hacia ella y entró. Alina cerró la puerta y caminó alrededor de él, como él solía hacer con ella. Buscó en su espalda las cintas de la bikini y tiró.

—Mire —dijo.

La prenda cayó al piso, fue lo primero que el kentuki vio al girarse hacia ella, después levantó la cabeza hasta la altura de su pecho.

—¿Quiere tocarlas?

Alina se preguntó cómo harían eso exactamente. Cuando encendió el kentuki por primera vez nunca se imaginó que terminaría diciéndole algo así, pero había cierta lógica en la que seguía confiando. No sentía estar quebrando la intimidad de ninguno de los dos. Quienquiera-que-fuera podría tomar fotos, podría grabar su pantalla, podría pajearse dentro de un cuervo de plástico afelpado. Pero a diferencia del tropel de esa residencia, ella no era artista de nada, ni maestra de nadie. Y no ser nadie era otra forma de anonimato, una que la volvía tan poderosa como él, y quería dejárselo bien claro. Se arrodilló en el piso y dejó que el kentuki se acercara. Se imaginó con el viejo en esa cama húmeda. ¿Qué cosas le gustaría al viejo hacerle a ella? Nunca había visto porno con viejos. Se estiró hacia el escritorio y tanteó su teléfono. Tampoco se le había ocurrido buscar porno con kentukis. Abrió el explorador y buscó «porno», «viejo», «pija», «kentuki». Obtuvo más de ochocientos mil resultados. ¿Había realmente tanta gente cogiendo con kentukis? ¿Podía hacerse una cosa así? Eligió uno al azar y mientras el video se cargaba apoyó su espalda en el borde de la cama, alzó al Coronel Sanders y lo puso sobre sus piernas cruzadas. Lo giró para que pudiera ver en el mismo sentido que ella, y calculó qué tanto debía alejar su teléfono para que los dos pudieran mirar bien. En la pantalla una chica corregía la cámara que estaba sobre la cama. La chica se acostó, tenía las tetas tan grandes que se le iban para los

costados. Se estiró para alcanzar algo de la mesita de luz: era un kentuki, aunque llevaba adheridos demasiados accesorios y resultaba difícil saber qué animal era. Le habían clavado un cuerno fluorescente entre los ojos. Una gran pija de látex negro colgaba de la panza del bicho, atada con una faja. Y donde iría el culo —si esos bichos tuvieran culo—, le habían pintado de rojo un gran corazón. ¿Sabría el quien-quiera-que-fuera de ese pobre bicho lo que le habían hecho? ¿Le entraría en cámara la pija de látex? Entonces el colchón tembló, sacudió a la chica y al unicornio pijudo y un viejo desnudo entró a cámara gateando por la derecha. Alina pausó el *streaming*. No sabía si quería ver lo que seguía, pero acababa de ocurrírsele con todo detalle algo que la sacaría finalmente de su malestar. Tomó una de las banquetas de la cocina y la llevó al medio de la habitación. Puso encima una botella y un bol. Sobre el bol calzó al kentuki, cabeza abajo. Buscó su teléfono y lo apoyó contra la botella, a modo de atril. Hizo algunas correcciones para asegurarse de que el kentuki viera perfectamente, acercándolo hasta que no hubiera nada más que ver. Entonces volvió a hacer correr el video. Todavía quedaban treinta y siete minutos de acción, y no había ningún lugar adonde escaparse.

Se vistió, tomó sus llaves y salió dando un portazo. Afuera ya empezaba a atardecer y las luces de algunos talleres estaban encendidas. Si no se apuraba no llegaría a la biblioteca a tiempo, quería cruzarse con Carmen. Eso era lo que más necesitaba ahora, alguien real a quien decirle lo que fuera.

No la vio en el mostrador de entrada así que dio unos golpecitos con el puño sobre la madera y Carmen apareció de un salto cargada de papeles, estaba acomodando el bajo mesada.

—Así se pide un whisky, querida —le dijo—. No el que sigue de Jane Austen. —Se quedó mirándola y dejó caer los papeles—. ¿Estás bien?

Miró a Alina de arriba abajo y después miró su reloj. Si la esperaba un momento podían salir de la residencia y airearse juntas.

Caminaron hasta la calle. Alina quería el paseo y quería la compañía, pero no estaba lista para hablar de nada de lo que acababa de pasarle. Le agradó comprobar que el sol ya no picaba y que una brisa tibia subía desde Oaxaca. Dos cuadras más abajo, frente a la iglesia, el kiosco que hacía de

farmacia y también de heladería todavía estaba abierto. Era lo más parecido en el pueblo a un «café» y el empleado salió enseguida a limpiarles la única mesa que había en la vereda.

—Es perverso —dijo Alina revolviendo su taza—, no hay cuándo descansar de ese bendito kentuki. Ya no lo soporto.

—¿Ya no te gusta el Coronel Sanders? —Carmen cerró los ojos y estiró el cuello hacia los últimos rayos de sol. Era extraño verla sin su fondo de bibliotecaria—. Siempre se los puede hacer rodar loma abajo, ¿no?

No era eso lo que Alina quería. Quería descansar, quería ser ella la que decidiera cuándo se podía o no circular por su habitación y por su vida. Era indignante que no fuera el «amo» el que pudiera imponer sus tiempos.

Hablaron de libros y pidieron otra vuelta de café.

—¿Viste eso? —Carmen señaló el interior del kiosco.

En la pantalla, el noticiero de las seis abría su bloque con un kentuki sobre la mesa.

—Encienden un kentuki cada tarde.

Los dos periodistas hacían señas que el kentuki obedecía, como si se tratara de un adiestramiento canino.

—Si quien sea que maneja ese aparato —dijo Carmen— llama al programa y puede demostrar que es él quien mueve al kentuki, se gana medio millón de pesos. Así nomás, te lo dan en el día.

Antes de regresar compraron mandarinas, y Carmen invitó helado de palito. Caminaron un rato en silencio, cada una luchando con su propio deshielo.

Cuando Alina volvió a la habitación, el kentuki ya no estaba. Sven había pasado y había vuelto a salir, lo sabía por las tazas limpias y las ventanas abiertas —la ventilación era una de las grandes pasiones del *artista*—, pero sobre todo porque el banco donde había quedado el kentuki estaba bajo la mesa y el teléfono de su lado de la cama. A veces Alina movía algunas cosas por el solo gusto de cambiarlas de lugar, a veces, al principio, el *artista* lo notaba y cambiaba a su vez esas cosas, para hacerle notar que, aunque fuera de un modo abstracto, era capaz de entender qué estaba ocurriendo. Era una forma cariñosa de molestarse. Ella le cerraba las ventanas, le movía los zapatos al lado contrario de la cama y dejaba sus

propias sandalias donde antes estaban los zapatos de él. Cambiaba la pasta dental por alguna crema del botiquín, el orden de los cuadernos de notas que él siempre cuidaba en su mesita de luz. Sven respondía con bastante menos ingenio, tan poco, que a veces Alina tenía que hacer un esfuerzo para notarlos. «Ah —se recordaba pensando—, movió mis cepillos de la mesada del baño a la cocina, qué ingenioso». A veces se preguntaba si, en una distracción, no habría sido ella misma. Ahora sonreía con nostalgia en medio del living ordenado, preguntándose si la ausencia del kentuki no podría ser acaso una señal de Sven, una manera, aunque fuera muy remota, de intentar mover algo.

Alina volvió a salir. La idea de Sven y el kentuki juntos y solos le preocupaba por lo rápido que el *artista* podía romper el largo trabajo de incomunicación que ella había alcanzado: bastaba con que Sven le mostrara al cuervo un papel con un correo electrónico para transformar la mascota dominada en el viejo verde. Bajó hacia los espacios compartidos y cruzó la cocina y el living central. A esa hora la circulación de los artistas alcanzaba su punto más alto. Jugaban al metegol y, sobre el sofá de ocho cuerpos, dormitaban frente a la gran pantalla del proyector. Comían de pie con la puerta de la heladera abierta y saqueaban las alacenas. Embutida en terciopelo fucsia, la asistente de Sven se enredaba los rulos mientras charlaba con el escultor ruso que había llegado la semana anterior. Alina atravesó la última sala, donde un grupo de personas gritaban sus apuestas alrededor de dos kentukis que corrían una carrera hacia el ventanal principal.

Alina cruzó la galería de exposiciones. Habían desmontado la instalación de burkas transparentes de la franco-afgana de Nueva York y por primera vez el sitio se veía amplio y abierto. Salió a la zona de los talleres, donde algunos artistas todavía trabajaban. La loca de las instalaciones de corcho cantaba reggaetón usando como micrófono lo que parecía ser una linterna apagada. En la sala contigua la pareja de fotógrafos chilenos trabajaba inclinada sobre una gigantografía, cada uno cortando con un cúter en su zona. Alina pasó dos talleres más y se paró frente a la puerta del siguiente. Un pequeño cartel decía «Sven Greenfort». Era la letra de él. Tocó antes de abrir. Nadie contestó, así que entró y encendió las luces. El

sitio estaba limpio y ordenado, como era de esperar. Los tacos de las xilografías alineados por tamaño contra la ventana y una gran cantidad de monocopias a dos colores secándose sobre la mesa principal. Lo que no esperaba encontrar eran esas tres cajas sobre la mesa del fondo. Tres cajas blancas, iguales a la caja de la que Alina había sacado al Coronel. Estaban vacías. Un poco más allá, junto a los rodillos, vio un manual de kentuki. Los otros dos manuales parecían haber corrido otra suerte, las páginas estaban sobre la mesa, deshojadas a mano y estampada cada una, en tinta roja, con una huella dactilar. Así trabajaba el pobre Sven desde que ella lo conocía. Exponía solo sus monocopias y sus xilografías —lo suficientemente grandes y grises para ocultar cualquier mediocridad—, mientras renegaba de su verdadero deseo, «sacudir el mercado, —que invocaba cada vez que tomaba demasiado y tras el que repetía, como si pidiera un deseo—: Una instalación genial, ¡una instalación genial!». Era un alivio que, con el tipo de material que generaba cuando lo intentaba, el *artista* nunca se animara a más.

Alina dejó los talleres y se alejó hacia las habitaciones. ¿Dónde estaban Sven y el Coronel? ¿No tendría Sven que haberle dicho que estaba trabajando en un proyecto con kentukis? De pronto esa infidelidad le importaba mucho más que la de la asistente. Cruzó el terraplén de las piletas. Los gritos de los grillos bajaban desde el monte, furiosos. Podía sentir como se le metían en los oídos.

Regó el vivero y cortó perejil para la carne. Tardó más de lo usual, a la espera de que el topo saliera a revisar la albahaca y los peperoncinos. La puerta mosquitero nunca se abrió y al final se cansó y entró a preparar la cena. Llamó a Luca para que lo ayudara con la mesa y comieron escuchando las noticias. Cuando pasaron un pequeño informe sobre kentukis, el topo salió de detrás del sillón y se metió bajo la mesa. Era la primera vez en el día que se hacía ver; la semana anterior no había sido diferente, las cosas ya no iban bien entre ellos. Míster no había descuidado en ningún momento su responsabilidad de copaternidad, pero desde ese nefasto domingo en que Enzo intentó comunicarse con él, lo esquivaba constantemente. ¿Por qué le habría molestado tanto el mero intento de conversar par a par? ¿Realmente prefería arrastrarse por la casa como un topo en lugar de entablar algún tipo de amistad con él? Los dos estaban solos y pasaban mucho tiempo juntos, compartir unas cervezas —aunque fuera a la distancia y teléfono en mano— no le podía hacer mal a nadie. Ni siquiera podía entender qué era lo que lo enojaba tanto a él mismo. Si se sentía desilusionado o si estaba ofendido por el desaire de un aparato de treinta centímetros. Y sin embargo no podía evitar hacer lo imposible para reconciliarse, era algo insoportable. Prendía la RAI en hora para los programas que sabía que a Míster le interesaban; lo cargaba hasta la luneta del coche cada vez que iban al súper y a buscar al chico; controlaba constantemente que Luca no hubiera vuelto a esconderle el cargador. Mientras preparaba al chico para el colegio, cuando hacía la comida o cuando se sentaba a hacer un poco de oficina, estaba constantemente hablándole y haciéndole preguntas condescendientes. ¿Cómo está hoy, Míster? ¿Va a salir un rato afuera? ¿Quiere ver más televisión? ¿Quiere que le abra el ventanal? A veces se preguntaba si no estaría hablando solo. Míster solo se dirigía a Enzo para avisarle que el chico se había quedado

dormido frente al televisor, que no estaba haciendo su tarea o que, incluso con la luz del cuarto ya apagada, seguía despierto, jugando en la tablet bajo las sábanas.

Y las noticias sobre kentukis, eso era lo otro que a Míster también le interesaba. Ahora en las noticias de Umbertide una reportera informaba frente al hospital estatal: una señora mayor había tenido un paro cardíaco y su kentuki lechuga le había salvado la vida llamando a emergencias. En agradecimiento, la mujer le había pedido su cuenta bancaria y le había depositado diez mil euros, pero entonces el kentuki había desaparecido, y no había estado ahí para el segundo ataque cardíaco de la mujer, que la dejó definitivamente en el otro mundo. «¿Hay parte de responsabilidad en el kentuki? —preguntó a la cámara la reportera—. Y si la hubiera, ¿qué tipo de acciones legales podían aplicarse a estos nuevos ciudadanos anónimos?». Una breve mesa de debate se abrió en el estudio, donde uno que tenía un kentuki en su consultorio de Florencia contó un caso médico distinto, y otro que era kentuki en la recepción de un hotel de Mumbai planteaba sus propios dilemas. Frente al televisor, el topo permanecía inmóvil. Luca terminó su comida y cuando pasó junto al kentuki le dio una patadita suave y precisa que alcanzó para voltearlo y hacerlo rodar hasta el sillón. El chico siguió hacia su cuarto. Enzo se acercó y volvió a parar al topo sobre su base. Quedó agachado frente a él.

—¿Qué le pasa, Míster? —Se miraron—. ¿Tan terrible es que le haya mostrado mi número de teléfono para que me llame? Déjelo si tanto le molesta, no tiene que llamar.

El kentuki miró hacia otro lado. Enzo suspiró y se alejó para juntar las cosas de la cena.

Al día siguiente su exmujer fue a verlo. No era una visita esperada.

—Ya le aviso a Luca —dijo Enzo en la puerta, sin invitarla a pasar.

Ella lo frenó tocándole el brazo.

—No, no. Tenemos que hablar, Enzo. Más tarde saludo a Luca.

Él la hizo pasar y sirvió café. Mientras llevaba los pocillos al living, la vio circular por la casa mirando el piso y los rincones. Después corrió las cortinas y se asomó al jardín. Enzo la imaginó impresionada por la salud del

vivero, pensó que seguro diría algo, pero regresó en silencio y se sentó junto a él. Su preocupación parecía auténtica.

—¿Dónde está el kentuki? —preguntó ella al fin.

—Suele andar por acá —dijo Enzo, agachándose para buscarlo debajo del sillón.

Estaban sentados sobre su madriguera y Enzo lo sabía. Acababa de caer en la cuenta de que nunca antes ella había visto al topo, y no estaba seguro de si sería un buen día para la presentación. Miró hacia el otro lado y volvió a revisar. Vio al kentuki inmóvil y de espaldas, estaba escondido detrás de una pata del sillón. Desde donde Enzo lo miraba no había forma de saber si estaba encendido, o si podía escuchar lo que ocurría.

—No está acá —dijo él volviendo a sentarse—, a esta hora suele controlar la siesta de Luca. —Le alcanzó un pocillo de café—. Sigue a Luca con adoración, siempre está cerca y es un alivio saber que hay alguien más cuidándolo. Nunca te lo agradecí, al final fue de gran ayuda.

Enzo se obligó a cerrar la boca. ¿Por qué seguía haciendo eso? Alabándola incluso ahora, que ni siquiera soportaba su bocina de las siete y cuarenta cuando pasaba a buscar a Luca para llevarlo a la escuela.

—Enzo —dijo ella en un tono de voz que confirmó que el tema era serio—. Estoy al tanto del tipo de relación que estableciste con el muñeco, algo me cuenta Luca cada tanto.

«Muñeco» era una palabra extraña. Y por un momento él no registró que seguían hablando del kentuki.

—Quiero que lo apagues.

¿Se refería a desconectarlo?

—Quiero que alejes a mi hijo de ese aparato.

Enzo esperó, no podía negarse a un pedido que ni siquiera terminaba de comprender.

—No sé cómo decir esto —dijo ella—, es espantoso.

Apoyó los codos sobre las rodillas y se tapó los ojos con las manos, como una nena horrorizada. Enzo esperó un poco más, aunque sabía que, si el kentuki se movía bajo el sillón, probablemente ella oiría el motorcito.

—Son pedófilos —dijo ella al fin—, todos ellos. Acaba de salir a la luz. Hay cientos de casos, Enzo.

Ella bajó sus manos para acariciarse nerviosa las rodillas. Sentada otra vez en su sillón, a Enzo le pareció que su antigua *dramaqueen* volvía renovada con nuevas e inesperadas tragedias.

—Es un aparatito, Nuria. ¿Cómo le va a hacer daño al chico? Ni lo conocés. No sabemos quién es.

—Y ese es el problema, Enzo.

—Hace tres meses que convivimos. Tres meses.

Se dio cuenta de lo ridícula que era su excusa, así que se calló.

—Puede estar filmando a Luca, puede haber intentado tomar contacto con él, decirle cosas, mostrarle cosas, mientras vos deambulás distraído por el vivero.

Sí, había visto el vivero y le había dolido lo bien que se veía. Enzo intentó sonreír con suavidad, solo para desmerecer lo que acababa de escuchar.

—Sé que Luca lo rechaza, Enzo. Lo detesta. Quizá el pobre ni siquiera se siente capaz de decirnos qué está pasando. Quizá es demasiado vergonzoso para él, demasiado horrible, quizá ni siquiera puede entender lo que le están haciendo.

¿Cómo había vivido tantos años al lado de una mujer capaz de pensar así? Enzo sintió tanto rechazo que se levantó y se alejó unos pasos. Ella siguió listando sus perversidades e incluso un rato más tarde, después de despedirse de Luca en el umbral de la puerta, seguían ocurriéndosele nuevas alternativas y desenlaces.

—Quiero que lo apagues —dijo, ya a modo de despedida—. No quiero más a ese aparato al lado de mi hijo.

Cuando al fin se fue, Enzo se quedó detrás de la puerta hasta escuchar el motor del coche encenderse y alejarse. Abriría las ventanas y ventilaría la casa, eso era lo que necesitaba, pensó Enzo, un poco de aire, y una cerveza.

Había conseguido el número de urgencias de la policía de Erfurt. Si el alemán se ponía violento con Eva, ella ya sabía adónde llamar. Todavía no podía dar ninguna dirección —eso lo tenía claro—, y si en Erfurt no entendían su rudimentario inglés, tampoco serviría de mucho. Sin embargo, se sentía preparada para lo que fuera. Mantenía su teléfono siempre cerca: si algo pasaba, Emilia grabaría inmediatamente un video de lo que ocurría en Erfurt. No tenía claro si en Alemania se podía inculpar a alguien con un video doméstico, pero si Eva llegara a necesitar alguna vez pruebas de algún tipo, ella las tendría.

Aun así, asumía sus limitaciones, y contaba con que pronto se le ocurriera algo más. Klaus —así se llamaba el alemán— ya no se metía con ella. Su hijo le había explicado que el controlador no lo traducía porque solo se enfocaba en el timbre de voz del amo. Así que era fácil ignorar a Klaus cuando estaba con la chica. Cuando el alemán no estaba, ella aprovechaba para circular por la casa con diligencia, atenta a las cosas que había a su alcance y a las posibilidades que le ofrecían. Seguía a Eva de cerca, ávida de toda nueva información, atenta a cualquier cosa que la chica pudiera decir o hacer, y que le diera una nueva pista para su plan.

«Estás inquieta, mi gordita, ¿qué pasa?», preguntaba Eva.

Si Emilia ronroneaba, Eva dejaba de hacer lo que estuviera haciendo y pellizcaba la panza de la conejita. Que su ama pensara que ella solo necesitaba un poco de amor era una recompensa práctica y estimulante.

Antes de sentarse frente a su computadora, Emilia se preparaba su té y subía la calefacción. Los días empezaban a enfriarse y sabía que, una vez sentada y encendida en Erfurt, ya no encontraría el momento para levantarse. Llamó a su hijo después de esa jornada.

—Quiero mandarte una foto de Eva —le dijo—, está guapísima.

Su hijo le explicó que no podían tomarse fotos desde el kentuki. Dijo que era «un tema de privacidad» y que todo estaba «encriptado». Emilia pensó que quizá su hijo estaba celoso, y se descubrió a sí misma sonriendo.

—Ningún problema —dijo—, tomo una foto de la pantalla, mañana te mando algunas.

Su hijo hizo un silencio, quizá sorprendido por la rapidez con que su madre resolvía estos problemas tecnológicos. Y entonces, con la voz pausada de quien empieza una confesión, le habló de su kentuki. No del kentuki que ella tenía en Erfurt, sino del de él. Junto a la tarjeta de conexión de Emilia había comprado también un kentuki, aunque no fue hasta que la vio tan contenta con su dispositivo que se animó a encenderlo. Además, tener él también una conexión lo ayudaba a ver más claramente las inquietudes y las dudas que ella le planteaba.

—Pero... —dijo Emilia, cuando en realidad quería preguntar desde cuándo, y si también era en Erfurt, y si no sería que ahora eran vecinos y podían aprovechar para verse un poco más seguido.

—Escucha esto, mamá. ¿Sabes lo que hizo ayer?

Emilia tardó en entender de quién estaban hablando. Hecha la confesión, su hijo pareció perder el miedo y empezó a hablar sin parar sobre esas últimas semanas —un mes, prácticamente, dedujo ella enseguida—, soltándole sin culpa todo lo que le había estado ocultando. Emilia fue hasta el comedor con el teléfono y se sentó frente a la mesa, como cuando tenía que ordenar las facturas del gas y del agua y necesitaba espacio suficiente para que nada se le escapara. La voz de su hijo decía que su kentuki le había mandado una torta helada de chocolate para su cumpleaños.

—¿Le pasaste la dirección? —preguntó ella alarmada.

¿Cómo había podido pasar tanto a sus espaldas? En el fondo, Emilia intentaba hacer algo con la angustia que se le había atorado en la garganta. ¿Y qué tipo de madre era ella, que nunca se le había ocurrido mandarle una torta a su hijo para su cumpleaños? ¿Habría pensado él en eso?

—No, no. No le di ninguna dirección, mamá. Lo que pasa es que, desde el balcón de mi departamento, vio que el Young Kee Restaurant está justo enfrente, y se acordó que había estado ahí en un viaje a Hong Kong, con su marido.

¿Desde el balcón del departamento de su hijo? ¿Era una mujer casada? Hizo un gran esfuerzo para no interrumpirlo.

—Es vieja pero muy viva. —Emilia tragó saliva. ¿Vieja pero viva? Entonces qué era lo que ella no era para su hijo, ¿vieja o viva?—. Con eso calculó la dirección de mi edificio y mandó una torta helada de chocolate a cada uno de los departamentos. Hay dos al frente y dos detrás por cada piso, ¡son treinta y dos tortas, mamá!

Emilia pensó que eso era mucho dinero. Y tardó un segundo más todavía en darse cuenta de que su hijo le había comprado a ella la conexión a un kentuki, y en cambio, para él, se había comprado un kentuki real, uno como el que Eva tenía en Erfurt. ¿Prefería su hijo «tener» a «ser»? ¿Y qué le decía eso de su propio hijo? No quería descubrir nada incómodo, y aun así, si la gente podía dividirse entre los que eran «amos» y los que preferían «ser», la intranquilizaba estar del lado opuesto al de su hijo.

—¿Y sabes qué es lo más gracioso?

—¿Qué es lo más gracioso? —respiró profundo.

—Que al pobre tipo que le tocó traer las tortas, y que estuvo subiendo y bajando por el edificio media mañana, mucha gente ni siquiera se las aceptaba. Me dio dos extra cuando me entregó la mía.

Emilia bebió un sorbo de té, todavía estaba demasiado caliente.

—O sea que tienes tres tortas.

Fantástico, pensó Emilia. Y su hijo dijo:

—Te estoy mandando una foto de ella.

«Ella». ¿Se refería a la torta o a la mujer? Emilia oyó un bip, miró el teléfono y abrió la foto. La mujer era una morocha grandota y robusta, parada en la puerta de una casa de campo. Parecía tener la misma edad de Emilia.

—Fue cocinera toda su vida —dijo su hijo—. También en la guerra de los Balcanes, cocinaba para la guerrilla croata. Te mando otra foto, mira...

Emilia escuchó un bip más y decidió no abrir la nueva foto. ¿Podía ella mandarle un regalo ahora, casi una semana después?

—Es de los noventa en Ravno, buscando minas antipersonas con dos soldados. ¿No es fabulosa? ¿Viste las botas de campaña que tiene?

¿Desde cuándo su hijo pensaba con semejante entusiasmo en las mujeres trabajadoras? Como si ella nunca, en toda su vida, le hubiera cocinado nada. ¿O es que el sacrificio solo valía si tamizabas la harina en el medio de una guerra y con un par de botas de hombre?

Cuando al fin cortaron, Emilia se quedó un rato mirando la formica de la mesa. Aunque pensó en irse a la cama se sentía demasiado despabilada. Llamó a Gloria y le contó lo que su hijo acababa de confesarle. Gloria había comprado un kentuki para su nieto y les gustaba intercambiar anécdotas. Se habían visto en natación esa mañana pero, como Inés ya no soportaba escucharlas hablar de los kentukis, ellas se hablaban por teléfono y dejaban los ratos de natación para la política, los hijos y la comida. Si algo importante pasaba con sus kentukis, se despedían frente al portón del club haciéndose señas a escondidas de Inés, prometiéndose llamarse en cuanto estuvieran solas. Era divertido, y más de una vez aprovechaban para hablar también de Inés, a la que querían muchísimo, por supuesto, pero a la que últimamente notaban muy conservadora. Al final, como había dicho Gloria en su último llamado, o te modernizás o la vida te pasa por encima.

Le había contado a Gloria lo que había pasado con el alemán. Lo del sexo, lo del dinero que sacó de la billetera de Eva y cómo la corrió como si ella fuera una gallina por el living y la metió debajo del chorro de agua. Gloria creía que se había salvado de milagro, una vecina había perdido a su kentuki lechuza dejándolo en el baño cuando se duchaba. Usaba el agua demasiado caliente, había que decirlo, quizá el vapor era peligroso para los modelos de animalitos que no eran originarios de zonas tropicales.

—Pero esto que dices de tu hijo, no termino de entenderlo, ¿qué es lo que te inquieta tanto? —preguntó Gloria al teléfono.

Emilia pensó en la última foto que el chico le había mandado, en las botas de guerra de la mujer. No sabía qué era realmente.

—Cómprate uno —dijo Gloria.

¿Qué solucionaba eso? No iba a comprarse un kentuki. No era ese tipo de persona y además no tenía el dinero.

—Son carísimos —dijo Emilia.

—Hay gente que los vende usados en internet. A mitad de precio. Te acompaño a buscarlo.

—No quiero algo que alguien ya no quiere. Además, yo no soy de las que quieren «tener» —dijo, pensando en las botas de la mujer del kentuki de su hijo—. Yo soy más bien de las que «son».

Lo pensó durante ese día, y el siguiente. El jueves, antes de conectarse a Erfurt, paseó por algunos clasificados. No había muchos, pero había. La gran mayoría estaban anunciados en la sección de mascotas y de tanto ver fotos de animalitos Emilia se preguntó si no sería mejor adoptar un perro o un gato, aunque era cierto eso de que un kentuki no ensuciaría ni dejaría pelos, y que no había que sacarlos a pasear. Después de un gran suspiro cerró el explorador y conectó el controlador del kentuki. Klaus estaba circulando otra vez por la casa. Emilia se enderezó en su silla y se acomodó los anteojos. Se enfocaría en Erfurt y en la chica, que no estaba llevando su vida nada bien. De su propia vida y de la de su hijo se ocuparía más tarde, tenía todo el tiempo del mundo.

Era una revolución. Lo importante se lo explicaron bien clarito y el resto lo fue entendiendo él solo. Era un plan que el chico del anillo había ideado durante meses, desde la primera vez que vio a un kentuki en una vidriera. Marvin no había sido raptado, sino liberado, lo supo al día siguiente, luego de pasar toda la noche en vela mordiéndose las uñas en su cama. Cuando al fin regresó del colegio, corrió al estudio y prendió la tablet. Despertó al kentuki rezando bajito el padre nuestro, y entonces Dios, que ya empezaba a revelar qué era bueno y qué era malo para Marvin, iluminó la pantalla. El salón de baile brilló en cada pixel y cada pixel se reflejó en sus ojos. Estaba sobre un cargador. ¡Estaba vivo! Tuvo que moverse un poco, salir de lo que parecía ser una caja, para alejarse y descubrir dónde estaba. Contra una de las paredes del salón de baile, doce casilleros de madera se alineaban justo debajo del espejo. Dos estaban ocupados: un topo en uno y un panda en otro, casi en la otra punta. Los kentukis esperaban dentro de su puesto con los ojos cerrados. ¿Su dragón cerraría los ojos cuando él no estaba?

El chico del anillo lo vio moverse y se acercó. Tenía unos cartones en la mano, se agachó frente a él y le mostró uno. Era un cartel del tamaño de un libro. Arriba llevaba el número 1. Abajo, en inglés, decía:

«Manda un mail a esta dirección».

El chico dio vuelta el cartel, del otro lado había una dirección de correo. Se quedó estudiándola y se dio cuenta de que el chico podría bajar el cartel en cualquier momento, así que soltó la tablet y revolvió sus cuadernos como un loco, buscando con qué anotar. Tomó nota de la dirección de mail, abrió su casilla, escribió «Hello» y mandó el mensaje. Al terminar dio un paso breve hacia atrás con el kentuki. El chico bajó el cartel y subió otro. Este llevaba el número 2. Evidentemente, todo estaba pensado y preparado,

quizá otros kentukis de la sala habrían pasado antes por eso. El segundo cartel decía:

«Espera».

Marvin esperó. El chico se alejó escribiendo en su teléfono, un kentuki conejo le seguía el paso a cada movimiento. Enseguida Marvin recibió un segundo mensaje en su casilla.

«Instala este programa».

Venía adjunta una aplicación. Marvin miró la puerta cerrada del escritorio y no lo pensó dos veces. En menos de un minuto la instalación estaba en proceso. El controlador se cerró y cuando volvió a abrirse tenía una ventana de chat a la derecha de la pantalla. Había mensajes en idiomas extrañísimos. No había ninguno en español, pero entendía los que estaban en inglés.

Kitty03= en knysna 24º, me debes 2 \$
kingkko= y por último: las sardinas. Eso sí que no
ElCoyyote= acá —5º. Entrando a
kingkko= para eso me fui de casa de mi madre, no?
ElCoyyote= cirugía. Saco un riñón y los veo más tarde
Kitty03= :-)

Marvin oyó otro mensaje entrar a su casilla. Era una confirmación de ingreso al Club de Liberación. «Aquí estás ahora», decía más abajo, con un link a Google Maps. Estaba en la calle Prestevannsveien 39, de Honningsvåg. ¡Honningsvåg! ¿Dónde quedaría eso? Abrió un mapa en la tablet y lo localizó. Era lo más al norte que se podía estar en Europa. Estaba rodeado de nieve. En la pantalla, el chico volvía a levantar un cartel. El número 3 decía:

«Elige un apodo y mándalo al correo».

Marvin lo pensó un momento. Tomó su decisión, la escribió y la mandó.

«Bienvenido» decía la tarjeta número 4.

Y luego el chico le dio vuelta:

«Tu kentuki ha sido liberado».

Kingko y Kitty03 lo saludaron en el chat. Su nickname parpadeaba esperando una respuesta. Se animó:

SnowDragon= hello!

Kitty03= Me encanta tu nick SnowDragon!

El resto también festejó. Un tal Tunumma83 se sumó a la conversación y una cascada de preguntas mantuvo a Marvin ocupado un buen rato. Nadie sabía dónde quedaba Antigua ni dónde quedaba Guatemala, así que mandó un link. Dijo su edad y el nombre de su colegio, y aclaró que no tenía madre, ni hermanos, ni perro.

Tunumma83= pero esto vale x3 ¡estás en el club de liberación! hay usuarios q morirían x estar en tu lugar.

Marvin no terminaba de entender de qué se trataba ese club. Al día siguiente, en el primer recreo del colegio, lo googleó con sus amigos. Su club no estaba por ningún lado. Había otros, todos pequeños e improvisados, parecía algo que se hubiera inventado la semana anterior. A alguien se le había ocurrido que maltratar un kentuki era tan cruel como tener un perro atado el día entero bajo el sol, incluso más cruel si se consideraba que, del otro lado, había un ser humano, y algunos usuarios habían intentado fundar sus propios clubs y liberar kentukis que consideraban maltratados. Pero ¿por qué querría un kentuki que lo liberaran? ¿No bastaba con desconectarse uno mismo y listo? Sabía que la libertad en el mundo kentuki no era la misma que en el mundo real, aunque esto tampoco ordenaba las cosas si se caía en la cuenta de que el mundo kentuki también era real. Y tuvo que recordarse que él mismo había ansiado su libertad sin pensar ni una sola vez en la posibilidad de apagarse. Había clubes como el suyo incluso en Guatemala, listaban todo tipo de abusos, abusos en los que Marvin nunca hubiera pensado. Y se sorprendió cuando sus amigos le señalaron el ítem de «encierro o exposición para promociones comerciales», y todavía tuvieron que explicarle que eso es lo que había pasado con la vidriera en la que había vivido casi dos meses. ¿Había vivido casi dos meses dentro de una vidriera? Pensó en todas las veces que el chico le había golpeado el vidrio y había escrito los mensajes de liberación. Y aun así, la mujer seguía pareciéndole alguien confiable, alguien que nunca hubiera querido hacerle daño.

Los días siguientes los pasó investigando el lugar y conociendo a sus compañeros. Había cargadores en cada rincón. Había un agujero que el chico había hecho en la puerta de entrada al salón, con una cortina de plástico para que la calefacción no se escapara cuando los kentukis entraban

o salían. Más de una vez alguno quedaba trabado y chillaba para que alguien fuera hasta ahí y le diera un empujón.

A veces SnowDragon salía de excursión. Daba vueltas a la casa y se movía en la «zona segura», que era un radio de dos kilómetros que el chico le había enviado marcado en un mapa, dos kilómetros que básicamente consistían en salir al otro lado del pueblo, donde los pocos habitantes que circulaban a esa hora de la noche sabían de los kentukis —aunque Marvin no creía que supieran sobre el Club de Liberación—, y se cuidaban de no pisarlos con los coches ni pretendían ya llevárselos a las casas.

El chico se llamaba Jesper y era hacker, DJ y bailarín. Siempre lo acompañaba alguna chica. Ellas iban y venían, entraban hechas una bola de abrigo, pero dentro esquivaban los kentukis con ropa suelta y liviana, y Marvin se quedaba mirándolas, encantado. Si les golpeaba los pies, a veces se agachaban frente a él y le rascaban la cabeza. Tenían los ojos claros y la piel muy blanca. Jesper no les prestaba demasiada atención, iba y venía constantemente ocupado, tenía muchas cosas que hacer. Si le depositaban 45 euros en su cuenta, pegaba a la espalda de los kentukis una alarma que podía activarse desde el controlador. Entonces, si el kentuki estaba en peligro y la alarma se activaba, una sirena sonaba dentro de la carcasa del kentuki para llamar la atención sobre lo que fuera que estuviera pasando. Y mientras, lo más importante, un localizador se activaba y marcaba en el mapa de Jesper dónde estaba el kentuki en apuros. Un par de días antes, a las tres de mañana, un tal ZO2xxx se había quedado trabado en un charco de hielo. Si no hubiera sido por la alarma no le habría alcanzado la batería mucho más tiempo y lo habrían perdido. Jesper lo sacó del hielo solo siete minutos después de activada la alarma, lo que confirmaba su lema de que el servicio que ofrecía él era más rápido que el de una ambulancia.

Marvin le transfirió los 45 euros para una alarma. No era tanto dinero para las ventajas que obtenía y todavía quedaban ahorros en la cuenta de su madre. Kitty03 y ElgauchoRABIOSO tenían una cámara sobre la cabeza que les permitía grabar la experiencia las veinticuatro horas del día, los videos iban directo a los discos de sus casas. Jesper trabajaba ahora en un drone para Kitty03. Kitty03 tenía dinero y quería comprarlo todo, Jesper estaba, básicamente, a su servicio.

En Antigua, sus amigos habían localizado a Jesper y lo seguían desde sus redes sociales. Muchos de sus inventos y aplicaciones eran ideas que se compartían entre clubes, y Jesper había subido un video de su salón de baile cuando, unos días atrás, seis de sus kentukis habían estado jugando un juego de pelota. Era precioso ver al fin ese mundo que Marvin siempre recorría de noche y que parecía tanto más amplio y cálido con luz natural. En el minuto 2:19 se veía a su kentuki dentro de uno de los casilleros para dormir. Los chicos le mandaron el link y Marvin se pasó la tarde viéndolo una y otra vez. Aparecía con los ojos cerrados y Marvin creía que era algo tan dulce, que hubiera pagado todo el dinero que quedaba en la cuenta de su madre para que Jesper se lo mandara por correo a Antigua y poder abrazarlo.

En las noches siguientes había vuelto a nevar y SnowDragon había salido a la zona segura para ver el espectáculo bien de cerca. En realidad, lo que quería Marvin —aún más que abrazar a su dragón— era estar muy cerca de la nieve, hundir al kentuki en un tumulto bien blanco y espumoso. Era una desilusión ver cuán rápido se derretían los copos apenas tocaban el piso.

En el chat del controlador, Kitty03 quiso saber si su obsesión con la nieve era algo que tenía que ver con su madre. Él había contado muchas cosas, y ahora ellos sabían más de Marvin que su padre, o que la señora que cuidaba su casa en Antigua. Sus nuevos amigos eran gente grande que vivía en ciudades que él nunca había oído nombrar, pero que había buscado y encontrado, y marcado en su mapa de geografía para que sus amigos del colegio pudieran entender de un vistazo el tipo de amistades que él tenía.

Una noche salió con Kitty03 a dar una vuelta alrededor del salón. Había un chanco en la casa de atrás del salón de Jesper, y cuando los veía, el chanco siempre gritaba. A Kitty03 le encantaba, salía a verlo cada día y le había ofrecido a Jesper 300 euros para que lo comprara, lo mantuviera en su terreno y se asegurara de que nadie lo hiciera al horno. Kitty03 se había informado bien y decía que 150 euros era lo que te pagaban por un chanco de esos en un matadero, ella ofrecía exactamente el doble. Pero Jesper decía que sus negocios solo incluían cuestiones con kentukis, para la compra y venta de animales de granja tendría que buscarse a otro empleado.

SnowDragon charlaba mucho con Kitty03. Aunque el chat era abierto los mensajes no tenían historial, así que si ellos eran los únicos conectados tenían cierta intimidad para hablar de sus cosas. Marvin le contó más sobre su madre y Kitty03 dijo que era la historia más triste que había escuchado en su vida.

Kitty03= del 1 al 10 cuánto qrés tocar la nieve?

SnowDragon= 10

Kitty03= es lo q yo quiero al chanco. habla con Jesper. paga x lo q quieres para eso es el \$\$\$

SnowDragon= pagar p/q?

Kitty03 dijo que Jesper podría construir lo que fuera que él necesitara. Con una extensión de batería y algo para andar en la nieve podría llegar a cualquier lado, quien sabe, quizá era cuestión de preguntar. Así que Marvin le pidió a Jesper un presupuesto. Le explicó lo que necesitaba. Dos horas más tarde tuvo una respuesta. Por 310 euros podía colgarle en la espalda una extensión de la batería y calzar sus pequeñas ruedas en una base todo terreno —le mandó un link para que viera de qué estaba hablando—. Pensó que el kentuki, con tantos accesorios, se parecería más a un astronauta que a un dragón, y que con poco dinero más podía comprarse un kentuki en Antigua y convertirse él mismo en amo. Aunque tener un kentuki implicaría para él seguir enclaustrado en su casa, y en cambio él era un kentuki liberado. Con los accesorios de Jesper podría salir a donde fuera que se le diera la gana, hacer largas excursiones por un mundo en el que se podía vivir sin bajar ni una sola vez a cenar, de hecho, podría vivir sin comer en absoluto, y tocar la nieve el día entero, cuando al fin la encontrara.

Salvando unas monedas, 310 euros era casi todo lo que quedaba en la cuenta de su madre. Aceptó. Transfirió inmediatamente el dinero y una media hora más tarde le escribió otra vez diciendo que todavía tenía 47 euros más —el saldo exacto que quedaba en la cuenta—, y que se los transferiría también si enviaba un ramo de flores a la casa de electrodomésticos. Tenía que ser un ramo de flores muy grande. A Jesper le pareció bien. Dijo que estaba con muchos pedidos, que le tomaría al menos una semana y que lo mantendría al tanto. Marvin le escribió agradecido, los tiempos le parecieron bien. Solo tenía un pedido extra. ¿Podría agregar al

ramo una tarjeta? El mensaje tenía que decir: «Querida ama: quise ir todavía más lejos. Gracias, SnowDragon».

No es pecado comprar veinte tablets por semana, pensó Grigor, aunque al ritmo que iban las cosas, era mejor no levantar sospechas. Bajó por Ilica, hacia Jelačića. Era un tramo largo para hacer a pie pero necesitaba despejarse y siempre le había gustado surcar la ciudad siguiendo el trazado de los rieles del tranvía. Una vez en la plaza, tendría siete lugares distintos donde comprar. Los repartidores de los sitios on-line donde solía adquirirlas empezaban a repetirse y Grigor decidió que, mientras planeaba un nuevo método, no estaba mal salir él mismo a comprarlas. Se llevaría dos por local. Sacaría las tablets de sus cajas y las guardaría en la mochila. Si lograba comprar catorce tablets sin que nadie se diera cuenta de lo que estaba haciendo, tendría solucionada la semana.

Nikolina, la chica del segundo C, estaba ayudándolo a administrar los kentukis. Hacía tiempo que, una o dos veces por mes, se paraba frente a la puerta de Grigor con un túper de comida y tocaba el timbre hasta que él o su padre atendían.

—Para que no extrañen una buena comida —decía cuando extendía el túper hacia ellos.

¿Por qué extrañarían ellos una buena comida? Grigor creía que estaba un poco enamorada de él, así que la evadía siempre que le era posible. Una tarde la encontró saliendo de su casa con la cara roja como un tomate, era evidente que había estado llorando. Llevaba algo envuelto en una bolsa negra, del tamaño de una sandía. Grigor le preguntó si estaba bien, solo porque ignorarla habría sido demasiado descortés, y entonces ella se echó a llorar.

—¿Qué pasó?

¿Qué otra cosa podía preguntar?

Ella lo abrazó y escondió la cara en el pecho de Grigor, sin soltar nunca la bolsa. Luego se apartó y la abrió para mostrar su interior. Era un kentuki.

—Está muerto —dijo ella, la voz volvió a quebrársele—, mi osito.

Había salido el viernes a visitar a su madre. Como había horneado masitas y se le habían quemado, dejó la puerta de la cocina cerrada, para que el olor no invadiera todo el departamento. Después encontró a su madre con una gripe feroz y decidió quedarse con ella el fin de semana.

—No entiendo —dijo Grigor.

—Su cargador estaba en la cocina, ¿no te das cuenta? Golpeó tanto la puerta que hasta dejó una marquita azul en la madera. Él es azul, ves —dijo ella volviendo a abrir la bolsa y tocando suavemente su felpa.

Grigor vio que los ojos del aparato estaban cerrados y se preguntó si habría sido un detalle de último momento del usuario, o si estarían programados así, para morir humanamente.

—¿Puedo? —preguntó Grigor.

La chica se quedó mirando dentro de la bolsa. Grigor metió las manos y lo sacó. Era la primera vez que sostenía un kentuki. Los había visto decenas de veces pero nunca había levantado uno con sus manos.

—Te lo compro.

La chica lo empujó.

—Los muertos no se compran —dijo, ofendida.

Atinó a sacarle el kentuki y él lo apartó delicadamente.

—¿Necesitás trabajo? —preguntó él.

—Siempre.

Aunque no dijo nada, Grigor se preguntó cómo habría hecho entonces para comprarse un kentuki. La invitó a pasar a su casa y le mostró su habitación repleta de tablets y planillas. Le explicó qué hacía, cuánto ganaba y qué porcentaje estaba dispuesto a darle si ella lo ayudaba a mover los kentukis activos media jornada al día. Le habló sin soltar nunca el kentuki. Ella asentía. Si su mirada se desviaba al osito los ojos volvían a llenársele de lágrimas. Cuando aceptó, Grigor dejó el kentuki sobre su escritorio y le preguntó si estaría dispuesta a empezar esa misma tarde.

Ahora pasaban juntos casi todos los días. Esa mañana era la primera vez que la dejaba sola en su habitación. No era su novia y, sin embargo, Grigor pensó que era lo más parecido que había tenido a una novia en toda su vida. Su padre creía que estaban teniendo un romance y no entraba más a la

habitación. Si abrían para ir al baño o salir, encontraban los yogures en una bandeja en el piso. La chica estaba encantada con su nuevo empleo, trabajaba con mucha concentración y hablaba lo mínimo necesario.

Ella se ocupaba de gran parte de la manutención de los kentukis ya activos. Él seguía tomando las notas de cada caso, gestionaba las ventas y establecía las nuevas conexiones. Le gustaban esos primeros minutos de incertidumbre, deambular en sitios absolutamente nuevos. Más de una vez, cuando establecía una conexión nueva, encontraba en algún rincón un viejo kentuki desactivado. No había visto nada parecido en las primeras semanas de trabajo, pero había empezado a ver algunos de estos dispositivos ya usados y descartados en las nuevas conexiones. Los había rotos, aplastados, desteñidos. Casi siempre tenían los ojos cerrados. Quizá los desechados impecables eran los que más lo inquietaban. ¿Qué los habría llevado a desconectarse? O ese que vio una vez tras una semana de conexión en el sur de Kioto: husmeaba bajo una cama matrimonial y encontró un kentuki destrozado, literalmente hecho pedazos, como si un perro hubiera corroído sus plásticos, felpas y chapas por días, un trabajo animal en una casa en la que, al menos desde que él se había encendido, no había visto pasar ni una sola mascota.

Pronto la calle se convirtió en peatonal y se abrió a la plaza. Grigor entró primero al Tisak-Media. Compró tres tablets y pagó en efectivo, después cruzó hacia el segundo negocio. Tomó otras tres tablets y fue hacia las cajas. La vidriera lateral estaba repleta de kentukis y todo tipo de accesorios. Se enchufaban al puerto USB y, con arneses que incluso simulaban ser manitos que salían del propio dispositivo, podías hacer que tu kentuki te iluminara el camino con un LED, te ventilara o hasta empujara miguitas de la mesa con un pequeño cepillo. Todo se veía demasiado colorido y de mala calidad. En el mostrador de la cajera un kentuki llevaba una bandeja plástica agarrada con un arnés a la carcasa. Cuando la mujer le dijo a Grigor la suma el kentuki se acercó hasta Grigor y ronroneó. Grigor puso el dinero sobre la bandeja y el kentuki se alejó hacia la mujer.

—Son buenos kentukis —dijo, señalando su vidriera—, de acá salieron muy buenos peluches, la verdad.

Sonrió orgullosa y le guiñó el ojo.

Grigor tomó el vuelto de la bandeja, agradeció y salió. Incluso si fuera posible seguirles el rastro a sus dispositivos ¿cómo podría saber que esos usuarios asignados se estaban comportando?

En el cuarto negocio la mochila ya pesaba una tonelada. Regresaría por más en la semana, pensó, y volvió al departamento antes de lo previsto. Saludó a su padre, que se entretenía con el dos a cero de Dinamo contra Hajduk Split, y fue directo a su cuarto, donde al fin soltó su pesada mochila sobre el escritorio. Nikolina estaba inclinada sobre siete tablets. Había acomodado la mesa de la cocina contra la otra pared del cuarto. Su vestido mostraba las cuatro primeras vértebras de su columna y Grigor se quedó mirándolas como si hubiera descubierto una parte del cuerpo en la que nunca antes había pensado. Algo en la forma de esos huesos le recordaba la vieja excitación del terror que le producía *Alien* cuando era chiquito. Y a la vez, de una manera insólita, al terciopelo suave e invisible del cuello de su madre. Los dedos finos de Nikolina iban y venían de una tablet a otra, arrastrando tras de sí unos brazos pálidos y flexibles, como los tentáculos de un pulpo. ¿Cómo había podido trabajar tanto tiempo solo?

—Hola —dijo Grigor al fin.

Lo asustó la timidez de su voz en su propio cuarto. Todo olía bien, todo estaba en orden. Nikolina se irguió en el minúsculo banquito que él le había asignado y lo miró.

—Hola, jefe —dijo, sonriendo.

Y un segundo después el pulpo estaba otra vez de espaldas, hundido en sus otros mundos.

Sus dos hijas se plantaron frente a la góndola de los kentukis. Estaban en el supermercado, unidas por primera vez en un berrinche conjunto. La más chica cumpliría cuatro en unos meses y quería su regalo por adelantado, la más grande decía que el kentuki le serviría para estudiar, que alguien en su grado ya tenía uno y le ayudaba con la tarea. Al final acordaron comprar uno para las dos, un cuervo verde flúor con antifaces amarillos.

—¿Prometen compartirlo? —Sus hijas gritaron de emoción—. Bueno, se los compro si lo abrimos después de la cena.

Al menos, pensó la madre, aprenderían que unir fuerzas tiene sus ventajas, aunque a la larga estos descubrimientos atentaran siempre contra lo poco que quedaba de su propio bienestar.

Afuera seguía lloviendo, todavía estaba anunciada una semana más de lluvia sobre todo Vancouver y le inquietaba pensar qué haría con sus hijas hasta que empezaran las clases.

Ya en la casa, mientras acomodaba las compras y calentaba la comida, sus hijas vaciaron la casita de muñecas arrancando paredes y entrepisos y, con una donación conjunta de medias, hicieron un colchón en lo que antes fuera la cocinita.

—Tener su propio espacio lo hará un ser más independiente —dijo la más grande mirando el resultado final.

La menor asintió con seriedad.

Comieron rápido, escuchando las consignas de la madre. Después hicieron sus preguntas. ¿Podían llevarlo al colegio? No. ¿Podía ser el kentuki el que las cuidara los viernes, en lugar de la tía Elizabeth y sus fideos blandos con brócoli? No. ¿Podían bañarlo con ellas? No, no se podía hacer ninguna de esas cosas. Abrieron el paquete en el living. La más chica jugó un rato con el celofán, enroscándose en el cuello y en las muñecas

con suma concentración. La más grande enchufó el cargador y calzó el kentuki cuidadosamente. Mientras la conexión se establecía, la madre leyó el manual sentada sobre la alfombra, con sus hijas a su espalda curiosas por los gráficos y algunas especificaciones, cada una amarrada a uno de sus hombros, con sus alientos dulces y nerviosos acariciándole las orejas. Lo disfrutó también, a su manera. Tenerlas así era algo muy parecido a la paz, las tres juntas, las risitas y sus manitos suaves acariciándole los brazos, tocando la textura del manual y los cartones de la caja. Al final, se pasaba la vida empujando sola hacia adelante, y los segundos como estos se le escapaban siempre entre los dedos.

El cuervo se encendió y sus hijas se rieron. La más chica corrió en el lugar, apretando los puños de alegría y ansiedad, haciendo sonar los celofanes que todavía llevaba de pulseras. El kentuki giró sobre su eje una vuelta, y otra, y otra. No se detenía. La madre se acercó, temerosa al principio, y lo levantó para comprobar que no estuviera atorado en nada. Finalmente, pensó, también hay alguien del otro lado intentando entender cómo se controla este aparato. Pero cuando lo apoyó otra vez en el piso, el kentuki chilló, y fue un chillido agudo y rabioso. No se detenía. La más grande se tapó los oídos y la más chica la imitó. Ya no sonreían. El kentuki volvía a girar sobre una de sus ruedas, más y más rápido, y la madre sintió el chillido áspero en sus dientes.

—¡Basta! —gritó.

El cuervo dejó de girar y fue derecho hacia sus hijas. La mayor se hizo a un lado y la menor, arrinconada contra una esquina del living, apoyó la espalda y las manos contra la pared y gritó en puntas de pies, aterrada, mientras el kentuki golpeaba contra sus pies descalzos una y otra vez. La madre lo levantó en el aire y lo revoleó al medio del living, el aparato logró ponerse de pie y, sin dejar de chillar en ningún momento, volvió a salir en la misma dirección. La mayor se había subido al sillón, la chiquita seguía inmóvil contra la pared. Gritó al ver al kentuki ir directo hacia ella, gritó de miedo y cerró los ojos con tanta fuerza que su madre dio un salto hacia ella sin pensarlo. Antes de que el cuervo volviera a golpearla, la madre estiró su mano hacia la repisa, levantó una lámpara de su pesada base de mármol y la bajó de un golpe contra el kentuki. Todavía la levantó un par de veces más

para golpearlo hasta que acabaron los chillidos. Destrozado sobre el parqué, el muñeco parecía ahora un extraño cuerpo abierto de felpa, chips y gomaespuma. Una luz roja parpadeaba agonizante debajo de una pata desmembrada mientras, aferrada todavía contra la pared, a la hija menor se le caían las lágrimas en silencio. Cuando el LED del K087937525 finalmente se apagó, su conexión total fue de solo un minuto y diecisiete segundos.

No iba a dar el brazo a torcer, si el topo ya no quería participar del ritual de media tarde del vivero, entonces que se echaran a perder las plantas que estaban a su cargo. Enzo parecía condenado no solo al abandono —su exmujer no era la primera en dejarlo—, sino también a las desgracias que acarrearía ese sencillo barrio de hojas verdes. Regresó a la casa con un poco de romero y terminó de preparar la carne. Su amigo Carlo, de la farmacia, lo había invitado a pescar. «Te ves peor que nunca», le había dicho dándole unas palmadas en el hombro, quizá sabiendo que, como ya era costumbre, Enzo no aceptaría la invitación. Pero ahora se lo estaba pensando. Hacía demasiado tiempo que únicamente se ocupaba del chico, la comida, el vivero y las cuentas. Y ese bendito kentuki, el desaire de Míster lo estaba envenenando.

Las cosas habían empeorado desde esa última tarde en la que discutió con su exmujer en el sillón, con el topo debajo, oculto en su madriguera. Cuando al fin ella se fue Enzo trabó la puerta y dio un largo y cansado suspiro, se volvió hacia el living y lo encontró unos metros más allá, quieto y mirándolo a los ojos, como desafiándolo. ¿Habría escuchado la detallada exposición sobre pedófilos de su exmujer?

—De ninguna manera, Míster —dijo Enzo—. Usted sabe que yo no pienso eso.

En la tarde salieron a hacer algunas compras.

—Trae al topo —le dijo Enzo al chico, mientras sacaba el coche.

Sabía que al topo le encantaba viajar en la luneta y lo pondría todavía de mejor humor si era el chico el que iba a buscarlo.

En el tránsito, algunos coches llevaban en el vidrio trasero calcomanías de sus kentukis. La gente los usaba también como prendedores en sus bolsos y sus abrigos, o los pegaban en las ventanas de las casas junto al escudo de su equipo de fútbol o del partido político que había que votar. Y

en el supermercado ya no eran los únicos que llevaban un kentuki en el carrito. Frente a las heladeras de congelados una mujer le preguntó al suyo si necesitaban más espinaca, recibió un mensaje en el teléfono que la hizo reír, después abrió la heladera y tomó dos bolsas congeladas. Enzo envidiaba a quienes sí habían podido establecer comunicaciones más cercanas. No entendía qué había hecho mal, qué cosa tan terrible podría haber ofendido al viejo, y era evidente que las difamaciones de su exmujer habían terminado por arruinar la situación. Ella no volvió a llamar, pero la psicóloga del chico dejó tres mensajes pidiendo una cita urgente, y Enzo sabía que, cuando al fin aceptara la reunión, Nuria también participaría, estaría esperándolo sentada en el consultorio, mostrándole los dientes con su media sonrisa.

Como asumía que todo estaba arruinado, había vuelto a intentar comunicarse con el kentuki. Le había mostrado otra vez su número, por si acaso nunca lo había anotado. También su correo electrónico y más tarde, ya malhumorado, le había escrito la dirección de la casa en un papel y se la había pegado en su madriguera, en la pata del sillón junto a la que solía esconderse. Pero nada había funcionado.

Al volver del supermercado Enzo le encendió la RAI. El topo se alejó a su esquina, atento a las noticias mientras él acomodaba las compras. Los conductores se despedían con una nota de color: mientras el resumen de las noticias corría a toda velocidad al pie de la pantalla, un notero de excursión en la línea B de Roma Termini los ponía al tanto de las novedades kentukianas. Unas treinta personas en fila esperaban para consultar al «gufetto», la lechuza kentuki de un mendigo que, como decía el notero a cámara «respondía a todas las preguntas menos a la de cómo consiguió un mendigo una lechuza kentuki». Algunos entrevistados sostenían que el «ser» del «gufetto» era un conocido bhagwan indio. «Vine ayer y pedí un número para la lotería —decía uno—, el gufo todo lo sabe». Y una mujer: «Yo vengo por el mendigo porque se lo merece, es una idea brillante». La gente hacía sus preguntas y traía ya consigo tantos papeles blancos como respuestas tuviera esa pregunta. Los dejaban frente al kentuki que, después de meditarlo unos segundos, se paraba sobre el que decía «en siete días», o «mejor olvidar», o «dos veces». Por cada consulta había que dejar cinco

euros. Si el kentuki no elegía ninguna respuesta, había que pagar otros 5 para volver a preguntar.

—Mire cómo nos podemos hacer un dinerito, Míster —dijo, y se rio espiando al topo.

El kentuki no reaccionó. Enzo pensó que Míster era un privilegiado y también un desagradecido, y se quedó un momento mirándolo.

—Necesitamos hablar —dijo—, lo que está haciendo conmigo es...

Lo pensó, no estaba seguro de qué era exactamente lo que le estaba haciendo.

—No sé lo que es, pero no se hace —dijo Enzo al fin. Y después dijo—: Es esto, que se pasea el día entero por mi casa pero no se digna a dirigirme la palabra. Es algo intolerable. ¿No le caigo bien?

Sintió el impulso de patear a ese topo, de encerrarlo en un armario, de esconderle el cargador, como seguía haciendo su hijo, y que ya no tuviera a quién golpearle las patas de la cama para que se lo buscaran por toda la casa.

Lo que hizo fue contárselo todo a Carlo al día siguiente, apoyado en la barra de la farmacia como en un bar de mala muerte. Carlo lo escuchó negando a cada rato, con media sonrisa. Después le dio unas palmadas y le dijo:

—Enzo, tengo que sacarte un poco de esa casa.

Irían a pescar. Carlo puso fecha y hora, y Enzo aceptó.

—Todo el fin de semana —dijo Carlo, amenazando con el dedo.

—Todo el fin de semana —dijo Enzo, y sonrió aliviado.

Estaba hambrienta y felizmente exhausta, había corrido diez kilómetros sin detenerse ni una sola vez. Se duchó y comió mirando su teléfono, un mensaje de su madre esperaba en la pantalla.

—¿Segura estás bien?

Alina había suspendido ya varias veces sus videollamadas. No estaba escapándole, solo tenía la cabeza en otro lado. Había discutido con Sven y no había sido por la asistente, de eso Alina nunca decía nada, ni por el hecho de que, a casi un mes de residencia, Sven no hubiera accedido a bajar con ella a Oaxaca ni una sola tarde. Tampoco por las decenas de cáscaras secas de mandarina que, la noche anterior, él había encontrado bajo la almohada. ¿Podía alguien estar tan enajenado como para dormir sobre cáscaras de mandarina una semana entera sin sentir el olor? ¿Con qué tipo de hombre estaba viviendo? Todo había sido por el kentuki, y habían discutido sin discutir. Simplemente, Sven dijo que se lo llevaría cada mañana con él al taller, y ella golpeó la mesa de la cocina con su taza de café vacía, y desde entonces las cosas habían ido cada vez peor.

Sven había quebrado la larga racha de incomunicación que ella le había impuesto al kentuki, Alina no tenía duda, podía sentirlo cuando el bicho regresaba de los talleres, en el desgano con el que tocaba la puerta, como si le cansara esa última parte del día destinada a la loca de la residencia. El kentuki regresaba solo, entre las seis y las seis y media, la hora en la que el *artista* daba por finalizado su día laboral y bajaba a las zonas comunes. Alina se preguntaba si Sven le ahorraría al kentuki los tres escalones imposibles que lo separaban de las habitaciones, dejándolo del otro lado de los terraplenes, o si acaso se despedían en la puerta del taller y era el Coronel el que había encontrado cómo llegar hasta ella por un camino distinto. Cuando Alina le abría, pasaba directo al cargador, sin molestarse en golpear contra ella ni una sola vez, ni girar a su alrededor dando sus

gritos de cuervo oxidado. Alina se preguntaba qué tipo de diálogo habrían establecido, si acaso el Coronel le habría contado lo de las tetas y cómo habría reaccionado Sven a eso. Una pareja no tiene por qué comprender las cosas que uno puede llegar a hacer frente a una mascota.

Le dio a entender el problema a Carmen, solo para saber su opinión.

—Lo tienes servido, manita. Puede darte tu informe diario del taller y la asistente.

Era fácil averiguarlo, bastaba con un interrogatorio del tipo «Dé un paso adelante si..., dé un paso atrás si no...». Pero estaba convencida de que llegar al más mínimo acuerdo con el kentuki los abriría irreversiblemente al diálogo, y eso era algo en lo que Alina no iba a dar el brazo a torcer.

Una tarde lo esperó en bikini y, cuando el Coronel llegó de los talleres, en lugar de abrirle la puerta fue ella la que salió, ya lista con sus anteojos y su libro, como si alguien, al fin, acabara por pasar a buscarla. Se alejó hasta la terraza y se acostó boca abajo en una de las reposeras. El Coronel tardó en acercarse, quizá estaba demasiado cansado como para salir a tomar sol después de su día laboral. Pero ella se dejaría tocar y haría un gran esfuerzo por visualizar las manos del viejo con la mayor nitidez posible. Si el «ser» y el *artista* se estaban comunicando, empezaría a mandarle a Sven algunas señales.

Otra tarde lo había cargado sobre sus piernas y, bajo la lámpara del escritorio y con una pinza de depilar, se había pasado casi una hora arrancando cuidadosamente determinados pelos del peluche, hasta calar una prolija esvástica en la frente. Sven lo vio pero no dijo nada, y no era algo que pudiera pasar desapercibido. Alina dejaba sus marcas y Sven las ignoraba tan abiertamente que era claro que sí las notaba. No podía evitar preguntarse qué cosas pasarían entre él y el bicho mientras estaban solos, si Sven también se haría el desentendido con el Coronel o si, al contrario, esperaría esos momentos para levantarlo con compasión y darle ánimo y consuelo. ¿Se disculpaba él en nombre de ambos si lo encontraba con una bombacha en la cabeza, o atado a una silla para que no lograra llegar a su cargador?

Mientras, bailaba con Sven la lenta danza de la elusión. Salía a correr en la madrugada, lo suficientemente temprano como para no desayunar juntos.

Luego Sven llegaba en la noche siempre exhausto: «Una jornada agotadora», decía, y el leitmotiv lo empujaba cansinamente hacia la ducha. Cuando él salía del baño, Alina ya estaba dormida. Bastaba cruzar cada tanto una breve conversación para que el malestar no se declarara abiertamente y cada uno pudiera seguir con sus asuntos.

—Creo que voy a cambiar algunas cosas —dijo una tarde Sven, y por un momento ella pensó que hablaba de su relación con ella—. Me refiero a las monocopias —aclaró enseguida—. Esto de tener al Coronel Sanders todo el día conmigo me dio un par de ideas.

Y eso fue todo lo que el *artista* dijo ese día.

Sobre el escritorio, juntando un poco sus papeles, Alina encontró el pico del cuervo, el pedazo que le había roto de una patada una semana atrás, sin querer, y que, aunque los dos habían estado un buen rato buscándolo, no habían podido encontrar. Esperó a que el bicho regresara de los talleres, lo llamó señalándole sus pies, mostrándole el pico y un pomo de pegamento. Quizá el Coronel pensó que se trataría de una tregua, porque se acercó rápido y sin hacerse rogar. Alina se agachó frente a él, destapó el pegamento y extendió una línea de gel sobre la parte interior del pico.

—Vení —dijo, con toda la dulzura de la que era capaz.

El kentuki se acercó hasta tocarle las piernas y ella le cruzó el pico en medio del ojo izquierdo.

—A las chicas les va a encantar —dijo.

Cuando lo regresó al piso, el kentuki giró en círculos con torpeza. Golpeó contra la pata de la mesa y se alejó a toda velocidad. No fue hacia su cargador, sino que se metió debajo de la cama. Alina se acostó en el piso y estiró uno de sus brazos intentando llegar a él, pero cada vez el Coronel la esquivaba. Al final, tuvo que empujarlo con el palo de escoba para poder sacarlo. Dos veces llegó a sacarlo, pero el kentuki volvía a meterse. La tercera vez logró agarrarlo y colocarlo sobre la banqueta, en medio de la habitación. Acomodó la taza-atril y su teléfono y le dejó un video de Carcass a máximo volumen. Era imposible saber qué tanto disfrutaba o rechazaba el Coronel ese tipo de música, aunque estaba segura de que los siete minutos y doce segundos de decapitaciones que acompañaba «Zombie Flash Cult», cruzados por una nueva línea en medio de la pantalla, serían

para el Coronel información de lo más ilustrativa. Ahora que llevaba una vida de artista era bueno estar abierto a otro tipo de experiencias.

Y también hubo una tarde en la que no le abrió. Se ocupó de dejar la habitación mucho antes de que el kentuki llegara. Bajó con Carmen hasta Oaxaca; quería ir al mercado, no había vuelto desde que había comprado al kentuki. Tomaron un taxi desde la residencia y viajaron juntas en el asiento trasero, con las dos ventanillas bajas.

—¡Mi dios! —dijo Carmen.

Como si hubiera dicho «al fin», o «esto es todo lo que necesitaba» o «qué belleza». Tenía los ojos cerrados. Sobre la luneta trasera, el viento les mezclaba el pelo. Era una linda sensación, y Alina cerró también los ojos y dejó que su cuerpo se hundiera en cada nueva pendiente. Almorzaron en El Vasco, sentadas frente a la iglesia de Santo Domingo, y después subieron por Alcalá hasta el templo. En el mercado compraron fruta y algunas hierbas para infusiones, chocolate oaxaqueño, quesillo y unas pulseras de plata que les salieron menos de diez dólares. Después, demasiado cargadas para seguir paseando, se sentaron un rato en el zócalo con dos vasos de jugo de mango.

—Ya. A ver, manita... ¿En qué andas que ya no sacas tantos libros?

Alina sonrió.

—Muchas cosas. No paran de ocurrírseme.

A Carmen no le mentaría nunca, acababa de decidirlo.

—¿Es sobre tu entrenamiento? Se dice en el pueblo que te ven correr como endiablada.

—Es un experimento con el Coronel Sanders, pero todavía estoy buscándole la forma —dijo Alina.

Carmen sorbió con la pajita las últimas gotas de su jugo. No parecía lo suficientemente intrigada como para volver a preguntar.

En el taxi de vuelta, parado frente al parabrisas delantero, un kentuki alertaba al chofer sobre las zonas con radares. Así el chofer evitaba las multas de velocidad y tener que parar en los semáforos. A cambio, depositaba cinco dólares por semana en una cuenta de Haití. Un chico capaz de entrar anónimamente a los sistemas de seguridad vial de cada municipio

de Oaxaca se encargaba de todo. Los cinco dólares no eran de tacaño, les explicó el chofer, es que en Haití eso era una fortuna.

Cuando Alina regresó, Sven todavía no había vuelto. El kentuki estaba pegado a la puerta, esperando. Alguien le había pegado sobre la esvástica un *flyer* de la galería: esta semana exponía el ruso. Estaba invitada al cóctel de las siete al que, por supuesto, no iría. Abrió y entró. Levantó al kentuki para arrancarle el *flyer*, que tiró a la basura, y dejó al bicho sobre la formica de la pequeña cocina. Alina abrió y cerró los cajones y las alacenas, sabía lo que haría a continuación, aunque todavía no había decidido cómo. El Coronel se movía de un lado al otro, estudiando el abismo en los bordes de la mesa.

—Quieto —le dijo.

El bicho no se calmó. Así que sacó una cacerola y lo puso dentro, se lo había buscado —ahora apenas podía girar unos centímetros en círculos—. Encontró hilo, acostó al cuervo de lado y le hizo varios nudos entre las patas. Dos largos hilos de un poco más de un metro le quedaron colgando entre las ruedas, como si alguien le hubiera metido un gran tampón. Llevó el banco al medio del cuarto, bajo el ventilador, trepó con el cuervo en las manos y, a fuerza de maniobrar un buen rato, logró atarlo del casco del ventilador, cabeza abajo. Se alejó para verlo y tomar algunas fotos. Parecía un pollo colgado de las patas, y si intentaba moverse, las ruedas mordían el hilo y lo balanceaban para un lado o para el otro. El cuervo chilló. Ella abrió el segundo cajón y sacó la tijera. Era una tijera grande y fuerte, y Alina la abrió y la cerró varias veces, preguntándose si estaría lo suficientemente afilada. El cuervo la vio y volvió a chillar.

—¡Silencio! —gritó ella deseando su desobediencia, que era el impulso que necesitaba para su gesto final.

Cuando el cuervo chilló por tercera vez, ella se estiró hacia la banqueta y, tijera en mano y en solo dos saques, le cortó las alitas.

A veces, en el chat, aparecían usuarios que Marvin nunca había visto en el salón. ElgauchoRABIOSO le explicó que eran usuarios que habían pasado alguna vez por el club, pero que, tras haber sido liberados, prefirieron irse y elegir por sí mismos dónde vivirían. Su amigo Dein8Öko, por ejemplo, había logrado subirse a un barco y cruzar a Suecia, donde vivía una de sus hijas. La chica hacía tres años que no le hablaba a su padre, pero tenía dos kentukis en el patio y, cuando vio al topo de peluche parado en la puerta de su casa y empapado por la lluvia, lo había adoptado de inmediato.

Una vez, uno que nunca antes Marvin había visto, se sumó de pronto a la conversación:

Mac.SaPoNJa= m qdan 5 min max batería. Perro arrancó rastreador x favr creo estoy n sótano n.º 2 calle Presteheia.

ZO2xxx y Kingko también estaban conectados. Mandaron mensajes a Jesper pero no pudieron contactarlo. Aunque la calle Presteheia era en la otra punta del pueblo, intentaron ayudar. Kingko buscó teléfonos de las casas de la zona e hizo llamadas al azar. «¿Vive en la calle Presteheia? ¿Tiene sótano? Creemos que hay un kentuki agonizando, ¿podría bajar y revisar?». Había gente que todavía no sabía lo que era un kentuki. Siete minutos más tarde perdieron la conexión. Más tarde, cuando Jesper intentó localizarlo siguiendo las pistas del rastreador, nada lo condujo al número 2 de Presteheia, sino que terminó agachado debajo de la camioneta de la pescadería donde, junto a una bolsa robada de basura, un perro callejero masticaba tranquilamente el rastreador de Mac.SaPoNJa. Cosas así pasaban cada tanto. La muerte de otros kentukis siempre los unía. Los ponía a todos a pensar. Y a Marvin le hacía olvidar por un rato lo único que le preocupaba de ese otro mundo que se había vuelto demasiado aburrido: que pronto llegarían las notas, y tendría que mostrárselas a su padre.

Una noche, tras una larga jornada de paseo con Kitty03, recibió en su tablet un correo de Jesper: sus accesorios estaban terminados, se los colocaría esa misma tarde, y al otro día, apenas él despertara en Antigua, su kentuki estaría listo.

—Voy a tocar la nieve —anunció a la mañana siguiente en el recreo del colegio—, cuando regrese a casa, en Honningsvåg estará todo instalado.

Sus amigos ya no hablaban de culos ni de Dubai. Lo escuchaban y tomaban nota con los ojos, inquietos de envidia. El de Dubai había intentado escapar con su kentuki, quería «autoliberarse». Lo había intentado tres veces ya, pero cada vez lo encontraban. Le habían armado un pequeño cerco alrededor del living que lo había dejado completamente fuera de juego.

—¿Hay un plan? —preguntaron—. ¿Sabes cómo llegar desde el salón a la nieve?

Lo tenía anotado. Tenía un plan listo, al menos hasta la salida del pueblo.

SnowDragon= me voy de excursión esta tarde

Kitty03= salud p/los valientes :-)

Lo anunció en el chat apenas encendió al kentuki. Hubo un gran revuelo seguido de consejos del grupo entero. No fue hasta que salió de su casillero y se vio en el espejo del salón que entendió cuánto había cambiado su kentuki con los nuevos accesorios. Jesper le explicó cómo funcionaban. Con la extensión de la batería tenía autonomía para casi dos días, aunque esto, claro, dependía de cuánto uso se le diera al kentuki. Jesper se acercó un poco más y le habló casi en susurros.

—Mirá el correo, acabo de mandarte algo.

Era un mapa de Honningsvåg. Había siete puntos rojos marcados y el correo explicaba que eran bases de carga. Era como si te mandaran un mapa de siete tesoros enterrados. Jesper le explicó que no compartía esa información con la mayoría de sus kentukis, porque a la larga sería exponerlos a una libertad peligrosa. Pero cuando alguien tenía misiones importantes, las bases podían ayudarlos si estaban en peligro. Marvin sonrió, sacudió las piernas debajo del escritorio. Eso haría el viaje mucho más fácil. En la pantalla, Jesper le devolvió la sonrisa.

—Ahora presta atención, SnowDragon.

Le mostró cómo se activaban las ruedas de nieve. Eran altas como un tercio del kentuki y eso hacía que la cámara tuviera una perspectiva bastante más amplia. Era como si hubiese crecido.

Kitty03= oye q guapazo estamos hoy, ah...

Z02xxx y Kingko también circulaban por ahí cuando SnowDragon decidió partir. Kitty03 propuso que se acercara hasta la cortina plástica y los tres lo empujaran suavemente hacia afuera, dijo que eso le daría buena suerte.

Jesper lo estaba esperando en la calle. Una de sus chicas se colgaba de su brazo izquierdo sin saber muy bien qué estaba pasando. Jesper se agachó frente a él.

—Si algo pasa activa la alarma y ahí estaré —dijo, mostrándole sus puños con los pulgares hacia arriba.

SnowDragon gruñó de felicidad. Bajó la pendiente y dobló hacia la derecha.

Kitty03= ¡toca la nieve por todos!

Z02xxx= te seguimos por acá, campeón

kingkko= <3<3<3<3<3

Antes de emprender su aventura hacia la nieve, Marvin pasó frente a la vidriera del negocio de electrodomésticos. Aunque todas las veredas tenían accesos para discapacitados y era fácil cruzar, subir y bajar, le costó un buen rato llegar. Iba bien pegado a la pared, para evitar ser visto por algún borracho nocturno. Encontró el negocio más pequeño y lúgubre de lo que había imaginado desde la vidriera. Entre las aspiradoras, en un precioso jarrón turquesa, estaba su ramo de flores. Se veía ya gris y decaído, pero se notaba que había sido un ramo espectacular, y le alegró que la mujer, como si lo hubiese estado esperando, aún no lo hubiera reemplazado. En Antigua, a Marvin se le hizo un nudo en la garganta y se preguntó si acaso no habría abandonado a la única ama que había tenido.

Bajó hacia el terraplén del puerto, camino a la zona en la que Jesper le había marcado la nieve. Dos perros lo siguieron, olisqueándolo. Intentaron morderle las ruedas, gruñendo y empujándolo hacia delante con los hocicos, y Marvin se acordó de Dein8Öko y temió que la aventura resultara más corta de lo esperado. Al final se alejaron. No era tan fácil ni rápido cruzar el pueblo, pero le gustaba pensar que, incluso ahora que en la cuenta de su

madre no quedaba ni un euro, podría vivir como un kentuki un siglo sin preocuparse por el dinero. Podía comer y dormir en Antigua atendiendo cada tanto su cuerpo, mientras en Noruega los días pasarían tranquilamente, cargándose de base en base, sin añorar ni un pedazo de chocolate, ni una manta para pasar la noche. No necesitar nada de eso para vivir tenía algo de superhéroe, y si al fin lograba encontrar la nieve, podía vivir el resto de su vida en ella sin que siquiera le diera un poquito de frío.

En algún momento perdió el equilibrio y rodó por el ripio hacia la playa. Se detuvo unos metros más abajo. Había quedado trabado entre las piedras, acostado, y aunque las ruedas eran grandes parecía imposible ponerse de pie. Oyó pasos a sus espaldas, un hombre se acercaba. Hizo gruñir al dragón, y el hombre lo vio y se desvió hasta él. Lo levantó y estuvo un rato mirándolo, girando sus ruedas para un lado y para el otro, sacudiéndolo como si se tratara de una caja de nueces. Marvin se preguntó si todavía llevaría entre sus ruedas la etiqueta de la casa de electrodomésticos. Al fin el hombre se aburrió de él y volvió a dejarlo sobre el piso. Marvin se alejó enseguida, temeroso de que volviera a levantarlo. Pero el hombre ni se movió, se quedó en su sitio un buen rato, viéndolo alejarse con curiosidad.

Marvin siempre había pensado que, para su dragón, los humanos serían el mayor peligro. Nunca se le hubiera ocurrido que los pozos, las piedras y el hielo serían los más empeñados en retenerlo. No le extrañó terminar atascado debajo de una camioneta. Con las ruedas nuevas era difícil calcular la altura del dragón y a medianoche, tras haber cruzado todo Honningsvåg y a cuerdas del camino que subía hacia la nieve, optó por un atajo y quedó trabado entre el piso y un tanque de nafta.

Kitty03= ¿tal va la vida SnowDragon?

Era una situación demasiado frustrante como para además comentarla. Y desde que había abandonado el club no había vuelto a participar en el chat. Se entretenía a veces leyendo, pero no participaba. Vio su nombre una vez, preguntaban por él. Le alegró leer que Kitty03 y Z02xxx estaban preocupados. En cuanto tuviera buenas noticias, se comunicaría.

Pero ahora estaba atrapado, y aunque hizo todo lo posible por salirse, su cabeza parecía haberse pegado a ese odioso tanque de nafta. Cuando el

padre lo llamó a cenar, no le quedó otro remedio que rezar por la vida y la batería del kentuki y abandonarlo a su suerte.

Al otro día, en cuanto encendió la tablet, vio que la camioneta ya no estaba. Alguien lo había colocado junto a la puerta trasera de la pescadería. Se preguntó si lo habrían visto a tiempo o si habría rodado bajo la camioneta cuando esta arrancó. ¿Qué tan rayado estaría? Sin embargo, el kentuki parecía funcionar bien. La batería era el único problema: quedaba solo un 4%. Revisó el mapa que le había mandado Jesper, había una base de carga a dos cuabras y fue directo hacia ella. Según las indicaciones había una sola estación de servicio en el pueblo y no estaba muy lejos. Cruzó las calles sin distraerse, concentrado en la optimización de su energía. Detrás de la estación de servicio había una pequeña plazoleta, y detrás, escondido tras siete tachos de basura de distintos colores, un cobertizo para leña. Alguien había serruchado desprolijamente una pequeña abertura. Dentro estaba vacío y algunas líneas de luz se filtraban por las maderas que hacían de techo; el cargador estaba colocado en una esquina. Se veía sucio y húmedo. Su batería marcaba solo un 2% de carga. Se acercó sin acelerar demasiado. Si por alguna razón la base no funcionaba, estaba perdido: incluso si activaba la alarma Jesper difícilmente podría llegar a tiempo. Trepó y se calzó. En su controlador la batería roja cambió a su estado amarillo, de recarga. Frente a él, sobre la madera y en aerosol, alguien había escrito: «Respira, estás en zona liberada». Respiró. Dejaría al kentuki ahí toda la noche, era un sitio seguro, y partiría al día siguiente completamente cargado, hacia la nieve. Se recostó al fin en la silla de su padre. Solo entonces se dio cuenta de que todavía llevaba la mochila colgada en la espalda.

Eva estaba tomando clases de yoga —le había costado deducirlo, pero ahora lo veía muy claro—, eso era lo que hacía los días que Klaus solía esperarla mirando sus partidos y tomando cerveza. Emilia hubiera esperado algún tipo de notificación sobre esta nueva actividad, aunque desde que Klaus circulaba por la casa Eva había dejado de pegarle cartelitos en las patas de las sillas y la comunicación ya no era tan fluida como antes.

A veces, cuando estaban solas, la chica practicaba yoga frente al espejo. «¿*Lo hago bien?* —preguntaba—. ¿*Qué tal me veo, mi gordita?*».

Se veía fenomenal. Emilia chillaba de entusiasmo y Eva se reía. Una vez, Emilia fue hasta su talón izquierdo y le dio algunos toquitos hasta que ella entendió que debía colocar el pie alineado con el hombro. Aunque Emilia nunca había hecho yoga, tres años de gimnasia rítmica en su juventud la habían dotado de cierto sentido común, un saber aplicable a otras disciplinas.

Muchas veces, casi la mitad de las veces, cuando Emilia se encendía solo estaba Klaus, y si veía al alemán se cuidaba de no moverse ni hacer ningún ruido. Prefería controlarlo haciéndose la dormida. Dejaba sus ojitos abiertos pero no hacía ningún movimiento ni respondía si el alemán se asomaba en su pantalla. Total, qué sabría ese hombre acerca de cómo funcionaba realmente un kentuki, seguro que no había leído un manual en su vida.

Klaus seguía abriendo la billetera de la chica y haciendo llamadas lascivas mientras se rascaba los genitales frente al televisor. Era una imagen repulsiva y al final Emilia se hartaba y se alejaba, se ocupaba de las actividades de su propia casa asomándose cada tanto al pasillo para evaluar de un vistazo cómo iban las cosas en Erfurt.

Sabía que dejar a ese hombre sin control era irresponsable, sabía que tarde o temprano la chica tendría problemas, y Emilia era la única que

podría señalar un culpable. Lo habló con Gloria y ella le prestó su pequeña camarita de mano y le explicó cómo usarla. Funcionaba como un buen aliciente: no estaba al tanto de todo lo que pasaba en Erfurt, era verdad, pero tenía un registro diario de su conexión. Si algo pasaba, ella lo tendría grabado y lo enviaría a la policía inmediatamente.

A veces revisaba al azar algunas grabaciones, solo para quedarse tranquila de que se estuvieran guardando bien, y para saber con qué tipo de material contaría si el momento llegaba. En eso estaba cuando Gloria llamó para preguntar si podía pasar por su casa. Por un momento la sorpresa la contrarió. Tendría que correr para ordenar antes de que llegara, aunque luego se acordó de Klaus, y de que al fin podría mostrarle a alguien su pequeño Erfurt, así que aceptó y corrió a barrer el living y la cocina. Después repasó el cuarto y, al pasar frente a su computadora, solo por costumbre, le dio una rápida mirada al departamento de Eva. Estaba limpiando el espejo del baño cuando reparó en lo que acababa de ver. Dejó el paño en la pileta y, sacándose los guantes, regresó para chequear lo que ocurría. Desde la cucha, la imagen horizontal mostraba a Klaus tomando su cerveza frente al televisor y toda su atención estaba en la remera roja del alemán. Decía «Klaus Berger» y llevaba el número cuatro. Emilia acercó su silla de mimbre y se sentó frente al escritorio. Debajo decía «Rot-Weiß Erfurt». Abrió su explorador y lo googleó inmediatamente. Era un club de fútbol, tal como pensó. El sitio web tenía un listado de jugadores y Klaus Berger estaba en la lista, con la fotografía de un hombre mucho más atractivo y profesional del que veía en su pantalla, tirado en un sofá. Emilia no se dejó engañar, no había duda de que eran el mismo. Googleó el nombre por separado y lo encontró en varias redes sociales. Casi todas las fotos de Klaus eran iguales: o sostenía una pelota, o abrazaba la cintura de una chica o se sostenía de los hombros de otros jugadores. No vio a Eva en ninguna de las fotos, y reparó en su decepción. ¿Le hubiera gustado contactarse con ella, escribirle un correo? No estaba segura. ¿Qué le diría? ¿«Abrigate más»? ¿«Come más»? ¿«Busca un hombre bueno»?

Ahí estaban los datos de contacto de Klaus, listados prolijamente uno bajo el otro. Cuando Emilia se detuvo en el número de teléfono supo lo que haría a continuación, y es que sentarse a esperar desgracias no era su

manera de hacer las cosas, no había criado a un hijo como el suyo cruzada de brazos. Buscó su teléfono, marcó el número de Klaus y le escribió un mensaje:

«Sé que sacas dinero de la billetera de Eva», lo escribió en español.

Y solo tras enviarlo cayó en la cuenta de que, en cuanto el mensaje llegara, Klaus obtendría también su número. Pensó en Inés, que seguía insistiendo en que tener un kentuki era abrirle las puertas de tu casa a un completo desconocido, y por primera vez comprendió el peligro real que esto implicaba. Las campanitas chinas de su teléfono le avisaron que tenía un mensaje nuevo y un escalofrío de terror la obligó a ponerse de pie. ¿Podía de verdad estar recibiendo un correo de ese enorme alemán? Pensó en su marido, aunque no supo muy bien por qué. Y al fin juntó fuerzas y estiró la mano hasta su teléfono. El mensaje decía:

«Me paga 50 por semana a cambio de mi gran oferta sexual. ¿Quiere unírseos?».

Entendió el inglés y el mensaje la dejó unos segundos sin respirar. Después sonó el teléfono, su propio teléfono en sus propias manos. Era el número de Klaus. Sabía que si no atendía pronto se dispararía la grabación de su voz, e imaginó a Klaus escuchando su español de peruana, sus disculpas de mujer ya grande y su promesa de devolver el llamado. Temió volver a mirar la pantalla de su computadora. Klaus podría haberla sacado de su cucha mientras ella temblaba todo este tiempo —intentando releer una y otra vez el mensaje sin sus anteojos—, podría haberse dado al fin el gusto de meterla bajo el chorro de agua de la cocina, o haberla tirado por la ventana. Quizá ya estaba muerta sin saberlo. Dejó el teléfono sobre la mesa, juntó fuerzas y se giró para ver: la imagen horizontal seguía inmóvil. Esperó hasta asegurarse de que Klaus no andaba cerca. Tenía que calmarse. Respiró y esperó. No se oía el ruido del televisor, de hecho, el departamento estaba en completo silencio. Quizá Klaus era demasiado cobarde para una represalia y es que, finalmente, cualquier cosa que hiciera contra ella terminaría trayéndole problemas con la chica. Desde donde estaba no tenía una imagen completa del living y la cocina, pero no parecía haber nadie. El bolso que solía traer Klaus y dejar junto a la puerta ya no estaba. Suspiró aliviada. Y entonces lo vio. En el espejo del living, escrito con el lápiz

labial rojo de Eva, y a la altura en la que lo podría haber escrito un kentuki —aunque ningún kentuki podría en realidad escribir nada en un espejo— decía: «Putá». Era una caligrafía espantosa. Estaba en inglés y se preguntó si Eva también sería capaz de entenderlo. Todavía faltaban casi veinte minutos para que ella regresara y, aún así, hiciera lo que hiciera Emilia con su kentuki, sabía que sería imposible levantarse sola y borrarlo.

Cuando Eva entró a su departamento dejó su bolso sobre la mesa y vio su lápiz labial destapado y arruinado en el piso.

«¿Qué pasó acá?», preguntó.

La voz intentaba ser autoritaria. Eva se acercó a la cucha y descubrió el cartel en el espejo. ¿De verdad creía la chica que un kentuki acostado sobre su cucha era capaz de hacer semejante cosa a semejante altura? Ahora sí que Emilia quería escribirle a Eva, quería gritarle: «¡No fui yo! ¡Hay que sacar a este hombre de la casa!».

«¿Quién hizo esto?».

Emilia movió sus ruedas, tenía la sensación de que, si la sacaban de la cucha y lograba al fin moverse, encontraría la manera de explicarse. Pero Eva parecía demasiado enojada. Limpió con detergente el espejo y tiró a la basura el lápiz labial. Después se sentó frente al televisor, en una posición muy similar a la de Klaus, lo que a Emilia le pareció casi una provocación. La chica se estiró hasta la cerveza que había quedado junto al sofá y bebió mirándola de reojo, intranquila. Al rato volvió a levantarse, fue directo hacia ella, la agarró y se la llevó al baño. ¿Qué estaba pasando? Emilia nunca había visto el baño. Una mezcla de miedo y excitación la contrarió en Lima frente a su computadora. Eva la metió en la bañera, la retó una última vez y, antes de salir, apagó la luz y cerró la puerta.

Emilia se quedó dura frente a su pantalla negra, sería difícil escapar de una bañera, y todavía más complicado procesar la cantidad de cosas que acababan de pasar. Todavía estaba en eso cuando, unos minutos más tarde, el timbre de la casa la hizo saltar sobre su silla.

Tardó en levantarse, en recordar la visita de Gloria. Se acomodó un poco el pelo y cruzó el comedor. No había terminado de ordenar la casa pero ahora le resultaba un tema absolutamente menor. El timbre volvió a

sonar y Gloria la llamó y golpeó la puerta. En cuanto Emilia le abrió, Gloria entró con una caja que apoyó sobre la mesa del comedor.

—Ábrelo —dijo, con una sonrisa pícaro que a Emilia no le gustó.

Las dos se quedaron mirando la caja.

—Vamos, pues —Gloria quitó parte del papel de regalo.

Emilia entendió enseguida que era una caja de kentuki, una ya abierta y algo sucia. Gloria sacó un cargador, un cable para conectarlo a la pared, el manual y, al fin, un kentuki envuelto en un repasador. Se lo entregó a Emilia con suma delicadeza.

—Es un regalo —dijo Gloria—, así que no se puede devolver.

Emilia pensó en Klaus y en la furia con la que Eva tiró a la basura su lápiz labial. Pensó que era demasiado, que era mucho más de lo que ella podía manejar. Cuando desenvolvió al kentuki descubrió algo absolutamente inesperado: era una conejita, una idéntica a la que ella misma era en Erfurt. Recordó que tenía una hebilla lo suficientemente fuerte en el baño y pensó que, si se la colocaba entre las dos orejitas, como siempre lo hacía Eva, sería como tenerse a sí misma circulando por su propia casa. Emilia sonrió, no quería animar a su amiga, pero el gesto se le escapó, y Gloria ya estaba aplaudiendo con su típico entusiasmo.

—Sabía que eran la una para la otra —dijo.

Emilia dejó al conejo sobre la mesa. Se preguntó cómo alguien podía desprenderse de semejante dulzura. Era suave y bonito. Vio que tenía los párpados cerrados y se dio cuenta del tiempo que hacía que no veía a alguien con los ojos cerrados, ¿años, quizá? ¿Quizá esa única vez que su hijo vino a verla desde Hong Kong y se quedó dormido frente al televisor?

—Debe estar descansando. Pero está cargado —dijo Gloria y enchufó la base junto a la puerta del living—. ¿Tomamos alguna cosita?

Cuando Gloria se fue, Emilia recogió las tazas y se puso el pijama. La conejita seguía inmóvil, así que la dejó en el living, sobre su cargador, y se fue a la cama. Se despertó a medianoche, sobresaltada. ¿Con qué había soñado? Habría jurado que con Klaus, algo espantoso, aunque no podía recordar exactamente qué. Encendió las luces y cruzó el living. El kentuki seguía sobre su cargador con los ojos cerrados, tal como lo había dejado antes de acostarse.

Como estaba desvelada fue hasta su silla de mimbre y encendió la computadora. Era la primera vez que se encendía en Erfurt a esa hora. Miró el reloj: las tres y diez en Perú eran las siete y diez de la mañana en Alemania. Estaba sobre la mesa de la cocina. En una esquina en la que nunca había estado y que le daba una perspectiva absolutamente nueva del departamento. Después vio la señal de carga en su pantalla, y lo entendió. Eva la había perdonado. La había sacado de la bañera y la había colocado sobre su cargador, como su hijo le había dicho que ocurría cada noche, mientras ella dormía plácidamente en Lima. Ya había algo de luz en el departamento y no le hizo falta bajarse del cargador para ver las fotos pegadas en la heladera. No había ninguna de Klaus, pero al centro, debajo de un calendario, había una foto de Eva con ella, de Eva con su conejita. Estaba sentada en su sofá —la foto estaba tomada de arriba, quizá por el propio Klaus—, Eva sostenía a su conejita como si fuera un cachorrito. Tenía los labios fruncidos, le tiraba un beso, y Emilia se vio a sí misma dulcemente dormida, con los ojitos cerrados. La imagen le pareció de una ternura conmovedora. Tomó su teléfono y sacó una foto de la pantalla. Al día siguiente la imprimiría y la pegaría en su heladera. La colocaría al centro, alejada de todos esos imanes de *delivery*, para verla cada vez que pasara por ahí, tal como Eva hacía con ella.

Vio una noche oscura, y bajo la noche, las manos de una multitud alzándose hacia el cielo. Giraba en el aire, caía y volvían a arrojarlo. En el horizonte, los dientes brillosos de una gran ciudad, y frente a él, por momentos, el escenario. La música vibraba y lo envolvía. Cada golpe de los bombos sacudía al público en un único temblor. Vio a los trompetistas, a los bajistas; las luces y las cámaras cruzando entre los músicos a toda velocidad, sobrevolando el estadio de punta a punta. Una voz gritaba y miles de voces contestaban, extasiadas por su propia precisión. Ahora lo arrojaban al aire. Lo atajaban y volvían a lanzarlo. A veces solo quedaba la azulada oscuridad del cielo. A veces, en caída, primero el mar de manos y cabezas, y un segundo después una cara que nunca había visto y nunca volvería a ver, a punto de impactar contra él, esperándolo. Era más de lo que había soñado. La sangre le hervía en las puntas de los dedos, incluso ahí, en ese otro sitio en el que en realidad no estaba. Quería ser eso, para siempre, todas esas caras que se turnaban para esperarlo y volver a lanzarlo. Los gritos y las vibraciones, una y otra vez, esa voz fuerte y aterciopelada a la par del público. Ser eso y ninguna otra cosa. Una cara se repitió, los ojos grandes y febriles de una chica que lo atajó extasiada y lo volvió a lanzar. Giraba sobre sí mismo, consciente de que a veces la multitud se abría con una porosidad peligrosa, y que todo acabaría si no había nadie ahí para atajarlo. Ellos estaban sobre la tierra, o en la tierra que a veces quedaba en el cielo, y él en cambio estaba en el aire, girando entre los dos mundos, rezando por esa otra vida que al fin podía sostenerlo.

Cuando cayó contra el suelo la música se enmudeció y la pantalla parpadeó unos segundos antes de apagarse. Ishmael se dejó caer en la silla. Esperó con los ojos muy abiertos, porque el ruido se había ido en un solo golpe, y por un momento lo desorientó: habían cesado las sirenas de los campamentos. Habían cesado las detonaciones. Habían cesado los disparos.

Las luces de la tienda de enfermería estaban otra vez encendidas. Pronto llegaría el relevo y le pedirían que dejara la improvisada oficina. Sobre la choza, y del otro lado del riachuelo, entre los cientos de carpas blancas y sobre el cerro y toda la noche de Sierra Leona, el silencio era ahora una bóveda densa y sospechosa; y su mano, áspera, temblaba todavía sobre el mouse.

Era un buen día, y el pronóstico anunciaba sol toda la semana. Enzo ya había preparado su bolso, la pequeña carpa y su caña. Ahora solo le quedaba ocuparse del desayuno y de Luca, que miraba dormido su chocolatada, quizá sopesando todavía los días de playa que pasaría con la madre. Enzo había quedado en verse con Carlo frente a la rotonda de salida de Umbertide, a las nueve. Iba a llevar al kentuki. Sabía que Carlo se molestaría —y que la invitación a pescar, además de sacarlo de la casa, era para apartarlo del kentuki—, pero tenía un plan, había estado pensando en eso todo el fin de semana. El topo —esa pequeña alma encaprichada en no comunicarse con él por lo que fuera que él hubiera hecho para lastimarlo o enfurecerlo— se ablandaría cuando viera el cauce verde de las aguas del Tevere, cuando lo escuchara hablar largo y tendido con Carlo, cuando supiera quién era verdaderamente él para sus amigos y dedujera el tipo de compañía que podían representar el uno para el otro. Se había obsesionado, eso él lo entendía, y entenderlo demostraba que la situación no estaba fuera de control. En el fondo, simplemente, Enzo creía que dos personas solas, de dos mundos posiblemente muy distintos, tenían mucho para compartir y para enseñarse. Necesitaba esa compañía, la quería para ambos, y terminaría por ganársela.

Puso el café y preparó las tostadas. El topo, quizá alerta por tanto alboroto de bolsos, se movía entre ellos.

Enzo explicó sus planes mientras desayunaban, lo dijo sin vueltas:

—Usted se viene conmigo, Míster.

Enzo sabía que el kentuki podría inquietarse, nunca lo había sacado tanto tiempo de la casa y, sobre todo —y sabía que esto era lo que más podía alterarlo—, nunca lo había alejado tanto tiempo del chico. El kentuki no se movió. Se quedó seco junto a la silla de Luca. No chilló ni golpeó las patas de la mesa. Tanto les extrañó a ambos su inmovilidad que se

inclinaron un momento hacia él, padre e hijo, pensando que quizá algo raro le había pasado. Oyeron la bocina de Nuria y el chico dio un salto, se puso el abrigo y lo saludó. Cargó su mochila y dijo adiós otra vez, antes de salir. Desde el piso, a unos metros de él, el kentuki todavía lo miraba. Enzo levantó algunas cosas del desayuno cuando volvió a oír la bocina de Nuria —¿qué ocurría?— y el golpe de una de las puertas. El chico regresaba, podía verlo ahora a través de las cortinas del ventanal, abría la puerta con su propia llave. El motor del coche se apagó y se oyó la otra puerta. ¿También se estaba bajando su exmujer?

—Papá —dijo Luca otra vez en la casa, en tono de disculpas.

—No puede ser —dijo Nuria, que entró detrás del chico—, una semana fuera y no le pones ni una campera en el bolso.

Nuria no buscaba la campera, eso estaba claro, miraba el piso, junto a las patas de los muebles y debajo de las sillas y las mesas, registraba la casa con una sonrisa dura que Enzo conocía muy bien, su modo más torpe y desinteresado de disimular.

—Acá está —dijo Luca, levantando su campera.

Pero su exmujer ya había encontrado al kentuki.

—Vamos —dijo Luca, y tiró de la madre hacia afuera.

Enzo comprendió que el chico había mentido por él. Ella le habría preguntado si el kentuki seguía en la casa y él había mentido, mentido por él. Por la gloriosa amistad de su padre con «el muñeco». Entonces sonó el teléfono, sonó tres veces y dejó de sonar. Y Nuria, que había dado un paso hacia Enzo para empezar a insultarlo por el kentuki, se detuvo.

—¿Acá también pasa eso? —preguntó ella.

—¿Qué cosa? —dijo Enzo, aunque había entendido muy bien a qué se refería su exmujer.

Luca miró a Enzo, la carita redonda del chico ahora blanca como un papel. El teléfono sonó tres veces más y dejó de sonar. Que él supiera, era la primera vez que eso pasaba en su casa, pero la cara del chico lo inquietó. Cuando el teléfono volvió a sonar el chico dejó caer su mochila al suelo, asustado, y Nuria dio un salto hacia el aparato y atendió.

—Hola —dijo—. Hable. Diga algo, carajo.

Miró a Luca y cortó. Enzo reparó en que, en la distracción, el kentuki se había ido, posiblemente a su madriguera bajo el sillón.

—En casa tampoco contestan —dijo ella que, consternada por la llamada, parecía haberse olvidado del kentuki—, al menos no cuando atiendo yo —dijo y miró al chico, que no levantó su mirada del piso.

Nuria recogió la mochila de Luca y lo agarró de la muñeca.

—Vamos —dijo.

Se alejaron hacia la puerta, Enzo los siguió. Ella abrió y empujó a Luca hacia el coche para que fuera adelantándose, y entonces, cuidándose de no levantar la voz, se volvió hacia Enzo, furiosa.

—Voy a poner una abogada —le dijo—. Voy a sacarte a Luca, y después voy a empalar a ese aparato en el medio de tu puto vivero.

Cuando el coche arrancó, Enzo saludó levantando la mano. Ninguno de los dos le respondió.

De vuelta en el living se quedó un momento esperando, el kentuki no se veía por ningún lado. Ya no quería seguir buscándolo, estaba harto de seguir jugando al necesitado y el ofendido. Estaba furioso, tan furioso que le costaba moverse, le costaba respirar.

—¡Llame! —gritó en medio de la habitación—. ¡Haga sonar el maldito teléfono!

¿Qué estaba pasando? ¿Qué estaba pasando entre su hijo y el kentuki? Pensó en todas las maneras en las que podía romperlo, quebrarlo y despedazarlo, las ideas no paraban de llegar. Y sin embargo, dio algunos pasos hacia atrás. Tomó su bolso y su abrigo y salió de la casa. Se quedó del otro lado de la puerta, mirando la madera, el visor, el picaporte ya tan gastado. Después lo vio más allá, del otro lado del ventanal. Acodado entre el vidrio y la cortina, el kentuki, inmóvil, lo miraba.

A mitad de semana, Grigor ya se había quedado sin tablets. Dejó a Nikolina otra vez trabajando sola y volvió a incursionar por el centro de Zagreb. Fue hasta una de las pocas tiendas de Ilica que le quedaban sin investigar, compró dos y luego otras tres en frente, en un pequeño local de telefonía. Tenía la sensación de que hacía mucho tiempo que no se sentaba realmente en ningún lado y se dejó caer frente a una mesita con sol de la calle Tkalčičeva. Se sentía como si acabara de volver a su ciudad después de una larga ausencia y enseguida decidió que almorzaría. Desde el otro lado de la calle, una señora mayor que también tomaba algo sola le sonrió y Grigor le devolvió el gesto amablemente. Se dio cuenta de que estaba tranquilo, de que el plan B había salido bien, y para cuando el mozo vino a preguntarle qué iba a ordenar sintió un hambre tan voraz que hubiera sido capaz de pedirse dos platos.

En la mesa de al lado, dos hombres jugaban a las cartas con un kentuki. Las tres partidas esperaban en abanico frente a cada jugador, boca arriba. En el centro un pozo reunía los movimientos. Si el kentuki avanzaba sobre alguna de sus cartas se la sumaban al pozo de inmediato. Ahora había de esos aparatos por todos lados, tantos que hasta su padre parecía empezar a entender de qué se trataba. Estaban en las noticias a cada rato, con sus notas de color o sus historias de estafas, robos y extorsiones. Los usuarios compartían sus videos en todas las redes sociales, con sus inventos caseros de kentukis atados a drones, montando patinetas o pasando la aspiradora por la casa. Tutoriales decorativos, consejos personales, milagros de supervivencia frente a accidentes insólitos. Un kentuki panda asustando un gato y haciéndolo saltar por el aire. Un kentuki lechuza con gorro navideño, golpeando siete copas con la punta de su nariz y haciendo sonar un villancico. Era casi un milagro que a esa altura no se hubiera establecido

todavía ningún tipo de regulación para el uso de los kentukis. Un milagro que era el fuego divino de su bendito plan B.

Regresó caminando y, ya en el departamento, fue directo a la habitación y dejó las tablets nuevas sobre el escritorio. Nikolina se volvió enseguida hacia él.

—Tenemos un problema —dijo.

A Grigor le extrañó no encontrar la mesa cubierta de tablets. Nikolina, el pulpo de brazos largos y vértebras marcadas que tanto lo había desconcertado el primer día, trabajaba vorazmente, llevando diez y hasta doce conexiones al mismo tiempo sin tomarse ni un respiro. Y en cambio ahora había una única tablet frente a ella, sobre la mesa, sola.

—Esta chica —dijo Nikolina, acercándosela.

Él nunca se refería a sus conexiones por los amos a las que estaban linkeadas. No trabajaba con personas, sino con dispositivos vinculados a determinados números IMEI: tecnologías telefónicas, sistemas hexadecimales y un vistoso bloc de planillas de datos. ¿Quién era «esta chica»?

Nicolina le extendió la tablet, para que pudiera ver. Era el kentuki panda número 47, si no recordaba mal.

—Pasó algo, pero no vas a enojarte, ¿no?

Grigor se estiró hasta su escritorio y buscó la planilla del 47. Sí, era el kentuki que había pensado. Una conexión para la que todavía no había podido recolectar prácticamente ningún dato. El dispositivo estaba confinado a una habitación cerrada —rudimentaria y sin embargo equipada con consolas de juego y una pantalla gigante— de la que no le permitían salir. Un adolescente entraba algunas horas al día para perder el tiempo o dormir en el sillón. Hacía más de un mes que estaba conectado y Grigor todavía no había podido obtener ningún dato ni había encontrado una manera de salir de ahí.

—¿Qué pasó?

—La puerta quedó abierta. No sé por qué. Así que aproveché y me escapé.

—¿Y entonces? ¿Sabemos al fin dónde estamos?

Grigor tomo una lapicera, ansioso por poder, al fin, agenciarse alguna información. Pero ella le hizo una seña para que se acercara y se sentara junto a ella. Había sacado fotos a la pantalla de la tablet, muchas fotos, quería mostrárselas mientras le explicaba.

—Es que tenés que ver para entenderlo, esto es una locura.

Grigor se sentó y Nikolina le mostró las primeras imágenes. Las había guardado en la propia tableta y mientras las iba pasando fue contándole todo desde el principio. La casa resultó ser un rancho humilde, no había encontrado a nadie y quería oír voces para deducir su ubicación, así que salió al patio. Había perros sueltos, que no le hicieron nada, y cabras, muchas cabras sueltas. Nikolina se detuvo en una foto: un pueblo chato y abierto de alguna zona húmeda y calurosa, el cielo cargado, ni un alma en toda la fotografía, solo el camino, algunas casas, y cabras y más cabras por todos lados.

—¿Saliste de la casa? —Grigor se inquietó.

—Ya sé, sé las reglas, pero esperá. Escuchá primero. No podía cruzar la calle porque es toda de tierra, ¿ves? No iba a funcionar.

Grigor miró la siguiente foto. Se veía como un pueblo fantasma y las cabras no parecían pertenecer a nadie en particular. Había una acostada en medio de la calle, cinco más descansando a la sombra del quincho de un restaurante abandonado, un grupo más grande al fondo, alejándose. En medio de tanta desolación, lo alarmó una moto roja estacionada al frente de una de las casas, entonces sí había gente deambulando, pensó Grigor.

—Pero pude moverme por la vereda, ¿ves? —siguió explicando Nikolina y pasó a la siguiente foto—. Pensé que podía mirar la casa de al lado. Pero no había nadie tampoco.

Así que se había alejado un poco más.

—¿Cuánto?

—Dos cuadras, quizá tres.

Grigor se agarró la cabeza. Era un riesgo estúpido, alejarse de ese modo de su cargador. Si ahora alguien encerraba al kentuki, si por alguna razón no había manera de volver al cargador, el trabajo de esas semanas se perdería.

—Vamos, jefe —dijo ella al final, interrumpiendo su reto—, ¿nunca ha caído en la tentación?

Decenas de veces, pero eran sus kentukis. Sabía que no había nada mejor que eso: escapar de los amos y moverse con autonomía por las zonas de conexión era una experiencia extraordinaria. Extraordinaria para él, pero no le pagaba a la chica para que pasara un buen rato. La miró impaciente.

—Espera —dijo ella—, es importante.

Nikolina había entrado en una casa, tres cuadras más allá, una casa baja y grande, larga. Su cargador marcaba entonces un 70% de energía, así que pensó que tenía margen. Dos hombres estaban sentados en la puerta, en unas reposeras de plástico. Nikolina le mostró la foto y Grigor vio que, entre los hombres, apoyada en la pared, había una escopeta.

—¿Una escopeta?

Nikolina asintió.

—Una escopeta y muchas cabras más.

Había tantas alrededor de esa casa que eso ayudó a que no la vieran y pudiera dar la vuelta y meterse por la puerta de atrás. Bueno, en realidad no había puerta, el umbral tenía una reja fija de barrotes.

—Ya, a lo importante, que me estás poniendo nervioso.

Uno de los perros, uno petiso, entró. Pasó sin problema entre los barrotes así que Nikolina se animó y lo siguió. Le mostró a Grigor la siguiente foto, ya dentro de la casa: un comedor abierto a la cocina, rudimentario, y una mujer que lavaba los platos. Estaba inclinada sobre la pileta. Nikolina le explicó que cruzó la cocina y pasó por una puerta que daba al living donde otros dos hombres conversaban tirados en un sofá. De eso no sacó foto, pasó lo más rápido que pudo, estaba demasiado expuesta y no tenía dónde esconderse.

—¿En qué idioma hablan?

—Portugués, creo.

Grigor la miró, impresionado y dudoso al mismo tiempo.

—Ya sabes lo que me gusta Ronaldhino —dijo Nikolina guiñándole un ojo.

Grigor tomó nota del idioma. Nikolina avanzó por el pasillo, acompañada por el perro. Daba a las habitaciones y eran muchas, unas seis, o siete. La primera tenía rejas y estaba vacía. Le mostró la foto.

—Es claramente una celda, Grigor. La cama, una manta, nada más.

Grigor anotó y Nikolina se quedó un momento mirándolo, desconcertada. Negó y siguió.

El resto de los cuartos estaban también vacíos y sí tenían puertas, todas entornadas. Había algunas imágenes de las camas, que eran de dos plazas y estaban deshechas, era todo un asco.

—En el último cuarto había una chica —dijo Nikolina—, y cuando la chica vio el kentuki sus ojos se abrieron de par en par. Salió de la cama como si hubiera visto un vaso de agua en medio del desierto. Corrió hasta la puerta y acostó una silla para que yo no pudiera volver a salir.

—¿O sea que estamos encerrados, y sin cargador? ¿Hace cuántas horas?

—No tiene ni quince años, Grigor. Escribió esto en un papel y lo sostuvo frente a la cámara.

Nikolina le mostró la siguiente foto. Era una servilleta sucia y, excepto por el número de teléfono, Grigor era incapaz de entender lo que decía el mensaje. Nikolina leyó sus notas:

—«Soy Andrea Farbe, me raptaron. Teléfono de mamá: +584122340077 ¡por favor!». Está escrito en español —le aclaró Nikolina—, googleé el código telefónico y es venezolano. Creo que estamos en Brasil pero la chica no es de ahí.

Grigor la miró horrorizado y ella sacudió las manos como si se hubiera quemado, entre asustada y excitada.

—Hay que sacarla. Hay que llamar a la madre.

—No sabemos dónde está.

Grigor le explicó que el sistema de conexión se movía sobre proxis anónimos y saltaba automáticamente de servidor a servidor. Incluso si hubiera manera de localizarlo, lo único que obtendría en solo un rato de búsqueda serían señales caducadas desde casi todos los lugares del mundo. Nikolina se tapó la boca. Se quedaron un momento pensando.

Grigor tomó la tablet 47 y vio a la chica por primera vez, no en fotos sino en vivo. Flaca y ojerosa, buscaba desesperada en los cajones, y parecía cuidarse de no hacer ningún ruido. Las paredes eran de cemento, y las sábanas, negras y rosas, parecían de algún material sintético y barato.

—Necesitamos un cargador —dijo Grigor—. Si prestamos atención al televisor podríamos deducir dónde estamos, pero no sabemos cuánto podría

tomar eso. Mientras, necesitamos energía.

—Está escribiendo, en el piso —dijo Nikolina—, girá el kentuki para el otro lado.

Lo giró. La chica había dibujado en el piso una cruz, y ahora escribía en los cuatro rectángulos. Escribió NO en el de arriba a la izquierda, SI en el de arriba a la derecha, NO SE en el de abajo a la izquierda, y en el último: PREGUNTA MAS.

Nikolina iba chequeando cada palabra en un traductor.

—Confirmado —dijo—, es español.

—Esto no sirve —dijo Grigor—. Nosotros somos los que necesitamos hacer las preguntas, así no vamos a averiguar donde está.

Una notificación los alertó de que el ahorro de la batería había llegado al 50%. Nikolina le quitó a Grigor la tablet y movió el kentuki sobre el rectángulo de PREGUNTA MÁS, quizá porque de las cuatro opciones que había «pregunta más» era la más parecida a «decirnos más».

La chica hablaba pero no la entendían.

NO, marcó Nikolina, PREGUNTA MÁS.

La chica maldijo por lo bajo y miró hacia los lados, negando desesperada.

Nikolina fue hasta el labial y lo empujó hacia los pies de la chica.

—¡Dónde estás! —le gritó a la tablet, mientras Grigor, detrás de ella, se retorció en su silla intentando pensar en algo.

En algún momento de la tarde, cuando la batería ya llegaba a 30% y la chica logró calmarse y pensar, había escrito algo en un papel y se lo había mostrado:

«Surumu».

Grigor miró a Nikolina.

—¿Y ahora en qué habla?

Nikolina lo googleó. Descartó algunos resultados y después gritó:

—¡Es un pueblo! Surumu es un estado de Roraima, está en Brasil.

Lo localizó enseguida, estaba a solo unos kilómetros de la frontera con Venezuela. Era un pueblo tan pequeño que ni siquiera tenía entrada en Wikipedia. Nikolina dejó frente a Grigor la foto de la servilleta con el número de la chica y él llamó. Llamó temblando y maldiciendo su suerte en

silencio, preguntándose a sí mismo si habría hecho ese llamado si Nikolina no hubiera estado ahí, presionándolo. Preguntó en inglés si estaba hablando con la madre de Andrea Farbe y la mujer que atendió se quedó unos segundos en silencio antes de empezar a llorar. Nikolina le quitó el teléfono e intentó calmarla. Entendió enseguida que la mujer no comprendía ni una palabra de inglés, y que lloraba porque había escuchado el nombre de su hija. Así que cortaron y llamaron a la comisaría más cercana a Surumu que pudieron encontrar, a 317 kilómetros de ahí. Los pasaron de un interno a otro, los derivaban en cuanto se daban cuenta de que no hablaban español, hasta que alguien finalmente atendió en un inglés rudimentario. Intentaron explicar lo que ocurría, pero cada vez que la policía parecía al fin entender, cortaban la comunicación. Nikolina volvió a llamar, le llevó varios intentos comprender lo que a Grigor le quedó claro en el primero.

Cuando Grigor le sugirió que quizá la policía también estaba implicada, Nikolina llamó a otras comisarías cercanas. O volvían a cortarle, o se negaban a hablar en inglés, o la dejaban interminablemente al teléfono. Grigor pensó que bastaría con fotografiar la imagen de la chica y comunicarse con algún medio de comunicación no oficial para que las cosas realmente empezaran a moverse, aunque se preguntaba si acaso no sería una decisión imprudente. De lo que no se había dado cuenta Grigor —pero dedujo en cuanto Nikolina le planteó una solución parecida— era de que ella había estado grabando los llamados a cada comisaría, tenía ocho grabaciones distintas en el teléfono. Nikolina llamó a varios medios y entregó todo el material.

Unas horas más tarde el teléfono de Grigor sonó y era la policía venezolana. También llamó la policía federal brasileña y la jefatura del departamento policial general de Roraima. En Surumu, la chica había preguntado si habían hecho el llamado. Nikolina indicó «SI» y la chica lloraba en silencio desde entonces. Grigor le enumeró a Nikolina las posibles consecuencias de lo que acababan de hacer y los dos se quedaron un rato en silencio, quizá midiendo para sí mismos hasta dónde estaba cada uno dispuesto a llegar.

—Tenemos que mudar todo —dijo al final Nikolina, y no fue hasta que ella juntó sus cosas personales con las primeras dos cajas de tablets y salió

al pasillo que Grigor entendió a qué se refería.

Mudaron las sesenta y dos tablets que tenían en funcionamiento al pequeño departamento de enfrente. Desarmaron la mesa de Nikolina y la regresaron a la cocina. Sacaron las planillas y las cámaras con sus trípodes. Cargaron cualquier cosa que pudiera incriminarlos. Cuando la policía croata tocó la puerta del departamento de Grigor solo quedaba una tablet, y no era la del kentuki 47. Grigor no confiaba en la policía y había decidido que era mejor conservar la conexión y seguir lo que ocurría en Surumu hasta donde pudieran. Así que sacrificó un kentuki por el que de cualquier modo le habrían pagado muy poco, y lo entregó a la policía en lugar del 47, con el historial eliminado.

Mientras, el verdadero 47 agonizaba en otro continente con su último 10% de batería. Se ocuparon de él en cuanto la policía se fue.

—Hay que regresarlo al cargador.

—No —dijo Nikolina—. No podemos dejar a la chica. No en semejante momento.

—Si nos quedamos acá —dijo Grigor—, no vamos a durar mucho más que un cuarto de hora. Si nos movemos, todavía podría suceder algún milagro.

Nikolina asintió. Acercaron el kentuki a la silla y le dieron unos golpecitos. La chica entendió y la quitó. El perro estaba sentado en medio del pasillo, esperándolos, y volvió a olerlos camino a la cocina. En el sofá, solo quedaba un hombre y dormía. La radio estaba encendida. Nikolina salió de la casa y, esquivando algunos agujeros de cemento y de barro, deteniéndose entre las patas de las cabras y cuidándose de que no la volcaran, fue alejando el kentuki por la vereda de ese pueblo fantasma ya oscuro y nocturno. Era una maravilla verla mover el kentuki, Grigor nunca la había visto trabajar tan de cerca, estaba impresionado. En la otra casa, las cabras seguían afuera y las puertas abiertas, en la misma posición de esa mañana. Cuando al fin Nikolina calzó al kentuki en el cargador, los dos dieron un grito y chocaron las palmas. Se estaban cargando.

Alina se sentó en las escaleras, cerca de las piletas, y se quitó las zapatillas para que el calor de la laja le secase la humedad de los pies. Pensó en Carmen, que decía que los artistas siempre olían mal. Eran tan guapos como los dioses del Olimpo, «guapos y locos» —lo decía de mala manera—, pero olían como el mismísimo infierno, y cada vez que alguno venía por un libro Carmen tenía que ventilar toda la biblioteca. ¿Olería ella tan mal como los artistas después de diez kilómetros de corrida? Estaba sentada en el último escalón de los terraplenes. Del otro lado de las piletas, un kentuki bordeaba la sombra exterior de la sala de exposiciones y se alejaba hacia la galería.

Ahora había kentukis por todas partes. Alina había contado cinco. Unos días atrás, la loca de las instalaciones de corcho se había llevado de la cocina un kentuki topo que no era el suyo, y el ruso, que tenía un topo del mismo color, se había llevado el de ella. Sven se lo contó con lujo de detalles. Ninguno de los dos artistas se había dado cuenta del intercambio. Hasta que el «ser» del topo del ruso, es decir, el ser del kentuki que ahora tenía la loca de los corchos, mandó un mensaje de audio al teléfono de su amo. Era la primera vez que el ruso escuchaba esa voz, no sabía de quién era el mensaje ni en qué idioma le estaban hablando. Lo hizo escuchar en la cena y la pareja de fotógrafos chilenos dijo que sonaba a galés —la madre de ella era galesa, y lo reconoció enseguida—. Así que el ruso se lo reenvió a la chilena y la chilena a su madre, que hizo la traducción grabando el mismo mensaje pero en español, que la chilena hizo el favor de repetir en inglés para todos, intentando mantener la entonación de su madre. El mensaje decía: «¡O me sacas de las manos de esta loca, o me desconecto!». La mujer de los corchos estaba entre los curiosos. Tardó unos segundos en entender que se referían a ella, después, furiosa, agarró a su kentuki —es decir el kentuki del ruso— y lo pisó con todas sus fuerzas. El primer golpe

solo lo acostó sobre el piso —el ruso intentó rescatarlo—, con el segundo golpe, el taco dio directamente en la cámara y hundió la cara del bicho hasta abrir la lata. La apartaron e intentaron tranquilizarla. En la distracción, el otro kentuki desapareció y nadie volvió a verlo. El golpeado había sobrevivido, chillaba, y el ruso se alejó con él en los brazos, calmándolo con lo que a Sven le pareció el arroyo más escalofriante que había oído en su vida. Cosas como esas eran las únicas de las que Sven hablaba esos días. De artistas y kentukis. Alina se limitaba a escuchar.

Subió a su habitación y se duchó. Después, sentada frente al escritorio, se estiró en su silla, se agarró el pelo en un gran rodete y consultó los ahorros de su cuenta bancaria. Quería volverse a Mendoza antes de tiempo, aunque estaba muy justa con el dinero.

—¿Seguro que estás bien? —seguía preguntando su madre en el chat.

Le enviaba caritas con besitos, sandías y gatitos, pegaba fotos de sus sobrinas.

Alina decía que sí y contestaba con calaveritas.

Carmen le había prometido que el día de Muertos sería lo mejor que le pasaría en toda su estadía. No le permitiría irse sin antes ver lo buenos que eran los oaxaqueños celebrando. Ahora tomaban café en el kiosco casi todas las tardes. Alina propuso bajar juntas a Oaxaca la noche del día de Muertos. Sería un buen plan, podrían pasear de bar en bar y quedarse por ahí hasta la madrugada. Por un momento Carmen sonrió. El plan era bueno, pero Alina se olvidaba de que Carmen, además de bibliotecaria, era madre, madre de dos nenes amos de kentukis. Tocaba noche en vela.

—¿Noche en vela?

—Son tonterías de los chicos —dijo Carmen—, lo del boicot de kentukis. Quieren pasar la noche abrazados a sus gatitos para asegurarse de que no les pase nada. Quieren clavar tablas en las ventanas y apagar dentro las luces, como si fuera un bendito ataque zombi.

Carmen terminó su café de un largo sorbo y se quedó mirando el monte.

—Y el padre —dijo—, en vez de calmarlos le compró a cada uno una mochila de emergencia con linternas, bolsas de dormir, pistolas de tinta roja... Ya ves lo que me espera.

Apenas Alina regresó a la habitación, encendió su tablet y googleó «boicot», «kentukis», «día de Muertos». El Coronel estaría a punto de volver de los talleres y tocar la puerta, pero lo que acababa de oír tenía ahora toda su atención. Aparentemente el movimiento había nacido en Las Brisas, un barrio de Acapulco de calles angostas y casas de diseño repletas de palmeras, uno de los veinte barrios del mundo donde, según el *Financial Times*, una de cada cuatro familias tenía al menos un kentuki en su casa. Las encuestas revelaban unas nueve pérdidas semanales que, en un barrio chico como ese y lo suficientemente adinerado como para reponer las bajas de inmediato, empezaba a ser un problema. Los jardines eran demasiado pequeños para andar enterrando bichos y la gente no quería tirarlos a la basura. Cerca, en la zona de Unta Brujas, una madre con dos hijos desconsolados había cavado en una esquina arbolada —que era lo más parecido a un espacio público que podía encontrarse en kilómetros a la distancia— una suerte de tumba, donde habían velado dos kentukis panda. Unos días después, más tumbas aparecieron alrededor de la primera. El espacio no podía alojar muchos más cuerpos, y aun así pronto se vio en Las Brisas más tumbas por acá y por allá, en las pocas plazoletas públicas que había y, extendiéndose ya a otros barrios, en el largo bulevar de la avenida Miguel Alemán.

La junta municipal ordenó al departamento de arbolados que levantaran las tumbas y repararan el daño público. Una pareja de ancianos se había plantado al día siguiente frente a la municipalidad a reclamar el cuerpo de su kentuki. En las redes la gente estaba indignada, pero nadie volvió a enterrar bichos por ahí. Un sociólogo rockstar de la televisión llamó a un entierro masivo en cada estado de México la noche del día de Muertos. Su hermano —reggaetonero antiimperialista, abanderado del partido político que le mordía los talones al oficialismo— había terminado su último recital con una contrapropuesta inquietante, gritando al micrófono: «¡No entierren a los muertos, entierren a los vivos!», lo que había generado una confusa discusión en los medios. Al final, previsiblemente, los ánimos se habían calmado y el revolucionario boicot se había ido perdiendo entre noticias políticas mucho más alarmantes. Solo en las redes más jóvenes la inquietud quedó latente, compensándose enseguida las angustias con un pico de

ventas de toda clase de accesorios relacionados con la supervivencia para chicos de entre ocho a quince años.

Cuando el Coronel Sanders dio sus golpes en la puerta, Alina guardó en sus favoritos lo que había leído y se levantó para abrir. Giró la llave y lo dejó entrar, se veía raro sin sus alitas. Tenía un cascote de tierra trabado en una de sus ruedas, que giraba con dificultad. Alina no dijo nada y lo dejó alejarse hacia el cargador. La base seguía junto a la cama pero, desde hacía unos días, Sven la había movido al lado de él. Lo había hecho mientras ella dormía. Alina se sacó sus sandalias y se tiró en la cama. Hacía una semana que, antes de apoyar su cabeza en la almohada, la levantaba para asegurarse de que Sven no hubiera dejado nada debajo. Extrañaba sus manos grandes y cuadradas, y cada vez se le ocurría que quizá, por qué no, él también podría haberle dejado algo. Sus cáscaras o cualquier otro tipo de señal, quizá algo tan minúsculo que ella era incapaz de detectarlo. Después se acostaba y se quedaba mirando el techo.

¿Qué era lo que había estado esperando, tantos días y semanas cruzada de brazos sobre la cama matrimonial de esa residencia artística? ¿Algo inédito en Sven? ¿Algo inédito en ella? Y los kentukis... Eso era lo que más la enfurecía. ¿De qué se trataba esa estúpida idea de los kentukis? ¿Qué hacía toda esa gente circulando por pisos de casas ajenas, mirando cómo la otra mitad de la humanidad se cepillaba los dientes? ¿Por qué esta historia no se trataba de otra cosa? ¿Por qué nadie confabulaba con los kentukis tramas realmente brutales? ¿Por qué nadie metía un kentuki cargado de explosivos en una desbordada estación central y hacía volar todo en pedazos? ¿Por qué ningún usuario de kentuki chantajeaba a un operador aéreo y lo obligaba a inmolar cinco aviones en Frankfurt a cambio de la vida de su hija? ¿Por qué ni un solo usuario de los miles que circularían en ese momento sobre papeles realmente importantes tomaba nota de un dato de peso y quebraba la bolsa de Wall Street, o se metía en el software de algún circuito y hacía caer, a una misma hora, todos los ascensores de una decena de rascacielos? ¿Por qué ni una sola mísera mañana amanecían muertos un millón de consumidores por una sola decena de litros de litio volcados en una fábrica brasileña de lácteos? ¿Por qué las historias eran tan pequeñas, tan minuciosamente íntimas, mezquinas y previsibles? Tan

desesperadamente humanas. Ni siquiera el boicot del día de Muertos resultaría. Ni Sven cambiaría por ella sus monocopias. Ni ella cambiaría por nadie sus estados de *fragmentación* existencial. Todo se diluía.

Compraría sus vuelos de regreso para los primeros días de noviembre, concluyó Alina. Así, asistiría sin pena ni gloria a la bendita exposición de Sven sobre la que tanto se estaba hablando en los pasillos y, uno o dos días después, se subiría a un avión y se escondería en su querida Mendoza para siempre. Al kentuki se lo llevaría con ella. Durante el vuelo, pensó, lo pondría en los compartimentos superiores de la cabina, pero nunca lo bajaría del avión. Que otras tetas que no fueran las suyas quedaran azarosamente destinadas al Coronel.

Había mucho que contar. En el colegio daba un parte a sus amigos cada primer recreo del día y cada vez había más chicos que también querían escuchar. Cuatro compañeros del grado eran amos y muchos más eran kentukis, algunos iban por su segunda y hasta tercera vida. Pero ninguno vivía en tierras vikingas y, menos aún, ninguno circulaba «liberado» con un mapa lleno de bases de carga. La situación de Marvin era la mejor que le podía tocar a alguien en una vida de kentuki. Restringido al horario de entre las once de la noche y las dos de la mañana se cruzaba con poca gente y muchos eran borrachos —lo cual no dejaba de ser divertido—. Además, si se tenía la altura de un kentuki, se podía ver en el pueblo cosas que nadie más veía. El Club de Liberación estaba en todos lados: había pequeños grafitis en los cordones y al pie de las paredes de las casas. Flechas que te indicaban dónde había techo por si llovía, decenas de hogares dispuestos a ofrecer pequeñas reparaciones y bases de carga.

El día anterior, en la base de un banco de plaza, leyó:

«¡Lo mejor para ti, SnowDragon! ¡Escríbenos!».

Pensó en Kitty03, y en cuánto le habría pagado a Jesper para pintar esa frase en el frente del espigón. Era tonto estar ahí, solo en medio de la noche, teniendo tantos amigos del otro lado del pueblo, que esperaban saber algo de él. Llegar a la nieve estaba tomándole mucho más tiempo del que había calculado, y aun así, no regresaría hasta no haberla tocado. Abrió el mapa y estudió un rato algunas alternativas.

Fue en esa distracción que lo levantaron del piso. Estaba en una esquina oscura en la que no había visto a nadie, y ahora dos chicos lo zarandeaban. ¿De dónde habían salido? Parecían hermanos y tendrían su edad, quizá un poco menos. Traían gomeras. Lo había levantado el menor, el mayor se lo quitó de las manos y tiraba de las ruedas como si quisiera arrancárselas. El dragón cayó al piso y rodó, volvieron a levantarlo. Gritaban y peleaban por

él, la cámara se sacudía tanto que apenas se alcanzaba a entender lo que ocurría. En un forcejeo vio en el suelo parte del arnés con el que Jesper le había sostenido la segunda batería. Marvin se asustó. Volvieron a tirarlo y a levantarlo. El más chico gritaba cuando intentaba sacárselo al hermano. Marvin accionó la alarma, no lo pensó dos veces. ¿Cuánto tardaría Jesper en llegar? Recordó que la alarma, además de activar el localizador, debería haber dejado a todo el mundo sordo, pero nada sonaba. El dragón volvió a caer y a rodar. Marvin seguía accionando la alarma. No funcionaba. Chocó contra el cordón y milagrosamente pudo ponerse otra vez sobre sus ruedas. Trató de alejarse. Un perro corrió hacia él y le ladró mostrándole los dientes. Los chicos volvieron a levantarlo por detrás. Junto al perro había un hombre, ya estaba en manos de él. Los chicos se gritaron, molestos, y el hombre los retó, los empujó hasta una camioneta y les abrió la puerta de la cabina. Subieron tirándose del pelo. El hombre dejó al kentuki detrás, en la caja trasera de la camioneta. Marvin se movió en cuanto lo soltaron, en realidad no había adónde ir. La chapa de la caja estaba oxidada, no tenía ningún tipo de pared ni de reja a los lados, solo una canaleta marcaba apenas los bordes. Al centro se apilaban algunos cajones de manzanas, atados con sogas a la cabina. El hombre hurgaba para abrir el plástico que cerraba el primer cajón, tomó tres manzanas y se alejó. Subió a la camioneta y la sacudió con un portazo. El motor se encendió y la imagen tembló en la pantalla de Marvin que, intentando agarrarse de algún lado, terminó pegándose a los cajones. El pueblo se movía, pasaban las casas y los negocios, se alejaban por la Honningsvåg en dirección contraria a la nieve. Doblaron y Marvin tuvo que hacer un gran esfuerzo para no perder el equilibrio. Pensó en dejarse caer, pero el paisaje pasaba demasiado rápido, y no estaba seguro de sobrevivir a semejante caída. Pronto el pueblo quedó atrás y salieron a la ruta, subieron una cuesta alejándose del mar.

Creía que, si no iban mucho más lejos y prestaba suficiente atención, todavía sería posible intuir cómo regresar. Pronto ya no quedaba ningún vestigio del pueblo. La ruta volvió a bajar y un lago se abrió detrás de la pendiente. Un muelle y dos chozas humildes pasaron a toda velocidad. Detrás del lago, trepando la ladera, vio la nieve. Estaba lejos, pero iban

hacia ella. Anduvieron recto un buen rato. Era más blanca de lo que nunca hubiera imaginado.

—¡Marvin! —Desde el comedor le llegó la voz de su padre llamándolo a comer.

La camioneta dejó la ruta y tomó un camino de tierra, los saltos de la cámara no le permitían ver con claridad. Temía que un salto demasiado brusco le tirara encima un cajón de manzanas, pero no había nada que Marvin pudiera hacer. Un golpe fuerte hizo saltar al kentuki. Marvin pensó que se caería de la camioneta. Golpeó contra la chapa con sus ruedas y pudo moverse rápido hacia el centro de la caja. Se pegó lo más posible a los cajones. En su tablet la imagen era cada vez más oscura. Ahora apenas veía las luces rojas de la camioneta brillar sobre el asfalto en movimiento, y lejos, casi en el cielo, la nieve iluminada por la luna.

Su padre volvió a llamarlo, desde la escalera.

La camioneta aceleró, iban demasiado rápido. Hubo un nuevo salto, uno que al fin lo hizo perder el equilibrio. Rodó hacia el fondo, golpeó contra la chapa de la cabina y volvió a rodar hacia delante. Tomaron otra salida, era empinada y algunas manzanas golpearon contra la cámara. Todo seguía sacudiéndose. Era imposible ponerse de pie, era imposible frenarse con nada. Rodó hacia uno de los bordes, la canaleta de la chapa lo sostuvo un momento, pero un último golpe lo hizo saltar otra vez.

Cayó. Sintió el vacío bajo sus ruedas, el golpe contra el asfalto, el chillido de sus gomas y sus plásticos y sus chapas rodar a toda velocidad cuesta abajo.

La voz de su padre gritó su nombre desde el otro lado de la puerta, y Marvin tuvo que hacer un esfuerzo para no largarse a llorar. Rodaba, seguía rodando hacia el lago cuando pensó en su madre y en la nieve. Parecía que ya nada iba a alcanzarle, menos si Dios insistía en seguir sacándole las cosas que más le importaban. Rodaba y su padre abrió la puerta. Marvin apartó la tablet y la dejó sobre los libros, apretó tanto sus dientes que le pareció que no podría mover ninguna otra parte del cuerpo. El ruido de la caída seguía oyéndose, metálico en la habitación. ¿Qué haría si su padre le preguntaba qué estaba pasando? ¿Cómo le explicaría que en realidad estaba golpeado, que estaba roto, y que seguía rodando, sin ningún control, hacia

abajo? Hizo un esfuerzo y logró respirar. ¿Podría su padre escucharlo caer? ¿Entendía que el ruido de la tablet eran sus propios golpes contra el ripio? Miró a su padre que, con un gesto de la cabeza, le indicó que saliera. Marvin bajó de la silla. Cuando pasó junto a su padre vio el cuaderno de notas del colegio colgando de su mano. Era como si Marvin no sintiera el piso, caminaba en el aire. Llegó hasta las escaleras y, antes de bajarlas, se detuvo. La casa entera se sentía demasiado liviana, irreal. Tardó en reconocer el silencio, en aceptar que llegaba desde la tablet.

—Baja —le dijo su padre.

Quería decirle que no era posible, que se sentía enfermo y mareado, y que no podía bajar más de lo que ya había bajado. Lo oyó cerrar la puerta del estudio, y después el ruido de la llave y sus pasos que se acercaban. Marvin tuvo que sostenerse del mármol de la baranda. Por un momento, el frío le dolió en la punta de los dedos. Pensó en su madre. Fueron solo unos segundos, el calor de Antigua lo sacó enseguida de su ensueño.

—Baja —volvió a oír.

La mano del padre lo empujaba ahora por la espalda. Escalón tras escalón, cada vez un poco más abajo.

Al mediodía dos repartidores distintos se llevaron cinco pedidos atrasados. El plan B había llegado a un punto en el que, incluso con la ayuda de Nikolina y habiendo casi cuadruplicado sus precios, ya se vendían más unidades de las que eran capaces de reponer. Pero Grigor conocía muy bien los ciclos de esos negocios. Los precios estaban bajando y las ofertas de último momento se multiplicaban cada día. Las reventas siempre eran lo último en caer, pronto empezaría a sentirse el declive.

La locura de Surumu había internado a Nikolina en el cuarto de Grigor por dos noches y tres días. Atentos a las noticias y al teléfono, que a veces volvía a sonar, desatendieron gran parte de los kentukis y ahora tenían mucho trabajo atrasado. Dormían por turnos y se alimentaban básicamente de galletas y yogures que su padre seguía llevándoles a horario, ajeno a todo lo que estaba ocurriendo.

Lo más angustiante era el limbo en el que había quedado el kentuki de Surumu. Cuando las cinco horas de carga se cumplieron, Nikolina encendió el kentuki y comprobó con alivio que las puertas de la casa seguían abiertas. En Zagreb, sacudió a Grigor que dormía en el piso, a sus pies, y juntos volvieron a salir a la vereda para evaluar el entorno. El pueblo se veía tan vacío como el día anterior. Estaban cruzando la segunda cuadra y entonces alguien los levantó. Vieron el cielo, todavía gris y cargado. Vieron — Nikolina estaba convencida— dos patrulleros sobre la vereda de enfrente, con las luces del techo encendidas. Después solo había oscuridad, como si los hubieran metido en una bolsa, o les hubieran vendado la cámara. Las ruedas no parecían apoyarse en ningún sitio.

—Estamos en el aire —dijo Grigor—. Mejor ahorremos energía.

Por los ruidos dedujeron que acababan de entrar a un camión, o a algún tipo de acoplado. Aunque estaban sobre el piso, no había sitio adonde moverse. Quizá los habían metido en una caja. Nikolina detuvo todas las

acciones del controlador y dejó la tablet sobre la mesa en modo de descanso.

Desde entonces, abrían de rato en rato los ojos del kentuki para chequear lo que ocurría y siempre volvían a encontrarse con esa negrura desoladora. Nadie hablaba, no se oía nada. Así que se pusieron a trabajar con las conexiones atrasadas.

Cada uno se ocupó de sus tablets. Intentaban distraerse pero en el fondo toda su atención estaba puesta en esa conexión suspendida. Trabajaron, dormitaron de a turnos en la cama y siguieron trabajando. Pasadas unas quince horas desde lo que Nikolina llamaba «el secuestro», despertó al kentuki y, aunque seguían dentro de alguna tela oscura, se oían voces y puertas, se veían algunos haces de luz, como si ya estuvieran moviéndose en un lugar abierto. Grigor se acercó enseguida. Negó, desconcertado.

Qué cuernos estaba pasando, pensó.

—¿Lo hago chillar? —preguntó Nikolina.

—Esperemos, esperemos hasta ver algo.

—Al menos nos pusieron otra vez sobre el cargador.

Pasaron casi un día más a oscuras. Nikolina encendía el kentuki cada vez más esporádicamente, hasta que el quinto día, cuando se conectaron, descubrieron que la situación era completamente distinta.

Estaban en un comedor amplio, pero la casa era humilde. Las paredes se veían viejas y sin pintar, dos mesas de plástico a un lado y un biombo dividiendo el resto del ambiente. Tres grandes ventanas se abrían sin cerramientos a una galería externa y, detrás, la selva. Estaban en alguna zona tropical. Tres nenes jugaban en el piso y miraban al kentuki con curiosidad, quizá porque al fin lo veían moverse. Uno se levantó y salió corriendo hacia un cuarto de la izquierda, del que regresó seguido por dos mujeres.

—¡Es ella! —gritó Nikolina.

Una de ellas era la chica, que al verlos los saludó emocionada. La mujer que estaba detrás parecía la madre y miraba curiosa, secándose las manos en el delantal. Se acercaron. La chica tenía una tiza y dibujó el suelo frente al kentuki, reproduciendo la rudimentaria cruz con la que ya habían intentado comunicarse. Madre e hija miraron a cámara y les hablaron

alegres, interrumpiéndose entre ellas. Parecían estar agradeciendo, aunque ni Grigor ni Nikolina podían deducir palabra alguna, y otra vez, la cruz de la chica solo servía para contestar. No se les ocurría cómo decirles que no estaban entendiendo nada.

—Parecen muy buena gente. —También Nikolina se mostraba emocionada.

Grigor le hizo una caricia suave en el hombro y ella lo miró con sorpresa. Estuvieron un rato con el kentuki, interactuando como podían con la chica y la madre. Los nenes curiosos detrás. Después la madre se despidió y se alejó. Nikolina buscó el número de la madre y volvió a llamar, pensaba que podría sugerirle a la chica algún otro método de comunicación. El teléfono sonó en la casa y la chica fue a atender. Grigor hubiera preferido no seguir involucrándose pero ya era tarde, habían atendido.

—Somos nosotros —dijo Nikolina—, ¿estás bien?

Enseguida lo repitió en inglés y luego en un francés bastante rudimentario que Grigor nunca le había oído. Era claro que la chica tampoco la entendía. ¿Qué tipo de comunidad era esa en la que cualquiera parecía estar al tanto de lo que era un kentuki pero nadie hablaba ni una palabra de inglés? A Grigor le pareció que la chica ni siquiera había logrado relacionar el kentuki con la llamada que acababa de recibir. Cortó y dijo algo a los nenes, que se rieron.

Entonces Nikolina soltó la tablet. Parecía desilusionada, pero también parecía alguien que acababa de sacarse un gran peso de encima.

—Ahora sí, necesito una buena ducha —dijo. Se desperezó, estirando sus brazos de pulpo hacia arriba. Se levantó y fue hacia la puerta—. Gracias —le dijo desde el umbral de la habitación, antes de salir, y le sonrió.

Grigor le devolvió la sonrisa. Aunque se sintió un poco sonso cuando la chica se fue y el gesto se le quedó dibujado en la cara. Solo en su habitación, pensó un rato en esos brazos largos y flexibles, en las vértebras de alien cubiertas de piel aterciopelada. Quizá, después de todo lo que había pasado con la conexión 47, no había perdido tanto. Agarró la tablet, se sentó en la cama y maniobró al kentuki un rato por la casa de la chica, evaluando las condiciones socioeconómicas del entorno. Si tenía suerte, a pesar de lo que había pasado, también podría vender ese kentuki. Era un

sitio humilde, casi al límite de lo aceptable, pero el paisaje era agradable y la familia se veía pintoresca, siempre habría europeos de clase alta dispuestos a circular sus instintos filantrópicos por países demasiado incómodos para ser visitados al estilo tradicional. La chica y la madre parecían buena gente, había que decirlo, y los nenes obedientes: lo seguían con curiosidad, no se acercaban ni atinaban a tocarlo. La chica se alejó y Grigor la siguió. Entraron a la cocina, también amplia y también sin terminar. Dos hombres conversaban en la mesa mientras la madre lavaba en la pileta. Intercambiaron entre ellas algunos comentarios, se las veía felices, desinteresadas de la conversación que mantenían los hombres. Cuando Grigor se acercó a ellos creyó darse cuenta de por qué: hablaban en inglés. El más grande —seguramente el padre—, manejaba un inglés rudimentario.

—Yo... No dinero, nada de dinero. Ya gastado.

El otro hombre era más joven. Tenía la tez blanca y fumaba. Su pronunciación era casi perfecta.

—Su chiquita regresó, hombre. ¿No lo entiende? Si la chica regresa a su casa, el dinero regresa a la billetera del Don.

La chica se acercó con dos platos y dejó uno frente a cada hombre. El joven la tomó de la muñeca y le besó el brazo mirando al padre. Después, sin soltarla, dijo:

—No están preguntádoselo.

Ella no parecía tener la menor idea de lo que estaban hablando, pero su sonrisa desapareció de pronto, como si hubiera sido asaltada por un descubrimiento todavía incomprensible.

Grigor se imaginó a sí mismo tan invisible como su kentuki pegado a las alacenas y se quedó así un momento, escuchando cómo la madre llamaba alegremente a la chica. Pensó en Nikolina, y en si sería capaz de decirle adónde habían devuelto realmente a la chica. Pensó en su propio padre, en sus yogures, y en el dinero que gracias al plan B al fin había logrado juntar. Y entonces lo entendió: no quería seguir viendo a desconocidos comer y roncar, no quería volver a ver ni un solo pollito gritando de terror mientras el resto lo desplumaba de los nervios, no quería mover a nadie más de un infierno a otro. No iba a esperar a que las benditas regulaciones internacionales llegaran para sacarlo del negocio, ya habían

tardado demasiado. Iba a salirse solo. Vendería los dispositivos que le quedaban y se dedicaría a otra cosa. Accedió a la configuración general y, sin molestarse siquiera en sacar antes al kentuki de esa casa, cortó la conexión.

Había soñado con Klaus. Se había movido en la cama, entre las sábanas, y lo había sentido abrazarla en la oscuridad. Y después algo peor. Algo caliente y espumoso, y la rigidez del gran sexo alemán entre sus piernas terminó de despertarla. Estaba tan alarmada que tuvo que sentarse un momento y encender el velador. Entonces vio a su conejita. Estaba en el medio de la habitación, los ojitos abiertos mirándola con dulzura. ¿La habría visto soñar? ¿Habría visto más de lo que debía? Llevaban casi una semana de convivencia, una semana tan armónica y amorosa que a Emilia hasta le habría avergonzado confesarlo. A Gloria sí, a Gloria le contaba porque era su gran amiga en esa aventura y tenían la confianza. A su hijo, en cambio, no le había dicho nada. Estaba demasiado fascinado con la mujer de las botas negras, demasiado ocupado últimamente para contestarle a su madre con un mínimo de interés, y cuando hablaban de kentukis tenía mucho más para decir que para escuchar.

Lo que le preocupaba a Emilia era lo poco que el chico cuidaba su intimidad: le indignaba que incluso ella, de otra generación y con toda una vida alejada de las tecnologías, fuera tanto más consciente de la exposición y el riesgo que implicaba la relación con esos bichitos. Lo veía cada día por TV Noticias. Invitaban a especialistas que, como el estado del tiempo, listaban en el programa de las diez de la noche nuevos consejos y precauciones. Emilia creía que era una cuestión de sentido común, y de saber medirse. Se necesitaba experiencia de vida y un poco de intuición. Pero valía la pena arriesgarse, al fin y al cabo había animalitos como el suyo, como el que ella era en Erfurt. Seres con buenas intenciones que no pretendían más que compartir tiempo con otros.

Así había sido con Eva, al principio. Después Klaus había generado sus asperezas, y ahora los días volvían a discurrir con tranquilidad. Aunque el alemán seguía llamando. Las primeras veces, Emilia veía su número brillar

en la pantalla y temblaba. Iba y venía por la casa con el teléfono sin saber qué hacer. Al final siempre atendía. El alemán le hablaba en un inglés cerrado e inentendible, gran parte se le escapaba, y sin embargo, al tercer o cuarto llamado, empezó a familiarizarse con esa voz grave y se dio cuenta de que descifrar lo que le decía tampoco era tan importante. Sospechaba, con toda la apertura mental de la que había resultado capaz en esos últimos meses, que quizá había algo más en la lascivia y la agresividad de esos llamados. Se dijo a sí misma que era necesario hacer el esfuerzo de escucharlo, era una oportunidad para deducir más detalles de la realidad de la chica. Lo hacía por Eva, es decir por las dos. Escuchaba la voz del alemán y cerraba los ojos, intentando entender. Quizá en el fondo el hombre también estaba pidiendo atención, quizá el llamado era una forma de descarga de una vida dura y opresiva que Emilia no podía sospechar. A veces el tono de Klaus parecía ser de pregunta, seguido de un silencio, y entonces Emilia decía alguna tontería en español, sobre el clima o sobre las noticias del día, hasta que Klaus la interrumpía y volvía a hablar. El que cortaba era siempre él. Emilia, por supuesto, aguantaba firme hasta el final.

Hizo a un lado las sábanas, se puso su deshabillé y se levantó. La conejita la siguió hasta la cocina y pusieron agua para el té. No había pasado una semana y ya tenían su rutina. Al principio, Emilia intentó no entregarse a los encantos de ese animalito. Creía que verse tan genuinamente representada, ser en Erfurt algo tan parecido a lo que se movía el día entero a sus pies, podía parecer engañoso, podía hacerla confiar más de lo que debía. Pero era notable el respeto que sentía de parte del kentuki. Es que no eran parecidas por la tonta apariencia de ser dos conejitas del mismo pelaje y color, o por una hebilla puesta entre sus orejitas al mismo estilo. Era como verse a sí misma a cada rato, parecían almas gemelas en casi todo lo que podían serlo, y a veces hasta le dolía dejarla encerrada para salir a comprar en la esquina.

—Eres la única persona que conozco que es «amo» y «ser» al mismo tiempo —le había dicho Gloria.

Hablaban de kentukis a escondidas, en las duchas de natación, mientras Inés hacía sus últimos largos.

—Eso te dará una mirada especial, ¿no?

Era posible, sí, se daba cuenta. A veces inspeccionaba el piso de Erfurt buscando a Eva mientras oía a su propia conejita moverse a sus espaldas como un eco diferido de ella misma. Y para su conejita tenía que ser tranquilizador ver a tu amo «ser» kentuki. Tenía que ponerte a pensar en todas las vetas de comprensión y solidaridad que implicaba semejante ejercicio. Pero ¿en que se había convertido? ¿En un monje zen de las complejidades bifacéticas de los kentukis? Era alguien que estaba aprendiendo mucho, eso no se podía negar.

—Es que entienden todo, ¿se da cuenta? —le dijo al señor del supermercado más tarde, reprimiéndolo.

Ella estaba pagando en la caja y vio que el hombre tenía al kentuki sobre el mostrador, caminando sobre tickets y facturas. No le pareció inteligente darle tanta libertad, y Emilia empezaba a sospechar que, si había abusos de algunos kentukis, era por negligencia de sus amos. Y viceversa. Los límites eran en realidad los fundamentos de estas relaciones. Al fin y al cabo, así había actuado ella con su hijo, y no le había salido nada mal.

De regreso del súper guardó las cosas en la heladera y se preparó algo para almorzar. Ahí estaba la imagen que había impreso de ella y Eva en Erfurt, la veía cada vez que abría y cerraba esa puerta. Había impreso otras fotos también, ya que estaba, tomadas de su pantalla con su propio teléfono, y las había pegado por acá y por allá, y hasta había una en un portarretratos muy bonito, regalo de su hijo. También había impreso algunas de Klaus. Le gustaban las del alemán cocinando en calzoncillos. Por ahora —salvo las dos del espejo del baño— esas estaban en la mesita de luz. Y había una muy graciosa con la que Emilia quería hacerle a Gloria una tarjeta. En el fondo, tenía que admitirlo, le daban ganas de que su amiga viera qué tipo de hombre era el que la llamaba algunas tardes.

Almorzó viendo el noticiero y después limpió la cocina. Aprovechaba esas horas para las cuestiones hogareñas porque era un rato en el que la conejita solía dormir. La dejaba sobre su cargador, como Eva hacía con ella. Cuando la levantaba, chequeaba siempre con angustia que la discreta lucecita entre las ruedas traseras estuviera encendida. Gloria le había explicado que era la única manera de asegurarse de que, aunque el animalito estuviera dormido, la conexión seguía establecida.

A las dos de la tarde, bien puntuales, ya estaban ambas frente a la computadora, despertándose en Erfurt. A veces la conejita le pedía subir y Emilia la dejaba frente a la pantalla. Debía de ser fascinante para el animalito verse a sí mismo en otro lugar, verse comandado por tu ama.

—Es Erfurt, Alemania. —De a poquito Emilia le pasaba cierta información.

La conejita ronroneaba, le tocaba los brazos, la miraba a los ojos y parpadeaba. Le gustaba Erfurt y, claramente, no le gustaba Klaus. La última vez que él había llamado, el kentuki se había quedado un rato mirando el número iluminar la pantalla del teléfono, inmóvil como si llamara el mismísimo diablo. Quizá notaba la tensión de su ama. Quizá llegaba a entender algo de lo que Klaus le decía al oído y no le gustaba.

—No es nada malo, chiquita —le dijo Emilia después de cortar—. No te preocupes.

En la pantalla de Erfurt, Klaus había dejado el teléfono sobre la mesa de la cocina y se preparaba un sándwich. Iba de acá para allá en calzoncillos, abriendo la heladera, partiendo algunos huevos sobre la sartén, casi sin soltar su cerveza. Emilia se preguntó si, cuando estaban en la cama, le diría a Eva las mismas palabras que a ella, y el pudor la obligó a mirar de reojo a su conejita. Entonces sonó el teléfono de Klaus, en Erfurt. Klaus bajó el fuego y atendió. A Emilia le gustaba su alemán mucho más que su inglés, aunque no lo comprendiera en absoluto y su tono fuera tan distinto al que usaba con ella. Klaus escuchaba, serio. Fue hasta la ventana con la cabeza inclinada sobre el teléfono, parecía poner mucha atención en lo que le decían. Emilia no tenía la menor idea de qué se trataba, pero él estaba inusualmente atento, era una llamada extraña. Klaus la miró. Miró a Emilia de un modo que la alarmó, como esa primera vez antes de correrla como a una gallina. Klaus se acercó, asintiendo en el teléfono. Eva abrió la puerta del departamento y entró. Venía de yoga, con su colchoneta y el bolso al hombro. Klaus tapó el micrófono del teléfono y le explicó algo, y Eva también la miró, sin soltar las cosas, como si acabaran de darle una noticia que todavía necesitaba entender. Los dos la miraban y Emilia los miraba en la pantalla. No lograba deducir qué era lo que estaba pasando. Klaus retomó el teléfono y asintió. Tomó nota en un papel, y dijo unas palabras más antes

de cortar. Se acercó a Eva mostrándole la pantalla, cruzándola con el dedo como si estuviera mostrándole distintas imágenes. Eva miraba. Su boca tenía una mueca extraña, después se le escapó una sonrisa, fue un gesto breve y perverso que Emilia nunca antes le había visto. Dejó caer su bolso y la colchoneta de yoga y se sentó. Miró al kentuki en el piso, que se acercó hasta sus pies, porque Emilia quería verla de cerca, tan desesperada estaba por entender. Eva se agachó junto a ella. Se sentó en el piso con las piernas cruzadas y el teléfono en la mano, y marcó.

En la casa de Emilia sonó el teléfono. Estaban pasando demasiadas cosas como para atender. El aparato tembló sobre el escritorio hasta que la conejita lo empujó y lo dejó pegado a su mano. Era el número de Klaus. Cuando Emilia atendió, Eva la miró y sonrió. Le habló en alemán, pero el traductor seguía funcionando en la pantalla.

«*Hola*».

En el teléfono su voz se oyó más dura y adulta.

«*Su conejita acaba de mandarme fotos de usted charlando por teléfono con mi novio*».

La trataba de usted.

«*Fotos de su casa repleta de fotos nuestras. También fotos de usted. Me parece que su conejita puritana está hecha una furia*».

Emilia quería entender, pero no entendía.

«*Su conejita parece muy desilusionada con su ama. Y yo quiero decirle algo...*». La voz de Eva se oyó más grave y lenta, tan sensual que a Emilia se le erizaron los pelos de la nuca. «*Emilia... —sabía su nombre—, me gusta mucho, mucho, su ropa interior de vieja*».

¿La habrían visto con su bombacha beige? ¿La que le llega hasta debajo de los pechos?

«*Mucho —dijo Eva mirando a Klaus—, nos gusta a los dos*».

Emilia dio un salto en la silla y volcó el té que había a un lado. Estaba de pie sin saber qué hacer, con su corazón latiendo peligrosamente rápido. Se dio cuenta de que todavía sostenía el teléfono en su oído.

—Señorita... —intentó decir, y su voz débil y carrasposa le recordó lo vieja que estaba.

No sabía cómo continuar. Cortó. En Erfurt Eva miró el teléfono y le dijo algo a Klaus, que se rio a carcajadas, tomó a Eva de un brazo, la levantó de un tirón y empezó a quitarle los pantalones de yoga. Emilia apagó la pantalla, furiosa. Después la volvió a prender y Eva estaba bajándole a Klaus los calzoncillos. ¿Cómo se desconectaba esa pesadilla? Tanteó el controlador y encontró el botón rojo que tantas otras veces había pasado por alto.

«¿Desea anular su conexión?».

Emilia aceptó y dejó sus manos aferradas al respaldo de mimbre. Apretó el tejido hasta hacerlo sonar, marcándolo irremediabilmente. Un cartel rojo saltó en la pantalla: «Conexión finalizada». Era la primera vez que Emilia veía algo tan grande y rojo en su computadora y su cuerpo no parecía capaz de responder a ningún nuevo estímulo. Se quedó inmóvil, agotada de tanto espanto y maltrato. El kentuki la miraba desde la otra punta del escritorio, parecía juzgarla con una reprobación que Emilia ya no estaba dispuesta a soportar. Tuvo un repentino recuerdo de Klaus: él le había enseñado cómo se mataban las gallinas en la vida moderna. Emilia levantó al conejo, lo llevó a la cocina y lo metió en la piletta. Cuando lo soltó para abrir la canilla el kentuki intentó zafarse, pero ella lo tomó fuerte de las orejas y, con todo el rencor y la frustración de las que era capaz, lo metió debajo del chorro de agua. El conejo gritó y pataleó, y Emilia se preguntó qué pensaría su hijo si pudiera espiarla en ese momento, qué tan avergonzado se sentiría de ella si viera sus manos agarrotadas sosteniendo al conejo debajo del agua, tapándole los ojitos y hundiéndolo contra el desagüe con todas sus fuerzas, ahogándolo hasta que la pequeña luz verde de la base dejara de titilar.

Hacía casi dos semanas que no veía a Luca. En algún punto de las reuniones con la psicóloga, las discusiones con su mujer y la intervención de una asistente social, Enzo había empezado a lidiar con la idea de perder la tenencia de su hijo. Se avergonzaba al recordar que, solo dos años atrás, un juez había concluido que su mujer no era lo suficientemente estable como para hacerse cargo del chico, y lo aterraba la idea de que el mismo juez pensara que ahora él se había convertido en una opción todavía peor. Sabía que la psicóloga había hablado horas y horas con Luca, y suponía que, mejor formada e informada que su exmujer sobre todas las perversiones del mundo, debió de habérselas enumerado de punta a punta, aceitando detalles si creía que algo no estaba bien entendido, o dibujando sobre papel lo innumerable si las respuestas del chico eran ambiguas. Pero Enzo ya no podía protegerlo y había sido su culpa. Se lo contarían y preguntarían todo, y el chico tendría que aprender a vivir con eso.

La «evaluación de los daños» llevó tres sesiones en una misma semana y una visita a la comisaría a la que fueron los cuatro: un padre, dos locas y un chico; o tres adultos y un chico; o un chico que nunca debió haber ido a una comisaría y que se merecía a alguien mejor que cualquiera de esos tres adultos. Luca lo soportó en silencio. La denuncia contra el kentuki que las mujeres exigieron levantar, y la imposibilidad legal de semejante denuncia que el oficial a cargo intentó explicar una y otra vez. Enzo tuvo que firmar un contrato de común acuerdo donde se comprometía a desconectar el kentuki, aseguraba que se mudaría inmediatamente de domicilio y aceptaba que a partir de entonces la madre tenía derecho a visitarlos sin previo aviso para corroborar que no hubiera nada raro y que Luca estuviera bien.

Ahora que todo estaba firmado Enzo podía volver a ver a Luca, así que cuando tocó la bocina, cuando la puerta de la casa de su exmujer se abrió y Luca salió disparado hacia él, verlo le pareció una suerte de milagro.

—¿Cómo estas, campeón? —Luca no le contestó. Cerró la puerta del coche y revoleó su mochila al asiento trasero—. Pues me alegro —dijo Enzo—, y la nueva casa va a encantarte.

Había hecho pintar el cuarto del chico de negro, como tanto lo había pedido unos años atrás.

—Podés escribir las paredes con tiza —le explicó, y el chico dijo que ya no tenía cinco años.

Aunque la casa era pequeña y no había jardín, estaban a siete cuadras del centro y Luca podría ir al colegio caminando. Eso al chico le gustó; Enzo llegó a ver su breve sonrisa.

Esa primera semana el departamento nuevo olía extraño y era difícil encontrar las cosas, pero estaban juntos, y eso era todo por lo que había estado luchando. La inmobiliaria del barrio le había encontrado inquilinos para la casa que habían dejado. La ocuparían el primero del siguiente mes, así que, si Enzo quería rescatar algo de los trastos que habían quedado en el vivero, tenía que hacerlo en esos días.

—También tiene que dejarnos su llave —le dijo el hombre de la inmobiliaria—, siempre se me olvida reclamárselo.

Enzo se despertó de una larga siesta, solo en su piso nuevo, y aprovechando que Luca seguía quedándose con la madre los fines de semana, se levantó, se hizo un café, y decidió que iría por última vez hasta la otra casa.

Ya atardecía cuando llegó. Abrió las persianas y encendió las luces. Vacía y recién pintada se veía más amplia y triste que nunca y sin embargo se preguntó cuánto tiempo aguantaría en el nuevo departamento antes de necesitar desesperadamente regresar. Salió al patio y abrió el vivero donde, antes de irse unas semanas atrás, había dejado al kentuki en un rincón, sobre su cargador. Ahí estaba todavía, inmóvil. La luz de contacto entre el kentuki y el cargador seguía encendida. Levantó los interruptores de la luz y estuvo un rato mirando el estado deplorable del vivero. Unas matas oscuras y secas caían de los canteros hasta el piso, un peperoncino había rodado al centro de la habitación y se pudría solo y enmohecido. Entonces oyó el teléfono. Sonaba en la casa. Dejó caer su bolso al piso y salió del vivero. Cruzó el patio y entró por la cocina. Se quedó un momento viendo el viejo teléfono

de pared, lo único que había en la casa el día que llegó con Luca por primera vez, y lo único que había dejado al irse. Era un aparato demasiado viejo, y aún así seguía sonando. Levantó el tubo. Una respiración áspera y oscura le erizó la piel.

—¿Dónde está el chico? —dijo la voz.

¿Dónde estaba su hijo? Por un momento pensó si no habría ocurrido algo en la casa de su exmujer. Hizo un esfuerzo por mantener el tubo pegado al oído. Fue la respiración del otro hombre, metiéndosele dentro del cuerpo, lo que lo ayudó a entender.

—Quiero volver a ver a Luca.

Enzo apretó el tubo con tanta fuerza contra su oreja que le dolió.

—Quiero... —dijo la voz. Enzo cortó.

Cortó con las dos manos y ya no pudo soltar el teléfono. Se quedó así, colgando del aparato que a su vez colgaba de la pared. Después miró la sala vacía y se obligó a respirar, pensando en la posibilidad de sentarse sin poder hacer realmente ningún movimiento, recordándose que nadie lo estaba mirando, y que el kentuki todavía estaba sobre su cargador, encerrado en el vivero.

Cuando el teléfono volvió a sonar dio un salto hacia atrás y se quedó mirándolo desde el medio de la cocina, inmóvil, hasta que decidió qué hacer. Salió de la casa y entró al vivero. El kentuki lo esperaba en su cargador. Enzo abrió el armario en el que habían quedado las herramientas y sacó la pala. Se subió al cantero, apartó las plantas secas de la superficie y empezó a cavar. Haciendo un esfuerzo por no girar la cabeza adivinó al kentuki bajar del cargador y alejarse. No podía ir a ningún lado; antes de sacar la pala, se había asegurado de cerrar la puerta. Cavó hasta que le pareció que el agujero era lo suficientemente grande, tiró la pala a un lado y fue hacia el kentuki. El topo intentó zafarse pero a Enzo no le costó nada atraparlo y levantarlo. Las ruedas giraban con desesperación, para un lado y para el otro. Lo acostó en la pequeña tumba, boca arriba. El topo sacudía la cabeza, ya no podía mover el cuerpo. Enzo arrastró los montículos que habían quedado alrededor del pozo y cubrió los lados del cuerpo, la panza y gran parte de la cabeza. El resto de la tierra la aplastó contra los ojos, que nunca se cerraron. Golpeó la tierra con los puños, con toda su fuerza, hasta

sentir algo crujir, crujir y sin embargo temblar, moverse imperceptiblemente. Volvió a tomar la pala, la levantó en el aire y apaleó la tierra. Golpeó una y otra vez, compactándolo todo, hasta estar seguro de que, incluso si un ser vivo latiera en el fondo, ninguna grieta volvería a abrirse.

Se tomaron un último café en el kiosco.

—¿Cuándo te vas? —preguntó Carmen.

—El domingo —dijo, y se dio cuenta de que era a la única a la que le había contado que se iría antes, aunque no le había aclarado exactamente cuándo. Tampoco había encontrado el momento para decírselo a Sven.

—Me dejas en este infierno, manita —dijo Carmen, y se bebió de un sorbo todo su café.

Se dieron un abrazo. Alina pensó que la extrañaría, al final sí había sacado algo bueno de esa etapa en Vista Hermosa. Cruzaron juntas el zócalo y se despidieron frente a la iglesia. Alina regresó armándose de paciencia. Parecía una tarde ideal para hacer muchas cosas, pero la gran inauguración del *artista* la esperaba en el Olimpo, detrás de los terraplenes.

Sven llevaba una semana internado en la galería principal trabajando con su asistente. Sus galeristas catalanes habían contratado a un fotógrafo para registrar toda la secuencia de montaje y desde entonces Sven y el kentuki prácticamente habían desaparecido. Las últimas tardes el Coronel Sanders ni siquiera subía a verla a las habitaciones, sino que se quedaba en los talleres hasta después de cenar, socializando en las zonas comunes, quizá incluso con otros kentukis. Sven había dejado definitivamente atrás sus monocopias y crecía la expectativa de una instalación, pero Alina no tenía la menor idea de qué era lo que estaba tramando el *artista*.

Encontró el estacionamiento repleto de coches, dos taxis pararon en caravana para dejar a otro puñado de visitas, y aunque todavía no anochecía las luces de los terraplenes ya estaban encendidas. Paseándose entre el aluvión de desconocidos se preguntó qué hora sería. Cerca de la galería se detuvo frente al reflejo de un ventanal y se arregló el pelo. También se acomodó el solero, las tiras que subían desde la cintura se anudaban detrás

del cuello. Cuando las ajustó descubrió que esos casi dos meses de salidas diarias a correr habían hecho maravillas con su cuerpo.

Llegando a las últimas escaleras oyó una oleada de aplausos, se le había hecho tarde. Imaginó a Sven junto a su asistente, conteniendo la satisfacción. Nunca aplaudían así las grises monocopias del *artista*. Esquivó gente y entró al hall central de la galería, donde varios mozos ofrecían champaña. La muestra empezaba más allá. Siguió hacia la primera sala, donde el público se estaba dispersando. En una de las paredes, la gran foto de Sven coronaba su biografía. A veces se olvidaba de lo guapo que era; pensaba en eso cuando se dio cuenta de algo extraño, y es que no había nada en ninguna de las cuatro largas y blancas paredes. Ni una sola pieza colgada. Había kentukis por todos lados, tenía una lechuza a sus pies, de hecho, estudiándola. El piso estaba cubierto de círculos de plástico violetas y cada círculo contenía una palabra: «tócame», «sígueme», «quíereme», «me gusta». Y también «dona», «foto», «basta», «sí», «no», «nunca», «otra vez», «compartir». Se dio cuenta de que estaba parada sobre un «acércate» y el kentuki que la miraba estaba en un «llámame». Llevaba escrito en la frente un número de teléfono, de hecho casi todos los kentukis tenían algo escrito: números, correos, nombres. También tenían papeles pegados a la espalda. «Soy Norma y busco trabajo», «Somos una asociación sin fines de lucro, donándonos solo un euro...». Algunos llevaban fotos, dólares, tarjetas de presentación, encargos. El kentuki que estaba a sus pies chilló y giró sobre su círculo de «llámame», Alina buscó un «no» cerca, pero los dos que encontró ya estaban ocupados. Parecía haber tanta gente como kentukis, y juntos componían una interminable secuencia de chillidos, conversaciones telefónicas y erráticos saltos de círculo en círculo. Había demasiados. Un hombre levantó un «dame» en el aire y giró para un lado y el otro, como las chicas que muestran los números en el ring.

—¿Viste algún «nunca»? —le preguntó una mujer.

Llevaba contra el pecho una decena de «nunca» que quizá había estado recolectando. Alina negó, dio un salto en cuanto entendió que estaba parada en un «te amo» y volvió a moverse para salir de un «tócame» y un «quiero». Pero faltaba espacio para no decir nada, siempre se estaba pisando algo. Huyó hacia la siguiente sala.

—¡Qué chulo! ¿No? —dijo una voz femenina al pasar.

Alina se volvió, era la asistente, le guiñó el ojo antes de alejarse hacia el hall. ¿Sabía entonces la chica quién era ella? ¿Sabría dónde estaba Sven? Cuando quiso preguntárselo ya estaba lejos.

La segunda sala era más pequeña y estaba menos concurrida. Al centro, un pedestal de madera sostenía un único kentuki como si se tratara de un tótem. Era un conejo. Alina se acercó a las dos pantallas que había en la pared. Enseguida se entendía que eran las dos caras del pasado de ese pobre kentuki conejo, rígido y apagado sobre su pedestal. En la primera pantalla, una cámara avanzaba entre las patas de las sillas de un comedor, cerca del suelo. La pantalla de al lado parecía ser el contraplano: un hombre miraba a cámara y trabajaba sobre un teclado. ¿Sven se habría comunicado con ese usuario de antemano, pidiéndole que colocara una cámara frente a él? ¿O el usuario se habría grabado espontáneamente, y el material habría llegado a Sven de otra manera? Los ojos del hombre se movían de un punto a otro de la imagen, bajaban a veces sobre el teclado mientras murmuraba por lo bajo. La cámara cruzaba ahora un pasillo. Había algo sucio, lascivo en los modos del hombre. Empujó una puerta y se escondió debajo de la cama, una mujer estaba cerrando el armario mientras terminaba de quitarse la ropa. El hombre silbó y puso su teléfono frente a la pantalla para registrar todo. Alina se imaginó a sí misma con Sven en la cama, desde los ojos del Coronel. Sabía que nada de eso iba a pasarle, se había cuidado mucho, se había prevenido de ese tipo de usuarios desde el primer día.

Oyó risas, tres mujeres más llegaron con sus copas de champaña y Alina salió hacia la sala siguiente. La decepcionó encontrar más o menos lo mismo. Otro kentuki al centro de la habitación con sus pantallas de «amo» y usuario en una de las paredes. No se detuvo, pasó directo a la siguiente sala.

En el umbral chocó con un hombre que, después de acomodarse los anteojos, se la quedó mirando un momento, notablemente alterado. Alina lo vio alejarse, chocando contra la gente con urgencia, de regreso hacia la sala principal. Una intuición vaga y oscura la obligó a juntar aire. Miró la sala. El kentuki estaba de espaldas, pero lo reconoció enseguida. Quizá lo supo incluso antes de entrar. Como los otros dos kentukis, el Coronel Sanders

estaba empalado en su pedestal. Reconoció la quemadura de su espalda, la esvástica en la frente, el pico pegado sobre el ojo derecho y las alitas cortadas. Tenía los ojos cerrados. Entonces Alina se vio en la pantalla derecha. Se vio a sí misma acercarse a cámara, llevaba sus shorts de jean y la remera que le había regalado su madre antes de dejar Mendoza. Se vio más gordita y no le molestó. En la otra pantalla un hombre de unos cincuenta años miraba el teclado confundido. Era grandote, llevaba bigotes y patillas. Cuando un chico de unos siete años se le subió a upa y le quitó el controlador, el hombre lo dejó hacer y se lo quedó mirando un buen rato, entre enternecido y sorprendido por lo bien que el chico maniobraba al kentuki. En la imagen derecha Alina se alejó hacia el baño. El chico la siguió, esquivando las pequeñas alfombras de la habitación y la cómoda del fondo, pero Alina le cerró la puerta de un golpe y el hombre que cargaba al chico se rio, haciéndole cosquillas en el estómago. Luego la imagen cambió. Ahora la cámara estaba quieta frente a la puerta cerrada de la habitación de la residencia, y el chico esperaba atento sin moverse. Detrás de él, una mujer que podría ser su madre acomodaba un pilón de ropa en una destartada estantería. Alina pensó en Sven. No podía creerlo, la había estado mirando todo el tiempo, y todo ese tiempo no le había dicho nada. En la pantalla del kentuki la puerta se abrió y Alina reconoció sus propias piernas y sus zapatillas entrando a la habitación de la residencia. En la pantalla de al lado el chico aplaudió feliz y llamó a la madre. Las imágenes volvieron a cambiar. El hombre no apareció por un tiempo, aunque el chico estaba siempre ahí, gritando de alegría cada vez que Alina entraba a cámara. A veces se quedaba mirándola, embelesado, hurgándose la nariz, y una vez hasta se quedó dormido frente a la pantalla. La esperaba ansioso cada día para verla llegar de correr, de la biblioteca, de tomar sol, del kiosco, verla simplemente despertar. Alina sintió su cuerpo tensarse, algo muy fuerte tiraba de ella hacia atrás, le pedía salir de esa habitación inmediatamente mientras las imágenes seguían cambiando. Se vio gritándole al chico a cámara. Mostrándole las tetas. Atándolo para que no llegue a su batería. A veces el chico salía corriendo y la habitación quedaba vacía un buen rato. A veces el chico estaba rojo como un tomate, la cara húmeda de tanto llorar aún antes de que Alina apareciera. Una vez el padre

entró a la habitación y lo obligó a apagar todo y salir con él. Pero el chico siempre regresaba. Estaba ahí frente a las decapitaciones, paralizado de terror; estaba ahí la tarde en que lo colgó del ventilador, le cortó las alitas y, frente a cámara, las prendió fuego con el encendedor de la cocina. Estaba ahí anoche cuando, aburrída en la cama y ya sin saber qué hacer, lo levantó del piso y, con el cuchillo que había usado para almorzar, le apuñaló los ojos hasta rayar la pantalla.

Alina dio un par de pasos hacia atrás y tropezó con algunas personas que miraban estupefactas las imágenes. Tuvo que empujarlas para poder pasar. Regresó a la sala anterior, y a la anterior, hasta volver al hall principal. Al centro, rodeado de admiradores, Sven señalaba un círculo del piso frente a los directores de la residencia. Alina se quedó inmóvil, respirando agitada. Miraba a Sven, lo veía sonreír, dejarse felicitar, y solo podía pensar en todo el daño que quería hacerle. Pero se quedó donde estaba, se sentía tan dura entre la gente, los círculos y los kentukis, que su cuerpo le pareció una nueva clave de la exposición. Sven la había exhibido en su propio pedestal, la había separado tan pulcramente en todas sus partes que ahora ella no sabía cómo moverse. Un hormigueo le pinchaba todo el cuerpo, incluso dentro, en el pecho, y se preguntó si no estaría dándole un ataque; de nervios, de pánico, de furia. De hartazgo. Tenía el impulso de gritar, pero no podía. Solo podía moverse dentro de sí misma, como un gusano de madera arrastrándose entre sus propios túneles, hurgando un cuerpo absolutamente rígido. ¿Qué hacía su kentuki clavado en ese pedestal? ¿Y cómo se habría apagado? ¿Lo habrían desconectado los padres? ¿Se lo habría pedido Sven, como broche de oro de su exposición? ¿O habría sido una decisión del chico? Se lo imaginó en su cuarto, mirando su propio reflejo en la pantalla negra.

Pensar sí podía. Si cerraba los ojos veía a su Coronel. La chapa quemada y los bordes de peluche chamuscados por el fuego. Se preguntó en qué lugar exacto de la espalda tendría el bicho sus omóplatos, y se imaginó acariciándole suavemente el hueco entre los huesos, como su padre hacía con ella cuando era una nena. Se imaginó llamando a la puerta de la casa del chico, al chico dándole la mano y dejándose llevar hacia una plaza, calle abajo. Era una mano pequeña que se movía a veces dentro de la suya, suave

y sudorosa. «Mejor nos sentamos —decía ella—, tenemos que hablar». El chico asentía y se soltaban de las manos, se sentaban. El banco de cemento estaba tibio por el sol, calentaba sus pantorrillas con ternura, les daba tiempo. El chico estaba atento, la miraba, necesitaba lo que fuera que ella tuviera que decir. Bastaba abrir la boca y pronunciar casi cualquier palabra. Pero el gusano solo podía arrastrarse por sus túneles internos, y ella estaba demasiado cansada, ya no podía moverse.

Abrió los ojos. El hombre con el que había tropezado antes de entrar a la última sala caminaba ahora hacia ella. Pensar sí podía: tomaría un taxi. Correría hasta la parada, se subiría dando un portazo y dejaría que el coche se hundiera en las lomas hacia Oaxaca. En la sala, alguien la señaló. Una mujer la miró y se tapó la boca, como asustada. Alina se dijo que se agarraría fuerte del asiento trasero del taxi, que no se permitiría mirar hacia atrás. Las luces de Vista Hermosa se irían perdiendo poco a poco, hasta que solo pudiera adivinarse, en el punto más dorado de la cumbre, la luminosa galería del Olimpo. Se olvidaría de todos esos dioses y, sin ningún tipo de resistencia, se dejaría caer hacia la tierra. Se entregaría. Se lo decía, pero ya no podía volver a cerrar los ojos. Respiraba sobre los círculos, sobre cientos de verbos, órdenes y deseos, y la gente y los kentukis la rodeaban y empezaban a reconocerla. Estaba tan rígida que sentía su cuerpo crujir, y por primera vez se preguntó, con un miedo que casi podría quebrarla, si estaba de pie sobre un mundo del que realmente se pudiera escapar.



Nació en 1978 en Buenos Aires, donde estudió cine y televisión. Sus libros de cuentos *El núcleo del disturbio*, *Pájaros en la boca y otros cuentos* (Literatura Random House) y *Siete casas vacías* obtuvieron, entre otros, los premios internacionales Casa de las Américas, Juan Rulfo y Narrativa Breve Rivera del Duero.

Su primera y celebrada novela, *Distancia de rescate* (Literatura Random House), fue nominada en 2017 al Man Booker Prize. En 2018, ganó el premio Shirley Jackson y fue elegida por el Tournament of Books como el mejor libro publicado en Estados Unidos.

Traducida a más de veinticinco idiomas, Samanta Schweblin ha vivido brevemente en México, Italia y China; y actualmente reside en Berlín, donde escribe y dicta talleres literarios.